



# Los Exiliados

1. Las doncellas de Summerwind



KATTIE BLACK

# LOS EXILIADOS

*Las doncellas de Summerwind*

Kattie Black

*Los Exiliados: Las doncellas de Summerwind, de Kattie Black está registrada bajo una licencia [Creative Commons](#). No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.*

# Introducción

I

II

III

IV

V

VI

Epílogo

*Para mi hermana, mi primera seguidora.*

*Empezaste leyendo a escondidas mis diarios,*

*ahora vas a tener que leer esto.*

*Para Ana y Esther, por siempre creer en mí.*

## Introducción

En su sueño, la extraña niebla negra lo rodeaba y tiraba de él hacia abajo, llamándolo por su nombre. Lo llamaba con la voz de ella. Con la voz de Lis, de su Lissie, dulce y grave como una caricia que lo consolaba y hería al mismo tiempo.

—Ven a mí, Baltair, mi amor... Ven a mí, mi amor, Baltair...

En medio de la espesa bruma casi podía oler su perfume, sentir la suavidad de sus pechos contagiándole su calidez. Trató de asirla, pero ella se deshacía. Era un vaho caliente que se

enredaba en su garganta, en sus muñecas.

—Lis... maldita, maldita seas... déjame verte.

—Ven a mí, Baltair, mi amor... Ven a mí, mi amor, Baltair... —repetía—. Perdóname... perdóname...

Al fondo de la humareda oscura, dos ojos brillaron. Al principio creyó que eran tan azules como los de ella, pero después le parecieron verdes. O tal vez rojos.

«Esto no está bien. Algo no está bien». Se sacudió en sueños, tratando de librarse de la pesadilla, pero no consiguió despertar. Cayó cada vez más profundo, sintiendo cómo aquel cuerpo que de pronto ya no era cálido sino frío,

se apretaba más contra él. Los brazos se enredaron en su cuello y una lengua viscosa y gélida intentó entrar en su boca.

—No... ¡No!

Volvió a la vigilia con un sobresalto, tomando aire con la desesperación de un ahogado. La pesadilla había terminado, sin embargo, aún notaba el tentáculo frío anudado a su alrededor. Hizo un gesto instintivo para sacudirse los restos de la terrible alucinación y a punto estuvo de soltar un grito cuando sus dedos golpearon un bulto viscoso y fresco que colgaba de su cuello. «¿Qué demonios...?». Al bajar la vista, a la luz mortecina del fuego del campamento, vio a la horrible criatura. Una espantosa vejiga que lo *miraba*. Los restos de sueño desaparecieron barridos por la adrenalina. Se puso en pie y



agarró la masa viscosa, tirando, hasta que se arrancó sus finas extremidades del gaznate. Los tentáculos se soltaron y empezaron a moverse, tratando de atraparlo de nuevo. El ser que se retorció entre sus manos tenía el tamaño de una naranja y era blanquecino y escurridizo como una medusa. Un único ojo amarillo de pupila vertical se abría en medio de una cabeza hecha de bultos y pústulas, sin pelo ni escamas, de la que brotaban tentáculos desiguales con las puntas rojas.

—¡Garren! ¡Garren!

Sintió el ruido de las hojas secas quebrarse bajo los pies de su hermano cuando éste se puso en pie de un salto. Un cuchillo de caza apareció como de la nada y partió por la mitad al engendro, cuyas dos partes cayeron al suelo y

empezaron a burbujear y a recomponerse.

—¿No se muere? —resolló Garren. Empuñaba el cuchillo, con los ojos brillantes y la voz ahogada por el brusco despertar.

—Es un demonio. Ahora... ahora son dos —comprendió Baltair al ver cómo nuevos tentáculos brotaban de las informes aberraciones.

—Maldita sea. ¡Al fuego con ellos!

Los dos hermanos se apresuraron a coger las armas. Ensartaron a los dos infames seres en sendas espadas y los acercaron a las brasas. Las criaturas empezaron a sisear y chillar, y poco a poco se deshicieron, convirtiéndose en finísima arena que fue a caer sobre el fuego,

reavivándolo inmediatamente. De entre las llamas, dos jirones de niebla oscura se elevaron como ráfagas veloces en el firmamento y desaparecieron.

Cuando todo hubo acabado, los dos hermanos se miraron en silencio, aún mudos de asombro. Garren fue el primero en hablar, a medias indignado, a medias incrédulo.

—¿Acabamos de asar a dos demonios como si fueran malvaviscos?

—Así es —respondió Baltair con gravedad.

—Por todos los dioses. Esto cada vez va a peor. —Garren limpió la espada en la hierba. El otoño se acercaba poco a poco a su mitad y el pasto, aún verde, comenzaba a volverse duro y

agreste. Cuando hubo terminado, sin soltar la espada, se acercó a Baltair—. ¿Qué te ha hecho? Deja que te vea.

El mayor dejó que lo agarrase de la barbilla y examinara su garganta.

—Estaba provocándome una especie de sueño... me hurgaba con sus tentáculos. Creo que quería meterse dentro de mí.

—Se están volviendo cada vez más atrevidos —gruñó Garren—. No tienes nada. Ni un rasguño.

—Hay que moverse. Este bosque ya no es seguro, puede haber más.

—Ponernos en camino en plena noche tampoco lo es... pero no es una queja. Por mí,

perfecto —replicó el corpulento guerrero, yendo a buscar sus armas.

—Déjame pensar... debe haber alguna manera de minimizar los riesgos.

Baltair se mesaba la barbilla. Trataba de apartar los retazos de aquel sueño vívido, las emociones que revoloteaban ahora en su pecho como palomas sin destino, y centrarse en lo que debían hacer. Finalmente, con un asentimiento de cabeza, hizo un gesto a su hermano.

—Vamos.

Garren lo siguió sin preguntar.

No era solo la sangre lo que los unía. La sincronización casi sobrenatural de los dos hermanos y su confianza sin medida se habían

alimentado en los fuegos más poderosos: el de la forja y el de la batalla.

Pocos minutos después, dos figuras avanzaban a pie a lo largo del ominoso bosque. Las ramas oscuras se retorcían sobre sus cabezas como dedos hambrientos, los troncos huecos parecían ocultar ojos invisibles que los seguían con la mirada. Cada uno llevaba una antorcha en la mano y la espada en la otra. A la espalda, el escudo y el gran mandoble de Garren ocultaban el fardo en el que guardaba sus escasas pertenencias. El equipaje de Baltair, aún más ligero, mostraba empuñaduras de metal asomando aquí y allá; el filo de una pequeña daga había atravesado la tela en un lateral. Las botas de ambos estaban desgastadas y sucias, llevaban las capas mojadas y manchadas de barro y las armaduras de cuero llenas de

descosidos y marcas de viejos rasguños. Bajo el resplandor rojizo del fuego, los ojos inteligentes y mordaces de Baltair atisbaban en la negrura. El cabello pelirrojo le caía ante el rostro por un lado de la cara, cubriendo en parte las nobles y hermosas facciones, endurecidas por un rictus amargo. A su lado, más alto y corpulento, Garren fruncía el ceño sobre los transparentes iris azules, que parecían violetas bajo la luz de las llamas. El hermano menor iba mirando a un lado y a otro, tensa la cuadrada mandíbula y con los negros cabellos recogidos de cualquier manera en la nuca.

Ambos presentían que su viaje se vería de nuevo interrumpido en cualquier momento, pero no fue así. Aquella noche, los demonios de arena ya habían hecho suficiente. Las siluetas de los dos hermanos se perdieron en la

oscuridad mientras un par de ojos maliciosos los contemplaban con crueles augurios de futuro.



# I

—¡Gracias a los dioses! ¿Ves lo mismo que yo?

Baltair no pudo responder: su entusiasta hermano acababa de agarrarlo de las mejillas y, estrujándose las, lo obligaba a girar el rostro hacia el caudaloso torrente.

—No es necesario que...

—¡Un río! ¡Agua fresca y limpia! ¡Al fin! — Garren le plantó un beso en la frente y lo soltó, caminando hacia la orilla mientras dejaba caer por el camino todas sus pertenencias—. ¡Al fin

un maldito baño, por todos los demonios!

—No blasfemes...

Baltair suspiró, removiendo el cuello con cansancio. Llevaban toda la noche en camino. El amanecer gris y apagado acababa de dar paso a una mañana soleada, cálida. No habría hecho falta que Garren le retorciera el pescuezo de aquel modo, el río era, realmente, *enorme*. Solo un ciego no lo vería.

Siguió a su hermano, recogiendo las armas que había dejado tiradas y reuniéndolas junto a las suyas en la orilla. Garren ya se desvestía, quitándose las piezas de la armadura y dejándolas allá donde caían. Baltair se lo tomó con más calma, aunque posiblemente ansiaba más ese baño que su compañero. Aún sentía la

sensación pegajosa en la garganta, el tacto repugnante de aquel demonio que lo había abrazado en sueños. ¿Había provocado aquel ser el vívido recuerdo de Liss? Maldito fuera mil veces, porque aquella voz era lo que más le costaba olvidar.

—Padre no exageraba —dijo, dejando su ropa en perfecto orden junto a las armas—. La situación es muy peligrosa en Rosland. Hay demonios de arena por todas partes.

—Padre nunca exagera —respondió Garren, soltándose el pelo y zambulléndose. Cuando emergió, sacudiendo la melena y salpicando el agua en todas direcciones, estaba sonriendo.

Baltair suspiró con una media sonrisa condescendiente. A veces envidiaba el buen

humor de su hermano, que no desaparecía ni en medio de un bosque infestado de demonios como aquel. Tenía una capacidad para disfrutar de las pequeñas cosas de la que él carecía, y en esos instantes necesitaba desesperadamente algo con lo que espantar los recuerdos.

—Tenía la esperanza de que esta vez lo hubiera hecho. Las cosas han cambiado demasiado en el reino durante los pocos meses que hemos estado fuera.

—No han sido pocos. En nueve meses pueden cambiar muchas cosas.

—Sí, en nueve meses tú podrías duplicar la población de Rosland, pero no hablamos de tus... desinteresadas contribuciones a la humanidad.

—¡Qué puedo decir, hermano! ¡Nací con un don!

Garren soltó una risa franca que aligeró su propio ánimo.

Baltair no era como él. Melancólico, serio y siempre preocupado, le costaba alejar los malos presagios de su corazón. Tal vez porque solían cumplirse. Tal vez porque la felicidad le había demostrado ser siempre efímera y cobrarse un alto precio. Tal vez porque nunca estaba lo bastante preparado. Sí, a Baltair le costaba despegarse la nostalgia y exorcizar el pasado, pero si había alguien en el mundo capaz de fortalecer su voluntad, de ponerle los pies en el presente y hacerle disfrutar un poco de la vida, ese era su hermano.

Una vez desnudo, Baltair entró en el agua y comenzó a desenredarse la larga trenza. Tenía el cabello sucio y apelmazado, así que se tomó su tiempo mientras Garren nadaba y salpicaba a su alrededor.

—Esto tiene algo bueno: Si hay problemas, no vamos a tener que esforzarnos para encontrar trabajo. Seguro que el reino está lleno de doncellas en apuros que nos necesitan. Y de padres dispuestos a ser generosos con sus recompensas.

—No te ilusiones demasiado. Seguramente nos van a necesitar toda clase de personas, no únicamente las doncellas. Y más difícil será encontrar quien nos pague. Padre dijo en su carta que las cosechas se perdían, que parece haber caído una maldición sobre el reino. ¿crees

que las buenas gentes de Rosland podrán permitirse el salario de dos héroes?

—No seas agorero, Baltair. Los dioses dispondrán. Hemos salido adelante hasta ahora.

—Eso es mucho decir, hermano. Solo hemos tardado nueve meses en hacer desaparecer tu pequeña fortuna.

Baltair no quería recordar el modo en que habían tenido que marcharse de su reino. Habían sobrevivido sin estrecheces gracias a los ahorros de Garren, pero su hermano menor no era precisamente previsor con el dinero. «Tengo que hacer que siente la cabeza. Al menos en eso».

—Y no nos hemos muerto de hambre,

¿verdad? —replicó Garren, salpicándolo con el agua.

Baltair arrugó la nariz.

—No, pero no tardaremos si no encontramos algún trabajo pronto. Gracias a los dioses parece que no hemos errado el camino. Si no estoy equivocado este es el río Eavel, y al otro lado está Summerwind. Allí podremos descansar e informarnos de qué está ocurriendo en las inmediaciones.

—No das un paso en falso —rió Garren.

Su risa resonó sobre el estruendo del río. Las voces de los hermanos llegaron hasta el alto árbol donde una figura agazapada observaba. Al otro lado de la flecha que tensaba el arco, los



observaba con ojos astutos y brillantes de ave rapaz. Primero señaló al hombre moreno con la punta de la flecha. El tipo no paraba de moverse, se zambullía y nadaba alrededor del pelirrojo, que se mantenía en pie con el agua por la cintura. Aquel era un blanco más fácil, estaba quieto mientras se desenredaba la larga melena roja, que ya mojada, se pegaba a la espalda musculada y esbelta. Este era más ligero que su compañero y desde aquella posición disfrutaba de unas vistas privilegiadas de su trasero, terso y duro. Observó con interés las cicatrices que los marcaban: el pelirrojo tenía una en la espalda, desde el hombro hasta el costado, y al moreno le cruzaba el pecho un terrible tajo. La flecha les señaló durante un rato, jugueteando con sus objetivos, hasta que el arco se destensó y la figura bajó agarrándose de las ramas y dando un

salto, con la destreza de un gato salvaje.

Los hermanos no escucharon los pasos alejarse entre la hojarasca y siguieron charlando animadamente, mientras la luz del sol de la mañana se volvía más intensa y convertía los recuerdos de la noche anterior en fantasmas.

...

Summerwind estaba enclavada en el claro, muy cerca del río. Era una pequeña villa de pastores y granjeros que habían robado algunos palmos de tierra al bosque. Cuando los dos hermanos cruzaron el puente, el sol ya estaba comenzando su descenso en el firmamento y la

claridad del día se teñía de tonos dorados, naranjas y rosados. Las pequeñas casas de madera y piedra tenían un aspecto limpio. Las cuatro calles de gravilla rastrillada guiaban al caminante hacia una pequeña plaza central en la que había un pozo, y dos grandes árboles adornados con una guirnalda de mimbre. En las paredes había enclavadas antorchas, y pequeños braseros de metal reposaban en el suelo, esperando a ser encendidos. Aquí y allá correteaban las gallinas, un par de perros y unos cuantos niños delgaduchos y hoscos, mientras los gatos dormitaban sobre los alféizares de madera y los tejados.

—Qué suerte, hemos llegado antes de la cena —dijo Garren con entusiasmo—. Busquemos la taberna. Necesitamos cerveza y un buen plato de lo que sea.

—Y también información —le recordó Baltair.

—Claro, eso también.

Los dos hermanos no estaban acostumbrados a grandes recibimientos, sin embargo, a medida que se internaban en la aldea, las ventanas y las puertas empezaron a cerrarse a su paso, las mujeres agarraron a los niños y los metieron por la fuerza en las casas y el silencio se volvió sepulcral. Baltair entrecerró los ojos. Aquellos eran los síntomas del miedo. «Estas gentes viven atemorizadas». No se alegraba por ello, pero en cierto modo, les era conveniente.

—¿Qué les pasa? Cualquiera diría que no nos hemos bañado hoy —dijo Garren,

malhumorado—. Y *sí* nos hemos bañado hoy.

—Pronto lo sabremos.

Caminaron en silencio, escuchando únicamente el crujir de la arena bajo sus pies.

—No hay pájaros —dijo Baltair a media voz.

—¿Qué?

—Que no se oye cantar a los pájaros. No parece que haya nada vivo en los alrededores.

Garren frunció el ceño, mirando hacia atrás.

—Bueno, eso tampoco puede ser culpa nuestra. Acabamos de llegar.

Baltair no dejaba de pensar en las palabras de su padre.

«Es como si un mal presagio hubiera caído sobre el reino —decía en su carta—. Toda clase de enfermedades y maldiciones se extienden por nuestra amada tierra. Criaturas extrañas brotan de las sombras y luego se convierten en polvo, como demonios de arena. Las cosechas se marchitan y el agua se vuelve venenosa. No sé qué mal hemos hecho a los dioses, pero si esto sigue así, pronto no quedará nada del Rosland que conocimos».

A esos extraños demonios de arena ya los habían tenido que enfrentar, incluso desde antes de cruzar la frontera. Ahora entendía que las oscuras premoniciones de su padre eran compartidas por el resto de los aldeanos, al menos allí, en Summerwind. El nombre de la aldea evocaba brisa fresca, alegría y solaz, pero

no parecía haber nada de eso allí.

Al fin, encontraron la taberna. Un cartel de madera desvencijado señalaba el lugar, con un pichel de cerveza pintado, ya con los colores desvaídos, y un nombre muy poco original.

—«Taberna de Summerwind». ¿En serio?  
—rezongó Garren.

—Ya discutirás el nombre con el tabernero cuando estemos dentro. Vamos.

Al abrir la puerta, un golpe de aire caliente y perfumado los saludó. Olía a comida, a cebollas asadas, carne de ave y pan recién hecho. También a cerveza y a miel, lo que hizo que a Garren le brillaran los ojos y su sonrisa se ensanchara. En el interior apenas había cuatro

personas, contando con el tabernero, y aunque el local estaba bien iluminado, todos parecían sombríos. El silencio ya estaba allí antes de que ellos llegaran, y su entrada no supuso ningún cambio al respecto. Cuatro pares de ojos desconfiados se fijaron en ellos.

«Qué acogedor», pensó sarcásticamente Baltair.

—Saludos, buena gente. —Garren se acercó con resolución a la barra de madera, mirando al tabernero con simpatía y sin perder la sonrisa—. No hace falta que os quedéis inmóviles y callados como estatuas. No hemos venido a matar a nadie. Más bien al contrario.

Sus palabras no tuvieron efecto. La expresión de contrariedad de su hermano casi



hizo reír a Baltair.

—Somos dos caballeros errantes —dijo el pelirrojo—. Buscamos comida y alojamiento. Podemos pagar bien.

La sola mención del oro pareció animar al grueso tabernero, que como si saliera de un hechizo, siguió pasando el trapo sobre la barra, volviendo a la vida. La suspicacia de su mirada se ablandó. «Al menos sabe que va a cobrar».

—Tenemos comida y también un par de habitaciones para los viajeros. Pero es mala época. Hemos perdido las cosechas y la desgracia se abate sobre nuestra aldea. Será caro.

«Cómo no». Garren frunció el ceño y

parecía que iba a añadir algo, pero Baltair se le adelantó.

—Por supuesto. Pagaremos con gusto por una buena cena y la mejor habitación —dijo, esgrimiendo su mejor sonrisa de negocios, esa que tantos acuerdos le había ayudado a cerrar en Verissia. Si le había servido para arreglárselas en la ciudad de los comerciantes y los contrabandistas, tenía que funcionarle en una taberna del interior. O eso pensaba.

El tabernero levantó la ceja.

—Os serviremos lo que hay y dormiréis donde se pueda.

—La desgracia no está reñida con la hospitalidad —repuso Baltair, sin dejarse llevar

por la decepción—. Tu encantadora villa podría convertirse en un concurrido pueblecito algún día; está cerca del puente y es la parada más amable antes de los agrestes bosques y la frontera. ¿No te gustaría que otros oyeran hablar de tu taberna con buenas palabras?

—No. —La escueta respuesta del tabernero estaba cargada de amargura—. Lo que hay es lo que hay.

Baltair asintió, resignado.

—Como quieras.

—Sentaos por ahí y no causéis problemas. En un rato os llevaré la cena.

—No vamos a causar problemas —replicó Garren, alejándose un poco de la barra y alzando

la voz para que los demás pudieran oírlo—. Nuestra especialidad es resolverlos. Y parece que aquí tenéis unos cuantos.

—Os podemos ayudar.

La presentación de los héroes no tuvo el menor efecto. Las miradas hoscas de los cuatro tipos que concurrían el local eran una respuesta en sí misma, de modo que los dos hermanos guardaron silencio y se sentaron en una de las mesas del fondo.

El silencio y la opresión del lugar eran contagiosos. Ambos habían disfrutado, hasta en las peores épocas, del bullicio de las tabernas, con sus viejos jugadores, sus mozas entradas en carnes de risa fácil y muslos tersos y los músicos ocasionales, las canciones y los brindis

improvisados con amigos de una sola noche. Aquel lugar era sin duda el más triste que habían pisado jamás.

—Esta cerveza sabe a lágrimas —dijo dramáticamente Garren tras probar un sorbo de la jarra de barro.

—No seas exagerado. Es cerveza de miel, te encanta.

—Sí, bueno. Pero es la más amarga que he probado nunca —replicó el hermano menor, dando otro largo trago que contradecía sus palabras.

Mientras esperaban la cena, Baltair aprovechó para estirar las piernas bajo la mesa y apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

Hacía semanas que no se sentaba en una silla, y de pronto lo agradecía. Seguía siendo joven, pero su cuerpo ya no soportaba los rigores del viaje con tanto estoicismo como antes, y darse cuenta lo ponía de mal humor. «He entregado los mejores años de mi vida luchando por una patria que me da la espalda», pensó agriamente.

Su humor se aligeró un poco más cuando el tabernero les puso delante una fuente de barro con una humeante empanada. La cortó con el cuchillo y probó un mordisco. Estaba deliciosa. Garren felicitó al tabernero con entusiasmo, pero éste volvía a ignorarlos, concentrado en limpiar la barra, que de seguro ya estaba reluciente.

—No merece la pena el esfuerzo —dijo Baltair—. Está claro que no van a cooperar, al menos de momento.

—Tenemos que sacarles información. Necesitamos trabajo, y si aquí pasa algo que nosotros podamos solucionar, seguro que nos llevamos una buena recompensa. Tienes que pensar en algo.

—Sí, sí, ya, ya. No hace falta que me lo digas. —Ambos guardaron silencio unos instantes y se dedicaron solo a masticar. La empanada tenía un sabor intenso, a carne de ave, huevo, cebollas y especias. Baltair había comido platos mucho más deliciosos y sofisticados, pero aquel humilde pastel de carne lo reconfortaba lo suficiente como para ver el futuro con optimismo—. Tal vez mañana estén mejor predispuestos. Al fin y al cabo, creen que somos forasteros.

—Sí, por eso este gordo nos quiere estafar

con los precios.

—Los buitres siempre saben sacar partido de la carroña.

—¿Qué quieres decir? ¿Nosotros somos la carroña?

—No, me refiero a... Da igual. —Hizo un gesto con la mano, dejando pasar el tema. Garren tenía dificultades a veces para entender las metáforas—. Si todo va bien y nos quedan algunas monedas, podríamos pagar a una lavandera. Supongo que aquí habrá...

Baltair se interrumpió. La puerta se había abierto con fuerza, repentinamente, dejando paso momentáneamente a la brisa fresca. Una figura estilizada apareció bajo el dintel. Estaba



cubierta por una capa con caperuza de color azul oscuro y llevaba un arco a la espalda. Los dos hermanos volvieron la vista hacia allí, al igual que el resto de los parroquianos.

—Buenas noches, Flaran. —La voz de la mujer, pues era una mujer, era decidida y de timbre agradable. Su tono, autoritario—. Cerveza —exigió—. ¿Y eso que huelo es empanada?

—De pichones.

—Dos trozos —indicó, extendiendo dos dedos en su dirección. Luego cerró la puerta con el talón mientras se quitaba el arco y el carcaj del hombro con una mano y la capa con la otra. Una mata de cabello ondulado y oscuro se liberó, ondeando un momento antes de caer

sobre su espalda como las crines de un caballo salvaje. En el menudo rostro de la joven, un par de ojos felinos de color ámbar relucían con astucia y determinación.

—Por las barbas de Ather...

El susurro admirativo de su hermano no era inmerecido, pero a Baltair le incomodó. Él hacía el mejor de sus esfuerzos en no apreciar la belleza de las mujeres, así había sido desde que los obligaron a marcharse de Rosland. Durante los meses transcurridos en Verissia aquella había sido una empresa difícil. La hermosa perla de Altus Miralia, la ciudad de los comerciantes, con sus canales, sus festejos y sus bellas mujeres venidas de todas partes del mundo, era una tentación en sí misma. Tener a Garren siempre cerca, haciéndole notar los atributos de cualquier

dama que se cruzaban, sin privarse de ningún placer y hablando continuamente de ellas, no se lo había puesto fácil. Finalmente, Baltair no había sido capaz de resistir la tentación... ni tampoco había encontrado ya motivos para hacerlo. Pero ya no estaban en Verissia, estaban de regreso en Rosland, y de alguna manera, aquí le parecía mal fijarse en otras mujeres. «“¿Otras mujeres?”, ¿Por qué pienso todavía en esos términos? —se reprochó—. Lisandra me dio la espalda. Me traicionó. No le debo nada».

—Muy guapa —dijo al fin, volviendo la atención a su empanada.

—Tú siempre tan entusiasta.

Disimuladamente, Baltair siguió con la mirada a la muchacha, que se dirigió a la barra,

sacudiéndose las hojas y el polvo de su atuendo. Garren la observaba con más descaro, tanto que ella se dio cuenta. La joven no actuó con timidez, por el contrario, frunció el ceño.

—¿Qué miras? —soltó desabridamente.

—A ti —replicó Garren con desenvoltura.

—Pues mira a otra parte.

—Es difícil. No hay nada mejor que mirar, se me van los ojos.

—Si quieres puedo sacártelos. Así te ahorro el esfuerzo.

Garren pareció pensárselo.

—Depende, ¿qué harías con ellos después?

Baltair reprimió una sonrisa. Su hermano no tenía remedio. No obstante, y por suerte, su carácter atrevido y sociable resultaba útil más veces de las que los metía en problemas. Miró de reojo a la chica. A ella, al parecer, empezaba a hacerle gracia la conversación, pues había apoyado el codo en la barra y los miraba, divertida.

—Si son oscuros se los daré de comer a mi halcón. Si son verdes, sacaré un buen dinero por ellos vendiéndoselos a una bruja.

—¿Cómo? ¿No sabes de qué color son mis ojos? —Garren se llevó la mano al pecho—. Me partes el corazón.

El gesto hizo reír a la chica.

—¿Cómo quieres que los vea desde aquí?

—Eso tiene fácil arreglo. —Garren estiró la larga pierna y acercó un taburete extra a su mesa, guiñándole el ojo a Baltair. Luego volvió a mirar a la muchacha—. Siéntate con nosotros.

—No.

—Así podrás valorar cuánto beneficio obtendrías por mis ojos.

—No.

—Prometo que no te miraré.

—No.

—Te invitaremos a cerveza.

Baltair miró mal a su hermano, pero Garren

se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo al fin la joven.

El pelirrojo suspiró.

—Por si no íbamos bastante cortos de dinero, ahora tú nos vas a hacer desperdiciarlo —rezongó en voz baja—. ¿Es que no eres capaz de dejar pasar una oportunidad? No es más que una mujer.

—El nombre es Syrelle. —Baltair casi dio un respingo al escuchar la voz femenina tan cerca. Se giró hacia ella, sorprendido. La joven ya estaba sentada a su lado.

—¿Cómo has llegado aquí tan rápido?

—Oh, no lo sé. No soy más que una mujer

—replicó ella, componiendo una expresión inocente muy exagerada.

La carcajada de Garren resonó en la taberna. Aquellas paredes no habían escuchado una risa como la suya en mucho tiempo, y su vibración pareció romper la máscara de apatía de los parroquianos que, como exorcizados, se relajaron en sus asientos. Baltair sonrió a medias.

—Tabernero, otra jarra de cerveza para la dama —pidió.

Tal vez, después de todo, invertir unas monedas en invitarla a cerveza no fuera tan mala idea.



—Azules.

Syrelle, que así había dicho llamarse, dio un largo trago a su jarra antes de decir aquello. Ambos hermanos fruncieron el ceño.

—Y tú, verdes —añadió ella señalando a Baltair—. Vendiendo vuestros ojos podría comprarme otro par de botas.

—¿Aún quieres sacarme los ojos? —se quejó Garren—. Vamos a pagarte la cerveza, creo que deberías pensártelo mejor. Además, no puedes negar que quedan muy bien en mi cara.

—No tanto como tú crees. —Garren gruñó

ante la respuesta, mirando al techo, y siguió comiendo, fingiéndose más ofendido de lo que estaba. Syrelle sonrió, divertida, y volvió la mirada hacia Baltair con curiosidad—. ¿Qué os trae por Summerwind? Nadie viene aquí desde hace meses.

—Estamos regresando a casa —respondió lacónicamente el pelirrojo.

—Parecéis extranjeros. Tú lo pareces, al menos —remarcó ella señalando a Garren. Este levantó la ceja, sin saber cómo tomárselo—. Diría que eres de cerca del mar. De las islas, tal vez. O de Altus Miralia.

—Acertaste. Nuestra madre era de allí. He salido a ella. —Se aclaró el gaznate con un trago de cerveza—. Soy Garren, y este es mi

hermano Baltair.

Se estrecharon las manos. La de la joven era fuerte y áspera. Baltair se dio cuenta de que tenía endurecidas las puntas de los dedos. Ese detalle, además de su indumentaria — pantalones de retales de piel cosida, jubón de cuero y una sencilla camisa— le hicieron pensar en una exploradora o algo parecido.

—¿Mercenarios o desertores? —preguntó ella con naturalidad.

—Nos gusta el término «caballeros errantes» —respondió Baltair antes de que su hermano pudiera cometer una indiscreción.

—Pues no veo los caballos por ninguna parte.

—Los tuvimos que vender.

—¿Y qué opina el rey de eso?

—El rey no opina nada —espetó Garren con sequedad—. ¿Y qué hay de ti? ¿Ladrona o buscavidas?

Syrelle rió abiertamente. Luego agarró uno de sus dos trozos de empanada y lo masticó a conciencia con mirada soñadora.

—Soy cazadora. Conejos, patos, liebres, perdices... a veces algún ciervo. Una vez conseguí abatir a un jabalí, esa es mi mayor hazaña. Pero también puedo disparar a los hombres si hace falta.

Baltair aprovechó la mejor disposición de la muchacha para preguntar:

—¿Y ha hecho falta últimamente?

Syrelle torció el gesto y siguió comiendo. Los miró un rato, como valorando si podía confiar en ellos.

—Sí. El problema es que no sé a quién debo dirigir la flecha. —Los dos hermanos se miraron. Luego se inclinaron un poco sobre la mesa, acercándose a ella con un gesto de complicidad, esperando que dijera más. Syrelle parecía sopesar todavía hasta dónde podía contarles—. ¿Cuánto tiempo hace que estáis fuera de Rosland? —preguntó al fin.

—Unos meses. Casi un año, en realidad.

—Nuestro padre vive en las montañas. Nos escribió hablándonos de extraños sucesos, de

demonios de aren...

—Shhhh. —La joven se abalanzó sobre Baltair y le puso la mano en la boca—. No hables de eso con tanta ligereza. —Su rostro se ensombreció—. Dicen que se los invoca aún sin querer.

—Ya nos hemos enfrentado a ellos — explicó tranquilamente Garren—. Han llegado a las fronteras. Si siguen extendiéndose, pronto no será solo problema de Rosland. De hecho, puede que Rosland sea un problema para los demás reinos.

Syrelle frunció el ceño con preocupación. Baltair se quitó su mano de la boca y la sostuvo por la muñeca.

—¿Qué se sabe sobre su origen? —inquirió ávidamente—. Hemos venido los dos solos desde Verissia y apenas nos hemos cruzado con gente. Los cuatro o cinco viajeros que hemos encontrado en nuestro camino huían con sus familias hacia Altus Miralia y no pudieron decirnos gran cosa.

Syrelle se soltó de su agarre con incomodidad.

—Es que no se sabe gran cosa. Aquí en Summerwind los... engendros empezaron a surgir en primavera. Arruinaron la cosecha de calabazas y apenas pudimos salvar algunas cebollas. Intentamos luchar contra los más pequeños, pero no tuvimos suerte. Algunos eran del tamaño de una naranja, con forma de araña. Otros eran como gatos, con aspecto de duendes

cornudos. Otros volaban y tenían dos cabezas. El más grande tenía el tamaño de una vaca y un cuerpo acorazado, como si fuera un escarabajo... o algo así. —La muchacha tenía problemas para describir a los demonios. Baltair no la culpaba. Aquellas criaturas podían adquirir cualquier apariencia y algunas de sus formas desafiaban a las más retorcidas fantasías—. Finalmente, desaparecieron. Y cuando se fueron, empezó el Largo Sueño.

—¿El Largo Sueño?

Syrelle asintió y dio otro trago, casi apurando la jarra.

—Es como una enfermedad. Solo nos afecta a nosotras, aunque no a todas... —Su rostro se había vuelto algo pálido y aunque hablaba con



firmeza, había algo triste y furioso en su mirada —. La primera fue Nell. Solo tenía trece años.

Los hermanos volvieron a intercambiar una mirada seria.

—¿Qué le ocurrió?

—Al principio solo parecía cansada. Bostezaba mucho, no era capaz de mantener la atención... no sé, nadie pensó que... —Negó con la cabeza—. Luego empezó a quedarse dormida casi en cualquier sitio. En cuestión de una semana era prácticamente incapaz de permanecer despierta. Mientras dormía, caminaba en sueños y trataba de marcharse hacia el bosque. Su madre la ató a la cama. — La joven hizo una pausa y volvió a beber para darse fuerzas—. Una mañana, simplemente, no

estaba. Había mordido las sogas. Las mordió hasta cortarlas, ¿entendéis? La sangre de sus encías estaba en los restos de cuerda. Nadie la ha vuelto a ver.

—¿Cuántos casos ha habido?

—Una cada semana. Al principio eran casi niñas, como Nell. Luego empezaron a enfermar también las mayores. Esta semana ha sido el turno de Bryanne. Tiene veinticinco años, es la hija de Warrick, el carpintero.

—Mañana iremos a verla —resolvió Baltair. Garren lo secundó con un asentimiento de cabeza.

La muchacha los miró, extrañada.

—Sois soldados. Probablemente desertores.

No sois sacerdotes ni tenéis la bendición de ningún dios. ¿Por qué pensáis que podéis ayudar?

Los dos hermanos permanecieron en silencio. Syrelle se levantó para marcharse, con la incómoda sensación de que aquellos dos recién llegados guardaban muchos secretos.

## II

En su sueño, Bryanne se encontraba en un palacio. Había una gran sala llena de cojines y cortinas vaporosas con unas termas en el centro. Sobre el agua cristalina flotaban pétalos de colores. Los arcos ojivales con exóticas celosías permitían ver al otro lado el reflejo de las estrellas sobre las dunas. Bryanne no sabía dónde estaba, pero le gustaba. En aquel palacio, su padre no la perseguía para darle órdenes, su futuro esposo no trataba de seducirla con su horrible aliento a ajo y las viejas del pueblo no la miraban mal. Allí, tendida sobre las alfombras, comiendo frutas cuyos nombres desconocía, con

la luz de los candiles de aceite derramándose sobre su cuerpo desnudo, era feliz. Junto a ella, Ida y Nell jugaban a trenzarse el pelo entre risas y confidencias.

—Ojalá no despierte nunca —dijo Bryanne con un suspiro.

—No tienes por qué hacerlo —replicó Nell—. Nosotras seguimos aquí.

Ida asintió con una sonrisa.

—Pronto llegará la hora. Cuando el Hombre sin Rostro venga a verte, dale una gota de sangre. Entonces podrás quedarte aquí con nosotras, para siempre.

Bryanne tomó aire profundamente, llenándose los pulmones con el aire perfumado.

Luego lo dejó ir muy despacio. Todo olía a naranjas, azahar, lirios de agua e incienso. Ella también. Su piel era suave incluso allí donde antes no lo fue, y su pelo parecía espuma marina. Todo era perfecto... y sin embargo, algo de lo que Ida y Nell le decían la inquietaba profundamente.

—¿Una gota de mi sangre...? —murmuró —. ¿Para qué...?

—¡Shhh! ¡Calla ahora! Alguien viene.

Alarmada, Bryanne se incorporó a medias entre los cojines, cubriéndose los pechos. Tras una de las cortinas translúcidas se dibujaban dos figuras masculinas, una elegante y estilizada, la otra corpulenta y musculosa.

—¿Quiénes son? Tengo miedo —susurró  
Ida.

Nell la tranquilizó.

—No te preocupes. No pueden vernos. Han  
entrado en la habitación de Bryanne.

Esta, al oír las palabras de su amiga, dio un  
respingo. El bello entorno onírico comenzó a  
difuminarse a medida que aumentaba su  
agitación, pero las dulces palabras de Nell, que  
le susurraba al oído, la tranquilizaron de nuevo.

—No tengas miedo. Aquí no pueden tocarte,  
no debes despertar. Aquí tú eres la reina,  
¿recuerdas? Eres la diosa de este mundo, y  
siempre se hará tu voluntad.

Una mano ruda apartó las cortinas y los dos

hombres entraron en la sala. No miraron alrededor, como si nada en aquella habitación les resultara extraño o sorprendente, sino que caminaron directamente hacia el lugar en el que Bryanne se encontraba.

—Soy la diosa de este mundo y siempre se hará mi voluntad —murmuró en voz baja—. Nadie puede hacerme daño. Soy la diosa de este mundo y siempre se hará mi voluntad.

...

La casa del carpintero era pequeña pero acogedora. Había una sola habitación que compartían el padre, la madre, y la ya adulta



hija. Allí, en la cama más grande, la muchacha estaba sentada, vestida con un grueso camisón de lana, cubriéndose innecesariamente los pechos con una mano, como si estuviera desnuda. Era rubia, de ojos celestes. Sus pupilas, muy dilatadas, parecían mirar con asombro a los dos hermanos, pero en su expresión había algo extraño, como si viera a través de sus cuerpos. Sus labios se movían, murmurando algo ininteligible.

—¿Qué quieren de ella? ¿Es que no se dan cuenta de lo que estamos sufriendo? —sollozaba la madre—. Nuestra hija, nuestra querida hijita...

—¡Nada de esto habría ocurrido si no fueras tan protectora con ella, mujer!

Baltair, de brazos cruzados, observaba la errática conducta de la joven. «Está en trance», comprendió enseguida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó al carpintero.

—El Largo Sueño no afecta a las mujeres casadas. Esta tonta no permitió que Bryanne y Mitsel contrajeran matrimonio, podrían estar casados desde hace...

—¿A las mujeres casadas, o a las que no son vírgenes?

—Es lo mismo —espetó a la defensiva la mujer.

Baltair alzó una ceja.

—No la contradigas —le susurró su hermano, colocándose a su lado en la misma posición—. Tendremos que preguntarle a Syrelle. A lo mejor ella sabe algo más.

—Espera... está diciendo algo.

Baltair se aproximó al lecho. La mirada febril de la joven lo seguía, parecía estar mirándolo y, al mismo tiempo, proyectarse mucho más allá, hacia otro mundo. Lentamente, acercó su rostro al de ella hasta que al fin pudo oír su murmullo, que repetía una y otra vez como en una oración.

—Nadie puede hacerme daño. Soy la diosa de este mundo y siempre se hará mi voluntad. Nadie puede hacerme daño. Soy la diosa de este mundo y siempre se hará mi voluntad...

...

—No te asustes. Tranquila. Todo va bien...

La voz acariciadora de Nell era como un sortilegio, pero cada vez le resultaba menos efectivo. El hombre que se había acercado a ella era pelirrojo, de ojos verdes y facciones hermosas y nobles, aunque desde su palacio, Bryanne las veía algo desdibujadas. En su mirada había una profunda inteligencia, y también tristeza. Podía oír su voz, grave y agradable, pero no comprendía las palabras.

—Nadie puede hacerme daño. Soy la diosa de este mundo y siempre se hará mi voluntad...

—Eso es. Eso es. Tranquila, amiga mía. Pronto se marchará.

Bryanne cerró los ojos cuando el hombre acercó una mano para tocarle el rostro y reprimió un grito. De pronto, se encontró temblando.

«El Hombre sin Rostro vendrá, y si le doy una gota de mi sangre, podré quedarme aquí... pero... ¿quiero quedarme aquí?».

El tacto de la mano cálida del hombre contra su mejilla parecía volver más oscuro e irreal todo cuanto la rodeaba. Los perfumes y el sabor de las frutas exóticas ya no la colmaban. Su alma comenzó a despertar del ensueño dolorosamente. Añoraba a su familia. Añoraba a sus amigas, que habían desaparecido. Incluso

añoraba a Mitsel y su horrible aliento a ajo... Cuando despertara, le diría que tenía que dejar de comer eso. Le diría lo que quería, y él tendría que escucharla y respetar su voluntad, aunque en el mundo real ella no fuera ninguna diosa. Pensó en su madre, y una lágrima se escurrió por su mejilla. Abrió los ojos y miró al desconocido.

—¡No! —Nell aulló como una arpía y se interpuso entre los dos, empujando al hombre lejos y mirando a Bryanne con el rostro desencajado. Esta se encogió, más asustada aún —. ¡No seas estúpida! ¡No te dejes llevar por esas emociones!

—Nell...

—¡Ya sabes lo que hay allí, en Summerwind,

y nada cambiará! No podrás hacer que cambie... Lo sabes, no tienes las fuerzas ni el valor. Estás sola, nadie te apoyará. Solo sufrirás. Pero aquí... aquí lo puedes tener todo... y pronto será aún mejor, ¡aún mejor! —El rostro de la muchachita se crispó en una sonrisa enloquecida—. Seremos auténticas diosas. Ten. Bebe. Come. Deja que el placer se lleve todos los pensamientos tristes... yo te ayudaré.

La joven se inclinó sobre ella y la besó. Sus manos se deslizaron sobre su cuerpo desnudo, despertando en ella un placer indescriptible. Pero a pesar de eso, nada pudo borrar el miedo.

...

Garren se apresuró a ayudar a su hermano a incorporarse.

—¿Qué demonios...?

—No blasfemes.

Baltair sacudió la cabeza. Todo había ido bien. Había estado escuchando las palabras de Bryanne y trataba de hablar con ella, le preguntaba su nombre, si sabía dónde estaba. Lo único que había obtenido de ella era la mención a un hombre sin rostro y algo sobre una gota de sangre, cuando de pronto, el rostro de la muchacha se crispó con furia y le propinó un empujón tan fuerte que lo arrojó al otro lado de la habitación.



Agarró la mano de Garren y se incorporó. La madre y el padre se abrazaban, ella sollozando, él rezando una oración. Tras el brusco arrebató de violencia, la chica había vuelto a tumbarse y se acariciaba a sí misma, arqueándose, presa del extraño trance.

—Demasiada fuerza para una chica enferma. ¿Está poseída? —preguntó Garren.

El pelirrojo torció el gesto en una mueca de disgusto.

—Algo así. Eso parece.

—A lo mejor Syrelle tiene razón. Creo que esto nos viene grande. —Baltair miró a su hermano, disgustado. No le gustaba oír esas palabras. Este se justificó apresuradamente—:

Piénsalo, hermano. Si se trata de matar un demonio, de acuerdo. Es fácil. Solo hay que encontrarlo y luchar contra él. Pero, ¿esto?

—¿Así que, como es difícil no crees que vayamos a conseguirlo? Tenemos algo más que las espadas, Garren. Te pareces mucho a madre, pero desde luego no has heredado su inteligencia.

En cuanto hubo dicho aquellas palabras, se arrepintió. Garren era un libro abierto. Al principio miró incrédulo a Baltair y luego lo soltó, saliendo de la habitación a zancadas, murmurando algo sobre que tenía que darle el aire.

«Maldita sea».

Suspiró y se pasó la mano por la cara.

—Atad a la chica a la cama y cerrad la puerta con llave. Atrancadla si es preciso. Hay que evitar que desaparezca como las demás —ordenó.

—¿Crees que no lo sabemos? Cuando dijisteis que veniais a ayudar pensábamos que sabiais cómo hacerlo —replicó el carpintero.

—Sí, ya. Encontraremos la manera, lo prometo.

—Las promesas son fáciles de hacer, y más fáciles aún de romper —repuso el hombre.

—Las mías no.

Se despidió educadamente y salió al exterior.

La mañana era clara, de nuevo brillaba el sol, pero aun así, tenía los retazos de sus pesadillas pegados a los párpados. En cuanto cerraba los ojos, ahí estaba. Lisandra de nuevo. Lisandra con sus engaños, con su voz dulce, mintiéndole, diciéndole que lo amaba...

Aún dolía.

Suspiró y se pasó la mano por la cara, buscando a Garren con la mirada, pero no estaba allí. Lamentó haber sido tan desagradable con él. «Son estas malditas pesadillas, es esta maldita frustración... al final lo estoy pagando con él».

Primero tenía que disculparse. Después ya verían cómo enfrentarse al misterio que envolvía Summerwind.

. . .

En la taberna, Syrelle estaba devorando una ración de huevos con pan tostado cuando Garren atravesó la puerta y se sentó frente a la barra, golpeando con la enorme mano sobre la madera.

—¡Tabernero! Necesito cerveza. Es una cuestión de vida o muerte.

La muchacha reprimió una risa. Aquel grandullón le hacía mucha gracia. Desde la mesa del rincón, se entretuvo mirándolo, aprovechando que él no la había visto. Llevaba la misma capa sucia de barro de la noche

anterior y se había recogido el pelo en una coleta baja bastante desastrosa. No iba armado, y al parecer, además de la espada también se había olvidado la sonrisa. Esta por primera vez no resplandecía en su rostro ni bailaba en sus ojos, esos que habían resultado ser azules.

Flaran apareció por el arco que daba acceso a la cocina y llenó una jarra, que puso delante del fornido guerrero.

—Son dos monedas.

—Maldita sea, por todas las cabras borrachas del inframundo, ¿es que solo piensas en el vil metal, tabernero?

—Me llamo Flaran, y me gusta que me paguen por adelantado.

—Pues yo me llamo Garren, y me gusta beber tranquilo.

El grandullón casi escupió la última palabra en la cara del viejo Flaran, que frunció el ceño y sacó el palo que guardaba para las ocasiones especiales, dejándolo sobre el mostrador.

—No quiero problemas, forastero. Paga ahora, o si no...

—¿O si no, qué? ¿Me vas a pegar con eso? Te va a hacer falta algo más para...

—¡Eh! ¡Ya basta! —Syrelle alzó la voz y los dos hombres detuvieron la disputa, Garren sorprendido, Flaran asqueado—. Cóbrame la cerveza del pequeñín, toma.

La chica lanzó un par de monedas al vuelo

para que cayeran sobre la mesa. El guerrero las atrapó al vuelo dentro del enorme puño y, sacando otras dos de su faltriquera, las dejó sobre la mesa. Luego agarró la jarra y fue a sentarse con ella, devolviéndole su pago.

—¿Qué pasa? ¿Mi dinero no vale?

—Claro que sí. Pero no quiero que tú pagues mis disputas. Si quieres invitarme, puedes hacerlo luego.

Los penetrantes ojos azules se fijaron en los de ella, y Syrelle sintió la necesidad de decir algo.

—¿Qué haces bebiendo tan temprano? ¿No te da vergüenza? —preguntó.

Garren arqueó una ceja y señaló la jarra que



Syrelle tenía delante, ya casi vacía.

—¿No te da vergüenza a ti?

—Ah. Eso. Eso es distinto, yo estoy tomando un tentempié. ¿Quieres huevos? — añadió ofreciéndole su plato.

—No, gracias. Eres muy amable, pero no tengo hambre.

—Qué raro. Tienes pinta de ser de esos tipos que siempre tienen hambre.

Garren ladeó el rostro y su enfado pareció disiparse un poco, sustituido por la curiosidad.

—Eres muy mala observadora. Siempre me juzgas mal y dices que tengo pinta de ser cosas que no soy. Debes ser una cazadora espantosa.

—Casi tan mala como tú haciendo amigos.

—Eso no es verdad. Soy una persona muy sociable, a todo el mundo le encanta mi carácter.

—Claro, claro. Flaran te adora.

El guerrero hizo una mueca y agitó la mano, restándole importancia.

—Flaran es la excepción. En cambio, tú ya me adoras bastante. Me has querido pagar una cerveza y me has invitado a comer, eso significa algo.

—Significa que soy justa y noble.

—Ya, ya. Entre otras cosas.

Garren sonrió y un brillo pícaro iluminó sus

ojos. Syrelle no pudo menos que volver a reír entre dientes. Los descarados flirteos de Garren no la turbaban en absoluto, el tipo le caía bien y le gustaba su desparpajo. Aquellos dos hermanos eran muy distintos a los jóvenes que estaba acostumbrada a frecuentar: muchachos del pueblo y de los alrededores, o soldados que llegaban de paso.

—¿Y tu hermano, por cierto?

—Se ha quedado en casa de Bryanne. Hoy hemos ido a verla.

—¿Y habéis sacado algo en claro?

—No. —Un poso amargo volvió a enturbiar la expresión de Garren. Estaba claro que estaba molesto por algo. De pronto, como si una idea

acabara de cruzar su mente, el guerrero le soltó —: Oye, ¿sabes si Bryanne es virgen?

Syrelle estuvo a punto de escupir la cerveza, presa de un repentino ataque de tos. Garren le palmeó la espalda con suavidad, hasta que ella le apartó de un manotazo.

—¡¿Qué clase de pregunta es esa?! ¿Te has vuelto loco?

—Te escandalizas como una viejecilla, ya veo... El padre de Bryanne nos ha contado que el Largo Sueño no ha afectado a ninguna mujer casada. ¿Es cierto?

Syrelle lo pensó un momento y después asintió.

—Así es. Solo a mujeres jóvenes, desde...

—Entre trece y veinticinco años, ¿no? Chicas que están en edad de desposarse pero no lo han hecho.

—Sí. Sí, es cierto... ¿y qué ocurre con eso? ¿Tiene alguna relación con el Largo Sueño?

—Puede ser. Si todas las chicas afectadas son vírgenes, entonces tendremos un patrón.

—Nell tenía trece años. Ida, dieciséis, igual que Marcia. Estoy segura de que ninguna de ellas ha estado nunca con un hombre. Eliana, Griselle y Doria tenían entre veinte y veintidós. De Eliana y Griselle no puedo responder, pero Doria era virgen. Fue la última en desaparecer antes de que Bryanne enfermara. —Syrelle hizo una pausa y bebió de su jarra—. Es mi hermana —confesó finalmente.

Hubo un largo silencio.

—Lo siento. No lo sabía. —La voz del guerrero sonó gentil. Syrelle sintió una emoción angustiada pesándole en el pecho, pero se mantuvo entera.

—Era imposible que lo supieras. La he estado buscando, ¿sabes? No he dejado de buscarla.

—Por eso no crees que vayamos a conseguirlo.

Syrelle asintió y luego lo miró con desesperanza.

—Si yo no puedo encontrar a mi propia hermana, ¿quién podría?

Garren frunció el ceño y asintió. Luego se quedó mirando la jarra, pensativo, mientras la agitaba en círculos. Syrelle lo contemplaba en silencio. Sentía envidia de él y de Baltair, que aún estaban juntos, que se entendían y se apoyaban. Si ella hubiera sido capaz de entender mejor a Doria, quizá no la habría perdido.

—No te has rendido, ¿no?

La súbita pregunta de Garren la hizo parpadear.

—No. No, claro que no.

—Bien. Entonces no digas que no puedes encontrar a tu hermana. Únete a nosotros, trabajemos juntos para resolver este asunto. ¿Qué te parece?

Syrelle lo pensó un momento, echándose hacia atrás en la silla. No pudo evitar fijarse en los seductores rasgos del guerrero. Baltair y Garren eran muy diferentes, pero a la vez se parecían. Recordó la primera vez que los vio en el río. Entonces había pensado que eran enemigos, una amenaza, hasta que vio la complicidad que existía entre los dos, esa imposible inocencia que conservaban.

Decidió que eran buenas personas.

—Sí, de acuerdo. Hagámoslo juntos.

Garren se echó a reír y alargó la manaza para revolverle los cabellos. Syrelle se la apartó a golpes, molesta con el gesto.

—Espléndido. Venga, vamos a buscar a



Baltair. Está tardando mucho. Aunque, claro, no habíamos quedado en ninguna parte.

El grandullón agarró la jarra de cerveza y se dirigió a la puerta, sin hacer caso a las protestas del tabernero. Syrelle lo siguió, más animada de lo que quería reconocer.

...

El pelirrojo estaba de pie junto al pozo. El cubo de agua fresca descansaba en el borde mientras se pasaba las manos por el rostro. Necesitaba encontrar claridad, sosegarse antes de hablar con Garren. No quería volver a cometer errores, volver a ser injusto con él.

Eran cosas que no podía perdonarse. Su hermano era la última persona en el mundo a la que desearía dañar, y haberlo herido era como herirse a sí mismo.

Para Garren y Baltair nunca había sido fácil pelearse o discutir. Ninguno soportaba que hubiera tensión entre los dos, pero él, al ser el mayor, se sentía doblemente responsable cuando algo así ocurría. «Tienes que cuidar de tu hermano —le había dicho siempre su padre—. Él cree que la oscuridad que hay en el mundo no puede tocarlo». Para Baltair, eso siempre había sido algo similar a un deber sagrado, uno que abrazaba con gusto. Por eso odiaba tanto hacerle daño.

Cuando se apartó del pozo y se disponía a entrar en la taberna, la puerta se abrió y vio salir

a Garren con una jarra de cerveza en la mano, seguido por Syrelle.

«Este canalla nunca pierde el tiempo».

—Baltair, íbamos en tu busca.

—¿Qué ocurre?

La muchacha lo saludó con una inclinación de cabeza y una sonrisa. Garren también sonreía, con ánimo renovado. No parecía dolido ni enfadado, y si lo estaba, lo ocultaba muy bien.

—Syrelle ha decidido ayudarnos. Su hermana fue presa de la misma dolencia y desapareció como las demás. Si averiguamos qué está causando esta epidemia entre las muchachas, tal vez podamos encontrarla.

—Lo siento, Syrelle.

—No lo sientas, ayudadme a encontrarla.

Los ojos de Syrelle brillaban con decisión. La muchacha tenía fe en encontrar a su hermana así que Baltair se guardó sus peores temores para sí mismo. «¿Cómo vas a ayudar a nadie si tú mismo pierdes la fe?», se reprochó amargamente.

—Hemos estado hablando. Puede que sí exista relación entre la virginidad de las muchachas y sus desapariciones —informó Garren a su hermano—. Todas son chicas jóvenes, casamenteras, de entre trece y veinticinco años, y Syrelle ha confirmado la virginidad de la mayoría, incluyendo a Bryanne y a su hermana.

—Nunca he oído de ninguna enfermedad que solo afectase a las muchachas vírgenes. — Aquello no era buena señal—. Estoy seguro de que nos enfrentamos a algo provocado por un demonio. Debemos encontrarlo cuanto antes.

—¿Por qué lo tienes tan claro? —Syrelle frunció el ceño con preocupación.

—Es lo más probable. Bryanne murmuraba en su ensoñación, dijo algo acerca de un hombre sin rostro a quien debía darle una gota de sangre.

—No soy un experto, pero eso suena bastante a demonio, sí —dijo Garren, dejando la jarra de cerveza junto al cubo del pozo—. ¿Cómo vamos a encontrarlo? Parece que todo Rosland está plagado de esos engendros.

La chica se mordió el labio, insegura.

—La Vieja Nagna —dijo al fin. Los hermanos le dedicaron una expresión interrogante—. Es una mujer sabia que vive en el bosque, ella... tal vez sepa algo sobre los demonios.

—¿Una bruja? —inquirió Baltair.

—No, no es una bruja —respondió automáticamente. Garren y Baltair se miraron entre sí y luego a ella, suspicaces. Syrelle alzó los ojos al cielo y resopló—. De acuerdo... es una bruja.

—¿Y por qué sigue viva? —preguntó Baltair con calma—. Las quemaron a todas tras el edicto del rey Theobald IV.

—Porque mantenemos su existencia en secreto. ¡Y así tiene que seguir siendo, os lo advierto! —siseó apuntándolos con un dedo.

—¿Por qué? ¿Y si ha sido ella? —dijo Garren esta vez.

—¡No, claro que no ha sido ella! Vosotros no podéis entenderlo.

—Prueba, seguro que Baltair lo entiende, él es el listo.

El pelirrojo miró a su hermano, incómodo. Garren no solía usar el sarcasmo, pero después de lo que le había dicho antes, no estaba seguro de que aquello no lo fuera.

—Nagna es la única que nos ayuda cuando nadie más quiere hacerlo. Es la única aliada que

tenemos. Cuando una mujer no quiere tener más hijos, o siendo soltera desea... disfrutar con otro hombre sin quedarse encinta, Nagna nos ayuda. Nos da una mezcla de Cabellos de Nisha con otras hierbas, para que no vengan los bebés. Cuando una chica tiene su primera sangre y tiene sueños y pesadillas, Nagna la consuela y le explica lo que debe saber. Aquí hay muchas jovencitas que se quedaron sin madre. Nagna les habla sobre lo que significa ser mujer.

—Eso suena muy... —empezó a decir Garren.

Pero Syrelle lo interrumpió con brusquedad.

—¿Muy qué? ¿Te parece mal? ¿Tienes algo que decir, tú?



Garren alzó las cejas. Aquella chica apenas le llegaba al pecho, pero tenía un carácter digno de ser tenido en cuenta. El guerrero levantó las manos en señal de paz y volvió a coger su jarra.

—Nada, nada. Nada en absoluto.

—Lo que mi hermano quiere decir es que suena muy diferente a lo que nosotros conocemos —apuntó Baltair con sutileza—. En Eglanter, cuando las mujeres tienen esa clase de problemas, acuden a las sacerdotisas de Irelene, no a las brujas.

Las brujas no disfrutaban de buena fama entre las gentes de Rosland, en especial entre las gentes de ciudad, que las consideraban malvadas, siervas de los demonios y seres manipuladores. Baltair sabía de la existencia de

algunas. En tiempos mejores, había llegado a pensar que aquellas murmuraciones supersticiosas eran mentiras fundamentadas en el miedo, pero con el tiempo, había comprendido la veracidad que encerraban. Y lo había hecho de la forma más dolorosa posible.

—Eso está muy bien para Eglanter. Pero esto no es la capital. Aquí no hay sacerdotisas, ni bonitos templos de mármol. En Summerwind, como en tantas otras aldeas, aún sobreviven las viejas tradiciones; aún se recuerda a los dioses antiguos y se venera a las mujeres sabias, a las que en las ciudades llamaron brujas y quemaron hace tiempo. Te aseguro que ninguna de esas sacerdotisas podría ayudarnos en esto. Y mucho menos las sacerdotisas de Irelene. Las mujeres del bosque somos hijas de Nisha, la que corre bajo la luna —declaró Syrelle con orgullo.

Baltair la miró. Ciertamente, ella parecía la viva imagen de Nisha, con el arco a la espalda, la salvaje melena y aquella mirada felina, inteligente y sensual. Solo había que ver cómo había puesto en su sitio a su hermano para entender la naturaleza de la joven. Sin embargo, no estaba tan seguro de que las demás muchachas pensarán como ella.

—En fin —prosiguió Syrelle—, si hay alguien que sepa quién es ese Hombre sin Rostro, sin duda es la Vieja Nagna. Es la más anciana del pueblo.

La cazadora los miró a ambos. Ninguno hizo reproche a su defensa de la bruja. Garren bebió de su jarra, sin atreverse a volver a abrir la boca, y Baltair la observó pensativo durante un largo instante, hasta que al fin habló.

—Nada perdemos por visitar a esa... mujer sabia de la que hablas. ¿Dónde podemos encontrarla?

—Vive en la profundidad del bosque de Telperyn. Yo os llevaré hasta ella.

—De acuerdo. Iremos esta misma noche, no podemos perder el tiempo. Entretanto, preparémonos. Si hay que entrar en el bosque para encontrarla, será peligroso.

—Nos vemos aquí mismo al caer el sol — respondió Syrelle, resuelta.

La muchacha abandonó la plaza con pasos enérgicos. Los hermanos la observaron hasta que desapareció por una de las callejuelas de grava. Un silencio incómodo se hizo entre los

dos, hasta que Garren renzongó algo sobre la cerveza que se había terminado y el precio abusivo del tabernero.

—Siento mi comportamiento de antes, hermano —dijo al fin Baltair—. Nada de lo que dije es cierto... es solo que...

—Ya lo sé, ya lo sé —respondió Garren volviéndose hacia él—. No le des más importancia. No has tenido un buen día.

Era un alivio que no necesitase explicaciones. Garren era impulsivo y parecía que las cosas no lo afectasen. A veces, Baltair pensaba que pasaba por la vida sin enterarse de la mitad de lo que ocurría, pero no era cierto. Pese a las palabras que su padre siempre le repetía, durante los años compartidos en el

frente de batalla, Baltair había llegado a conocer a su hermano más allá de la sangre que los unía. No era verdad que Garren no fuera consciente de la oscuridad que había en el mundo. No era ningún ingenuo, ni tampoco se creía intocable. Su hermano tenía una percepción distinta de las cosas, más instintiva, irracional, que también era valiosa, tanto en el combate como en la vida. No es que no viera venir las dagas envenenadas, es que las vadeaba sin siquiera hablar de ello. No es que no le hubieran dolido sus palabras, es que ya lo había perdonado. Y por eso mismo no lo haría pasar por el trance de explicarle lo que ocurría. Porque de alguna manera lo sabía, y de alguna manera, también lo comprendía.

—¿Significa eso que aceptas mis disculpas?

—No.

Baltair se quedó de piedra. Por un momento, sintió que se le aflojaban las rodillas, pero entonces vio la sonrisa maliciosa de Garren.

—Serás...

Los brazos de su hermano lo rodearon un instante y sintió los golpes fuertes en la espalda como una bendición.

—¡Mira que eres crédulo! Claro que las acepto, por todos los demonios.

Cuando se separaron, los ojos de su hermano brillaban con viveza. Ambos parecían haberse quitado un peso de encima.

—No blasfemes.

### III

Los últimos rayos del sol se apagaban lentamente en las montañas. Dentro del bosque de Telperyn, bajo la bóveda natural que creaban los árboles frondosos, ya era totalmente de noche. La llegada del otoño comenzaba a convertir el suelo en una alfombra de hojas quebradizas que crujían con cada paso del grupo.

—Antes en estos bosques había mucha caza —decía Syrelle a media voz—. Desde que los demonios caminan por ellos es más difícil encontrar ciervos o jabalíes, y ni hablemos de las liebres... hay días en los que es como si toda



vida desapareciera de esta tierra. Ni siquiera se oyen las lechuzas de noche.

Garren abría la marcha, con el escudo en una mano y la espada en la otra. A la espalda llevaba también el pesado mandoble. Tras él, Syrelle y Baltair caminaban el uno junto al otro, con los ojos puestos en la espesura y los sentidos alerta. La cazadora llevaba el arco en la espalda y un cuchillo en el cinto. Las espadas de Baltair esperaban en sus vainas, una a cada lado, colgando del cinturón.

—Deberíamos tomar ejemplo —dijo Baltair bajando el tono.

—¿Por dónde, Syrelle? —preguntó Garren, ignorando el consejo de su hermano.

—Recto, y luego sigue el riachuelo hasta que yo te diga. ¿No sería mejor que fuera yo delante?

—Tú no tienes escudo.

La chica contuvo un resoplido.

—Como si fuera a servir de mucho si nos atacan por la espalda.

—Para eso estás tú, cazadora. Vigila, y no me incordies.

Las tres figuras se adentraron en el bosque hasta que se confundieron con las tinieblas que ya lo invadían todo. Durante un buen rato no dijeron una palabra, avanzando atentos a cualquier sonido o movimiento que pudiera producirse. El silencio era total a su alrededor, y

la oscuridad cada vez más intensa. El murmullo de sus pasos provocaba un estruendo de crujidos y chasquidos en medio de aquel aterrador silencio.

Syrelle estaba atenta a cada sombra, pero su cabeza no dejaba de bullir con pensamientos contradictorios. ¿Habría hecho bien en hablar a los dos forasteros sobre la Vieja Nagna? Por lo que había entendido, ellos eran de la capital, Eglanter, o habían pasado mucho tiempo viviendo allí. Quizá le harían daño a la anciana. «No, no lo permitiré —se dijo—. Además... no lo harán. Tengo que confiar en ellos».

Llevaba repitiéndose aquello toda la tarde. Cuando fue a casa a prepararse para la expedición nocturna, las dudas empezaron a acribillarla. ¿Y si había hecho mal? ¿Por qué

contaba tantas cosas a aquellos hombres? ¿Por qué permitía que se entrometieran en los asuntos del pueblo? ¿Acaso no tenían bastantes problemas ya? ¿Acaso no le había enseñado la vida que no debía confiar en nadie? Sin embargo, su corazón se inclinaba esperanzado hacia los dos forasteros, y no entendía por qué. Al fin y al cabo, no le habían demostrado nada.

De pronto, Garren se detuvo. Syrelle estuvo a punto de chocar contra su cuerpo.

—¿Qué pasa?

Baltair se apresuró a acercarse a su hermano y siguió su mirada, que se había clavado entre dos troncos. Allí había una sombra, algo que podría ser fácilmente confundido con otro árbol. Al aguzar la vista,

Syrelle entendió que no lo era.

—¡Es un dem... !

Baltair se giró a medias para indicar silencio a Syrelle y luego intercambió una mirada con Garren. No necesitaron más que eso. De pronto, antes de que la chica pudiera reaccionar, los dos hermanos ya estaban acercándose cada uno por un lado a la equívoca sombra.

«Maldita sea, podían haber contado conmigo aunque fuera por cortesía», pensó ella de mal humor. Los observó, mientras tomaba el arco y colocaba una flecha en él. Baltair era ligero y rápido, había desenvainado y se movía como un lobo en plena caza. Garren, pese a su fortaleza e imponente físico, tampoco se quedaba atrás en velocidad: sus largas piernas ganaban terreno y

cuando se abalanzó sobre el demonio para hacerlo salir de su escondite, lo hizo con el escudo por delante.

Syrelle apuntó y disparó a la cabeza, antes de procesar siquiera el horrible aspecto del monstruo. Sus brazos eran demasiados, y demasiado largos, y sus piernas, similares a las patas de los insectos, crujían cuando se movía. Le recordaba a un saltamontes pero su rostro alargado tenía una boca llena de dientes en el centro y un montón de ojos de pupilas verticales arracimados alrededor.

Era espantoso. Realmente espantoso. Nunca había visto uno tan grande.

Disparó. La flecha se clavó en el centro de lo que debía ser la frente del monstruo, pero

nada sucedió. «Maldita sea». Rápidamente, sacó otra. Entretanto, Garren llamaba la atención del monstruo, golpeando la espada contra el escudo y profiriendo gritos, deteniendo cada ataque.

—¡Aquí! ¡Aquí, bastardo!

El demonio bramaba y arrojaba sus garras sobre él, pero Garren se cubría con precisión mientras su hermano arremetía por detrás, cortando extremidades. Baltair combatía de manera inteligente. Cercenó las piernas en primer lugar, pero el monstruo no tuvo problemas en sostenerse sobre los brazos, adoptando una posición horizontal y sacando de alguna parte un largo aguijón que cayó sorpresivamente y a punto estuvo de atravesar al pelirrojo.

—¡Cuidado, Baltair! —gritó Syrelle, disparando una flecha tras otra para cegar al monstruo.

«Maldita sea, tiene demasiados ojos».

—¡Córtale la cabeza! —exclamó Garren.

Baltair asintió. Se movió hacia un lado, tratando de buscar la forma de encaramarse al engendro, pero este volvió a atacarlo repetidamente con el aguijón, mientras combatía a Garren con sus afiladas garras.

Los árboles que les circundaban hacían difícil la batalla, entorpeciendo los movimientos. El demonio era más grande, así que Syrelle decidió aprovechar su ventaja. A la carrera, trepó a una de las hayas, encaramándose a la



rama más alta con rapidez. La oscuridad y la suave neblina nocturna le dificultaban la visión. Sin embargo, ahora podría hacerlo: saltar sobre el cuerpo del horrendo ser y cortarle la cabeza con la espada de Baltair, si este era lo bastante rápido para lanzársela. Sí, era la mejor opción.

Estaba calculando la distancia mientras ellos combatían abajo cuando, de pronto, la criatura apartó a Garren de un golpe y levantó el rostro bruscamente. Decenas de ojos se clavaron en ella. El ser emitió un espantoso grito, agudo y gorgoteante, y a Syrelle se le congeló la sangre en las venas. Su corazón dio un salto en el pecho y se aceleró, enloquecido, cuando vio a la espantosa criatura saltar, impulsándose en las extremidades que le quedaban para alcanzarla.

—¡Maldición!

Sin pensar demasiado en lo que hacía, se dio la vuelta y saltó del árbol en dirección contraria, rezando a Nisha por tener una buena caída y no romperse ningún hueso. Las ramas se partieron al paso de su cuerpo y mitigaron su descenso. Cuando al fin tocó tierra, lo hizo de lado sobre un montón de hojas secas. El golpe hizo vibrar todos sus huesos y la dejó sin aliento un instante.

«Tengo que levantarme y huir. Tengo que levantarme y ponerme a cubierto», se repetía. Pero su cuerpo tardaba en responder, aún conmocionado por el golpe. Le costaba enfocar la vista, pero sabía que el engendro se acercaba. «Tengo que levantarme y huir, ¡ya!». Giró la cabeza, aterrada. El rostro monstruoso del demonio estaba ya a pocos metros de ella y avanzaba deprisa. Casi gimiendo, trató de incorporarse. Una de las garras de la criatura se

abalanzó hacia ella. Syrelle cerró los ojos. Demasiado tarde. No tenía escapatoria.

«De modo que así termina todo».

Entonces, de pronto, cuando aguardaba el espantoso dolor que la llevaría al fin, escuchó el vibrante sonido del acero al ser golpeado, y supo que no era su hora.

—¡Levántate!

La poderosa voz de Garren actuó como un revulsivo que le dio las fuerzas que necesitaba. Abrió los ojos de golpe y sin saber cómo, obedeció. Aún estaba mareada, pero entera. Los dos hermanos estaban junto a ella, Garren delante, manejando el pesado escudo como si fuera de tela, interponiéndolo con rapidez cada

vez que la bestia arrojaba una de sus patas sobre ellos, y Baltair a su lado, avanzando y retrocediendo por los flancos descubiertos de su hermano menor, asestando estocadas contra la alimaña.

—Nos tiene contra las cuerdas —se quejó Garren—. Hay que resolver esto ya... ¡Argh!

Su voz se quebró en un gruñido cuando una de las uñas del demonio lo alcanzó en el hombro. Syrelle, que ya tenía de nuevo el arco en la mano y buscaba el punto al que disparar con su última flecha, vio salpicar la sangre del guerrero y una furia sorda empezó a retumbar en su pecho.

—No va a ganar. ¡No va a ganar, maldita sea! —se oyó gritar a sí misma.

Baltair, que también había visto a su hermano recibir el golpe, siseó entre dientes. Era muy silencioso combatiendo, pero había algo salvaje en la forma en que salió de detrás de la cobertura del escudo y se arrojó sobre la bestia, haciendo girar las espadas y descargando una lluvia de golpes contra su rostro.

La alimaña retrocedió, pero luego volvió a atacar con renovadas fuerzas. Las patas del demonio cayeron de nuevo con violencia sobre el escudo de Garren, que se esforzaba en cubrirlos lo mejor posible y en mantener la espada firme pese a la herida de su hombro. Lo oyó gruñir al plantar los pies sobre la tierra mientras el monstruo empujaba con el peso de su cuerpo y pegaba su espantoso rostro a la placa de metal, lanzando otro horrible estertor.

—¡Deja de hacer eso, por todos los demonios! —imprecó Garren a la bestia.

—¡No... blasfemes! —oyó gritar a Baltair, entre golpe y golpe.

—¡Qué más da, no se va a ofender!

Entonces, Syrelle lo vio. Un espacio de carne blanca, palpitando con una suave luz rojiza, que asomaba entre dos de las placas duras como caparazones que recubrían el pecho de la bestia. No podía asegurar que aquello fuera su corazón. Ni siquiera sabía si los demonios tenían corazón, pero lo que estaba claro era que se trataba de algo importante... o eso creía.

No había tiempo para dudar. Disparó la

flecha, rezando a todos los dioses que conocía, incluso a aquellos en los que no creía. La saeta se clavó profundamente y la alimaña se tambaleó, chillando otra vez.

—¡¡Eso es!! ¡Ahí, Baltair! ¡En el pecho, entre los dos caparzones!

Antes de que hubiera terminado de hablar, Baltair había saltado de nuevo hacia la alimaña. Clavó una de las espadas en el centro de su rostro y se sostuvo allí, colgando de la empuñadura. Con la mano izquierda, aferró con fuerza la otra arma y, balanceándose, hundió la hoja hasta la guarda. Había acompañado el movimiento con la inercia y todo el peso de su cuerpo, por lo que el filo atravesó al ser de lado a lado. De la herida brotó un chorro de arena, como un surtidor, siseante y caliente, mientras la

criatura se retorció y se desmoronaba, quebrándose y encogiéndose igual que un recipiente de hojalata.

—¡¡Sí!! —exclamó Syrelle, presa de la euforia—. ¡¡Lo conseguimos!!

—Pues claro.

Garren esbozó media sonrisa y se echó el escudo a la espalda, yendo al encuentro de su hermano. Baltair había arrancado las espadas del cuerpo de la bestia y saltaba de nuevo al suelo con gracilidad y elegancia. Syrelle los siguió, entusiasmada y agotada. Rodearon los restos del monstruo, esperando a que el último de sus ojos se desmoronase, y observaron el montón de polvo en el que se había convertido. Pronto, el polvo desapareció en un estallido, y



una suerte de vapor con formas imprecisas se elevó raudo hacia el firmamento, con el sonido de un estertor.

Por un momento se quedaron allí, recuperando el aliento, conscientes de la dureza del combate que acababan de librar. Baltair rompió el silencio:

—Continuemos.

Los tres siguieron su camino sin mirar atrás.

...

Al llegar a la cabaña de Nagna, Baltair se

sorprendió por lo terriblemente típica que era. Tenía el aspecto clásico de una cabaña de bruja, tal y como las describían en las historias y cuentos: con el techo de paja, con un caldero en la puerta y con una luz rojiza brotando del redondo y amplio ventanuco que hacía de mirilla. No tenía ventanas, y había pieles de animales en las paredes. De las ramas de los árboles circundantes colgaban fetiches hechos con ramas y puñados de plantas puestas a secar.

—Es aquí —declaró Garren muy seguro.

Syrelle le dirigió una mirada impaciente.

—¿En serio? ¿Cómo lo has adivinado?

—Por el caldero —respondió Garren, inmune al sarcasmo.

Baltair suspiró.

—Ve delante, Syrelle. Anuncia a la Vieja Nagna nuestra llegada. No creo que sea bueno presentarnos sin avisar... —Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta se abrió y la anciana apareció ante ellos, mirándolos directamente, con cierto desafío en sus ojos—  
...en su casa.

Nagna se acercó a ellos con pasos lentos. Iba descalza y tenía los brazos cruzados a la espalda en una pose orgullosa. Era alta y de aspecto noble, con el largo cabello blanco recogido en una trenza y una elegancia que estaba fuera de lugar en aquel entorno oscuro y agreste. Llevaba una amplia falda del color del cielo nocturno, un azul profundo, casi negro, y un corpiño azabache sobre la camisa, que

estrechaba una cintura ya de por sí estrecha y recogía dos pechos aún generosos. Su rostro, de facciones aristocráticas, estaba marcado con las huellas propias de la edad, pero las arrugas no desmerecían su impresionante belleza. Se había maquillado los ojos azules, delineándolos de negro. La nariz respingona conservaba su encanto y los finos labios estaban cubiertos con carmín.

—Os estaba esperando. Hola, Syrelle, querida —dijo con voz melodiosa.

Syrelle inclinó la cabeza.

—Te saludo, Nagna.

—No hace falta que seas tan formal —repuso sin dirigirle siquiera una mirada a la chica

—. Preséntame a tus amigos.

—Estos son Garren y Baltair. Llegaron ayer a la aldea. Me están ayudando a buscar a Doria, y venimos en busca de tu consejo.

A lo largo de su vida, Baltair había conocido a todo tipo de mujeres, pero aquella era diferente a todo cuanto había esperado. No solo por su belleza. Enseguida supo que se encontraban ante alguien especial. Su hermano se había quedado con la boca abierta, así que le dio un suave codazo. Garren cerró la boca y apartó la mirada de Nagna, fingiendo mucho interés en los fetiches que colgaban de los árboles.

La anciana sonrió a medias.

—Bienvenidos, Garren y Baltair. Esto es muy inusual. Rara vez vienen los hombres de Rosland a escuchar mi consejo.

—¿Por qué?

—Porque rara vez escuchan el de nadie. Pasad —los invitó—. Habéis hecho un largo camino hasta aquí, y no exento de peligros.

El grupo siguió dócilmente a la regia mujer hasta el interior de la choza. Había un fuego en el hogar, una mesa en una esquina con pan, cecina y queso, una amplia alfombra y libros, muchísimos libros que se amontonaban en los rincones, en las alacenas y las estanterías que forraban las paredes. Del techo colgaban hojas de Cabello de Nisha y flores nocturnas puestas a secar, y un gato rayado dormitaba sobre un

escritorio de madera lleno de utensilios de vidrio, metal y madera que Baltair, a su pesar, reconocía: retortas, cuencos, morteros, bisturís, *hojadecobre* y otros elementos usados habitualmente en la hechicería. Hasta el momento había pensado que quizá la Vieja Nagna era simplemente una anciana curandera. Cabía esa posibilidad. Pero encontrar aquellos objetos despejaba todas las incógnitas: era una bruja. Una hechicera que manejaba poderes sobrenaturales.

—Iremos al grano —dijo con firmeza Syrelle, dominando la conversación—. Ya conoces la desgracia que se ha abatido sobre Summerwind. Garren y Baltair han estado viendo a la última de las doncellas, Bryanne, la hija del carpintero.

Nagna asintió, tomando asiento con las piernas cruzadas sobre la alfombra y agarrando una extraña boquilla de cristal con un quemador en el extremo. Aspiró y luego expulsó el humo delicadamente.

—Sí, esa mujer hace tiempo que debería haber hecho una vida por sí misma. Parece que ahora no va a tener mucho tiempo para eso.

—Si no hacemos nada, sí —replicó Baltair, interrumpiendo.

Nagna lo miró con dureza, como si no tuviera derecho a hablar.

—Prosigue, querida.

—Baltair dice que Bryanne hablaba sobre un Hombre sin Rostro y entregar una gota de



sangre... creemos que es un demonio el que está detrás de esto, que ese Hombre sin Rostro es ese demonio, y tenemos que encontrarlo.

Nagna inclinó la cabeza, condescendiente.

—Parece que creéis muchas cosas. ¿Para qué me necesitáis, entonces?

—¿Tú sabes algo del Hombre sin Rostro, Nagna? —preguntó Syrelle, sentándose frente a ella.

Baltair arrugó el entrecejo, observando la interacción entre la chica y la bruja. Syrelle había demostrado ser bastante escéptica respecto a todo, incluso desconfiada. Pero ahora, de repente, veía en sus ojos una fe desconcertante. La influencia de alguien como

Nagna en las chicas del pueblo debía ser muy grande, si afectaba incluso a alguien de carácter tan fuerte como Syrelle.

«Aún es posible que esta anciana tenga algo que ver con todo lo que está ocurriendo. No podemos descartarlo».

—Algo sé —respondió tras una pausa la anciana, exhalando el humo—, pero no creo que os ayude en vuestra búsqueda. El Hombre sin Rostro es una leyenda, un cuento para asustar a las niñas. No existe, y nunca ha existido.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Garren, hablando por primera vez. Había dejado las armas en un rincón, sin hacer ruido, y apoyaba el trasero en el borde de una mesa atestada de libros.

—Porque lo inventé yo.

Baltair alzó las cejas. «Interesante. Y peligroso».

—¿Podrías explicarte, por favor? —pidió Syrelle con respeto.

Nagna suspiró y miró hacia el fuego, torciendo el gesto. Sus ojos azules se tiñeron de nostalgia.

—Fue hace mucho tiempo, antes de que el rey Ignat ascendiera a la Gracia y el rey Theobald subiera al trono. Por entonces, llegó a nuestras tierras la primera epidemia de Corazón Frío.

Baltair se tensó, mirando instintivamente a su hermano, que también se había puesto serio. La

enfermedad del Corazón Frío era una de las más letales que existían. Cuando ambos eran niños, la tercera epidemia de Corazón Frío azotó la capital, haciendo enfermar a Garren y a la madre de ambos. Garren sobrevivió, pero ella no. Aquella pérdida había pesado siempre sobre el alma de los dos hermanos, y la sola mención de la cruel enfermedad les volvía amargo el espíritu. Sin embargo, a pesar de las emociones encontradas, Baltair se dio cuenta de que había algo llamativo en las palabras de Nagna.

—La primera epidemia de Corazón Frío tuvo lugar hace más de doscientos años —dijo Baltair, volviéndose hacia ella.

Nagna sonrió misteriosamente y prosiguió con su historia como si nada.

—Antes, Summerwind estaba rodeada por otras seis aldeas: Winterleaf, Riverstone, Larthree... En Summerwind, gracias a algunas amigas y a mí misma, la epidemia no fue tan terrible. Pero el resto de poblaciones se vieron seriamente afectadas. Quienes aún estaban sanos vinieron a refugiarse a Summerwind y para cuando todo hubo terminado, esta era la única aldea que quedaba en pie. La población se había visto reducida drásticamente y solo quedaban diez niñas y trece niños. El resto eran ancianos y adultos que ya no podían tener hijos.

—Por las flechas de Nisha, ¿es eso cierto? ¿Por qué nunca lo hemos sabido?

Syrelle parecía no dar crédito a lo que la anciana contaba. Nagna prosiguió, sin dar más explicaciones.

—La moral estaba muy baja y los jóvenes que habían sobrevivido solo deseaban estar tranquilos, vivir lejos del alcance de la enfermedad y permanecer junto a sus familias. No se relacionaban entre ellos, porque tampoco se celebraban festividades. Intentamos alimentar cierta alegría en ellos, pero no hubo éxito. Aunque seguían vivos, el paso de la enfermedad los había vuelto taciturnos, temerosos y retraídos. Los llamábamos los Niños Callados.

Baltair pensó sobre ello. Recordaba cómo, tras sobrevivir al Corazón Frío, Garren había pasado casi un año entero sumido en la melancolía. Siempre había pensado que se debía a la muerte de su madre, pero ahora... «Tal vez es una secuela de la enfermedad». Sin embargo, él la había superado.

—Fue entonces cuando inventamos la historia del Hombre sin Rostro. El Hombre sin Rostro se llevaba a las muchachas casaderas que no habían conocido varón. Las asustamos con eso para empujarlas al matrimonio, para que tuvieran hijos cuanto antes. Los campos se secaban, la aldea peligraba. Había que hacer algo. Y el Hombre sin Rostro cumplió con su función. Las diez niñas se comprometieron antes de cumplir los quince, y pronto empezaron a tener hijos. Con el tiempo, ya no hizo falta contar el cuento. Como habréis visto, en Summerwind existe la costumbre de casarse muy pronto... salvo en el caso de Bryanne, y de nuestra querida Syrelle, claro. Dos honrosas excepciones.

—¿Excepciones? —Syrelle miraba con furia a la anciana. Se incorporó, agitada. Ya no había

en ella rastro de la admiración y el cariño con el que la había contemplado hasta el momento—. ¿Excepciones, dices? ¡Usaste una mentira para asustar a unas niñas y obligarlas a casarse!

Nagna se puso de pie, irguiéndose con orgullo. Tenía el porte de una reina.

—Así es, y no me arrepiento. Era necesario. La vida debe abrirse camino, muchachita. No podíamos permitir que el miedo terminara con la aldea.

—¡La aldea no es más que un montón de casas! ¿Qué maldita importancia tiene? ¡No tenías derecho a hacerles eso, a convertirlas en...!

—Júzgame si quieres. Tú hablas desde tus



prejuicios, desde tu propio miedo a perder tu libertad, a dejarte seducir por la influencia de Irelene. —La mención a la diosa de la fertilidad provocó una mueca de ira en el rostro de Syrelle —. Pero Irelene también rige sobre las mujeres, igual que Nisha. Tú eres una privilegiada. Puedes escoger vivir sin un hombre, si es lo que quieres, pero en aquel tiempo hubo que hacer sacrificios. Gracias a ellos, tú estás aquí hoy y puedes venir a pedirme hierbas para no tener bebés. ¿Y acaso te las he negado alguna vez? —Syrelle guardó silencio, lívida, apretando los puños.

Baltair, sintiéndose mal por ella, quiso decir algo, pero desde su rincón, Garren le hizo un gesto de advertencia, negando con la cabeza. El pelirrojo suspiró y guardó silencio. Su hermano tenía razón: no era saludable intervenir en

semejante disputa.

—Eres una maldita manipuladora —declaró Syrelle, su voz amarga, llena de decepción.

—Piensa lo que quieras. En aquella época, la supervivencia de nuestra gente estaba por encima de los deseos personales. Se hizo lo que debía hacerse: abrir camino a la vida.

Con un resoplido, la cazadora agarró sus cosas y salió de la cabaña, cerrando de un portazo. La anciana seguía firme, erguida, con los brazos cruzados. Apartó la mirada de la puerta y la dirigió al fuego.

—Voy a... —Garren pasó por su lado, haciendo un gesto con la mano. Baltair asintió —. Si me necesitas, avísame.

—Descuida.

Cuando su hermano se marchó, Baltair clavó la mirada en la anciana.

—Así que el Hombre sin Rostro no existe.

Nagna estaba de espaldas a él, mirando al fuego.

—No. Es una leyenda.

—Pues parece que tu leyenda se ha hecho realidad. Bryanne habló del Hombre sin Rostro en sus delirios, y de que le pedía una gota de sangre. Sospecho que un demonio se ha apropiado de tu historia y la está usando en su beneficio. —La anciana levantó la cabeza, como si eso la sorprendiera. Se giró hacia él, los ojos azules destellando con preocupación—. ¿Hay

algo más que puedas contarnos?

—No. Te lo repito otra vez, el Hombre sin Rostro no existe. Esas... esas cosas no existen, son cuentos para asustar a los niños: el Hombre sin Rostro, el Cabeza de Búho, el Padre Tarrk... son leyendas de la tradición oral destinadas a...

—Son constructos de nuestra imaginación —la interrumpió Baltair, esta vez con firmeza—, que se implantan en la historia y tienen poder. El poder que nosotros les damos. Los demonios pueden vestirse con esa piel y hacerse con ese poder. Eres una bruja, ¿acaso no sabes eso?

Nagna entrecerró los ojos y crispó los labios, atravesándolo con una mirada cruel.

—La pregunta es por qué lo sabes tú.

—He conocido a otras brujas. Muy traicioneras, entrometidas y que hablaban mucho. Igual que tú.

—¡No te atrevas a juzgarme! Nunca he recibido a hombres en mi casa, te estoy otorgando un privilegio que...

Baltair no la dejó terminar. Se acercó a ella y la enfrentó con dureza, amenazante, mirándola fijamente. No tenía las armas, pero su mirada fría y la forma en que la abordó eran tan cortantes como un cuchillo.

—Puede que tu intención al crear al Hombre sin Rostro fuera buena, pero el hecho es que ahora, un demonio lo está utilizando para destruir todo lo que quisiste salvar —le espetó duramente—. No te estoy juzgando. Me da igual

lo que hiciste, o por qué. Pero *lo hiciste*, y tienes responsabilidad en ello. Cuéntame la historia completa del Hombre sin Rostro, ¿dónde se lleva a las jóvenes que no quieren casarse y qué hace con ellas?

Nagna tragó saliva. Aunque la inesperada rudeza de Baltair la abrumaba, su orgullo seguía ahí. A regañadientes, respondió:

—El Hombre sin Rostro vive en un palacio de oriente, y es allí donde lleva a las muchachas... para beberse su sangre.

Baltair enarcó la ceja.

—Muy educativo, sin duda.

—La sangre de las doncellas es lo que atrae al Hombre sin Rostro. Me pareció una relación

apropiada con el ciclo lunar de las muchachas  
—argumentó Nagna, altiva.

—Veo que trabajaste a conciencia en tu historia. Entonces... ¿se puede invocar al Hombre sin Rostro?

—Supongo que sí. Con las palabras apropiadas y... —Nagna frunció el ceño, pensativa—. Espera, ahora que lo pienso... inventaron una cancioncilla infantil sobre el Hombre sin Rostro. Sí, la cantaban en sus juegos...

—¿Qué decía la canción?

Nagna miró a Baltair y comenzó a recitar.

—«El Hombre sin Rostro me quiere llevar,  
hasta su palacio muy lejos del mar, a mi padre y

mi madre ya no veré más, ni tampoco a mi hermano tendré que aguantar. Hombre sin Rostro, ven a por mí...» —El rostro de Nagna empezó a distenderse en una mueca de comprensión y horror—. «Toma mi sangre y sácame de aquí». Oh, Irelene. Esa canción...

El entendimiento llegó a Nagna con una oleada de pesar. Apretó los dedos en un pliegue de su falda y se giró de nuevo hacia el fuego.

—Lo creamos para que lo temieran... y ellas lo invocaban para salvarse. Para liberarse. ¿Cómo es posible...?

Baltair suspiró.

—Las leyendas, al final, cobran vida propia.

Salió de la cabaña, dejando a Nagna sola y



abatida delante de la hoguera. La arrogancia de la anciana había desaparecido.

...

Syrelle no se podía creer lo que estaba sucediendo. Nagna, su aliada, su amiga, la única con la que podía hablar libremente sobre sus sentimientos, sus sueños y sus aspiraciones, había resultado ser...

«Un fraude. Eso es lo que es. Un fraude». Apartó los arbustos del camino a patadas. Cuando se dio cuenta de que estaba alejándose de la cabaña, volvió sobre sus pasos y se sentó en un tronco caído, a unos pocos metros. No

podía irse sin Baltair y Garren. El camino era peligroso, y además, había venido con ellos. No quería dejarles atrás, desamparados, solo por estar furiosa. Ellos no tenían la culpa.

«Nunca debí considerarla una amiga — pensó amargamente, contemplando el cielo estrellado por encima de las ramas de los árboles—. Después de todo, ella nunca me correspondió... Siempre era yo la que hablaba. Era yo la que acudía y me sentaba a su lado, hablando y hablando... y ella asentía».

—Maldición, qué estúpida he sido —se reprochó, cerrando los ojos y pasándose las manos por el pelo.

Su arranque autocompasivo se interrumpió al escuchar cerrarse la puerta de la cabaña. Se

volvió a medias y vio por encima del hombro cómo Garren salía de la casa y miraba alrededor, de nuevo cargado con su escudo y sus dos espadas, una de ellas, enorme. «¿Para qué la querrá?», se preguntó. No lo había visto usarla aún, pero tampoco le costaba imaginarlo. «A lo mejor puede levantarla con una sola mano».

Cuando el guerrero la vio, se dirigió hacia ella. Al llegar al tronco, se sentó a su lado, descargando el escudo y colocándolo a modo de respaldo.

—Bonito mirador te has buscado. Muy romántico.

—Sí. Precioso.

Frente al tronco en el que se sentaban, a varios metros, Nagna tenía un secadero de peces en el que languidecían dos pescados con mal aspecto.

—Bueno, ¿qué tal estás?

Syrelle lo miró de reojo.

—¿Tú qué crees?

—Enfadada.

—Eres único destacando lo evidente, ¿sabes?

—Sí, me lo suelen decir. —Syrelle suspiró con frustración. Lo cierto era que no quería hablar del tema, y mucho menos con Garren. Sospechaba que no era demasiado listo y que no

iba a ser capaz de comprenderlo. Pero al parecer, él sí tenía algo que decir—: Oye, sé que lo que ha dicho Nagna no te ha gustado nada, y lo entiendo. Es muy retorcido.

Syrelle alzó las cejas y no disimuló su sorpresa.

—¿En serio?

—Sí. Esas son la clase de cosas que hacen los poderosos. Ven problemas que no existen, sienten que el mundo necesita de su sabiduría y creen que nos tienen que salvar. Idean un plan y lo llevan a cabo por nuestro bien. Y al final, ese plan trae problemas. Siempre pasa lo mismo.

La joven lo miró de reojo.

—Nagna parece muy segura de que era

necesario.

—Sí. Está muy convencida.

—¿Tú no?

—No.

—¿Qué piensas tú?

—Creo que tienes razón en que los pueblos solo son lugares. Montones de casas, huertos, granjas... Aparecen y desaparecen con el curso del tiempo. Somos nosotros quienes ponemos vallas, muros y fronteras, los que ponemos nombre a la tierra. Intentamos poseerla, medirla y conservarla, pero al final, no importa. —Hizo una pausa—. Esos niños quizá se hubieran sentido mejor de mayores y habrían querido casarse y formar familias, o tal vez no. Eso no

garantiza nada. Hasta los imperios caen. Que un pueblo desaparezca no es ninguna tragedia.

—¿Y por qué no has dicho nada para contradecirla? —replicó Syrelle cada vez más sorprendida.

Nunca habría imaginado que alguien como Garren pensara con profundidad en nada. Recordó lo que él le dijo en la taberna, que era mala observadora y siempre lo juzgaba mal.

—¿Para qué? —Garren se encogió de hombros—. Los que se creen más listos que los demás no aceptan las críticas. Y necesitamos información. Que piense lo que quiera, lo importante es que podamos arreglar el problema. Si en su cabeza engañar a unas crías para que se casen es algo necesario y vital, allá

ella. Lo hecho no se puede deshacer.

Syrelle se rascó la ceja, pensativa. La manera sencilla y práctica en la que Garren enfocaba las cosas la ayudó a relajarse.

—Lo peor es que tiene razón en algo... Si no fuera por lo que ella hizo, yo seguramente no habría nacido.

—Eso no lo sabemos. Tal vez habrías nacido de todos modos. —La manaza del guerrero le palmeó la cabeza. Syrelle se encogió, mirándolo de reojo con desagrado. Odiaba que hiciera eso —. No le des vueltas, lo importante es que encontremos a tu hermana y a las otras doncellas. Y lo haremos. Mi hermano exprimirá a esa anciana como si fuera un limón, no importa lo guapa que sea. A él no le va a seducir



con su palabrería y su escote.

—Tienes mucha fe en tu hermano, ¿no crees? —replicó ella, apartándole la mano a manotazos.

—Claro. Es mi hermano —replicó como si eso lo explicara.

La chica lo miró. Garren parecía contento y despreocupado, su sonrisa volvía a brillar en el rostro curtido y los ojos azules resplandecían con un entusiasmo casi infantil. Se alegró de que fuera así.

—Es inquietante que estés siempre tan contento —dijo en cambio.

Garren soltó una carcajada y le apoyó esta vez el codo en la cabeza, mirándola desde

arriba. Ella se revolvió y le dio un empujón suave en el hombro, lo cual provocó que el guerrero soltara un quejido. Syrelle lo miró, extrañada. Entonces vio la mancha oscura en el cuero de su armadura y se dio cuenta de que tenía algo húmedo en la mano: sangre.

—Mierda. Me había olvidado de tu herida.

—Ya... yo también —dijo él.

—¿Cómo puedes olvidarte de tus propias heridas? —le reprochó Syrelle—. A ver, le echaré un vistazo.

Se limpió la mano en los pantalones y se sentó a horcajadas sobre el tronco del árbol.

En los siguientes minutos, su enfado con Nagna quedó en segundo plano, y hasta los

demonios de arena y la desaparición de Doria le dieron un respiro. Mientras hablaba con Garren y le limpiaba la herida lo mejor que podía, el mundo se convirtió en un lugar más amable, un poco más sencillo.

...

Era de madrugada cuando llegaron a la posada. Flaran les abrió, tras dirigirles una mirada furibunda a través del ventanuco de madera de la puerta. Lo habían sacado de la cama, lo que contribuyó a alimentar la antipatía que sentía hacia ellos. No obstante, y a pesar del sueño, el tabernero no perdió la oportunidad de

sacarles más dinero.

—Vais a tener que pagarme por las molestias —dijo en un tono desagradable.

Ante la amenaza, Baltair tuvo que asegurar al tabernero que lo compensarían por todo en cuanto terminasen su trabajo en Summerwind. Al final, con sus impecables modales, logró que Flaran aún a regañadientes les sirviera los restos de la cena: algunos trozos de pollo asado con cebollas y pan que comenzaba a estar duro.

En pocos minutos dieron buena cuenta hasta dejar solo las migas y los huesos en los platos. Syrelle y Garren bebían cerveza y Baltair se servía vino de una jarra de loza.

—Entonces, si no lo he entendido mal —dijo

Syrelle, gesticulando con ímpetu. Aún estaba alterada, la revelación de la vieja Nagna la había decepcionado, el tono con el que hablaba de ella había cambiado completamente en el transcurso de la noche—, el Hombre sin Rostro se lleva a las muchachas a un palacio de oriente. ¿Cómo demonios voy a encontrar a Doria? Según Nagna solo es una maldita leyenda, una mentira, ¿cómo ha podido una mentira hacer que mi hermana se evapore así?

Durante la cena, Baltair había compartido con ellos lo que Nagna le había contado sobre la leyenda del Hombre sin Rostro, pero había preferido no ahondar en ciertos detalles hasta haber recuperado energías. Garren llevaba el hombro vendado y parecía de buen humor, estaba sentado junto a Syrelle e incluso había bromeado durante la cena.

—Algo más te habrá dicho la bruja, ¿no? ¿No habrá tenido nada que ver? —preguntó, masticando un trozo de pollo y pasándolo con un trago de cerveza. Garren siempre comía como si fuera el último día de su vida.

—En realidad, no. Ella inventó esa historia pero no previó los riesgos que conllevaría. Su responsabilidad en esto es haber creado los miedos de los que se están alimentando los demonios.

Syrelle frunció el ceño y miró interrogativa a ambos hermanos. Garren se encogió de hombros.

—¿Sigues pensando que es cosa de un demonio? —inquirió la muchacha, dirigiendo una mirada punzante a Baltair.

—Ahora estoy del todo seguro. Es la forma de proceder de los demonios de arena. Sus formas no son fortuitas, las adoptan influenciados por los miedos que los alimentan, las pesadillas, aquello que aterroriza a los humanos.

—¿Cómo lo sabes?

—He tenido que enfrentarlos muchas veces.

Syrelle le mantuvo la mirada largamente. Baltair vio un rastro de desconfianza. Aquella explicación no le bastaba, pero no iba a darle otra. El conocimiento sobre los demonios no era algo de lo que se enorgulleciera, preferiría no saber nada, no haber escuchado jamás una palabra sobre ellos. Ni siquiera necesitaría esa información si jamás hubiera tenido nada que

ver con Lisandra. Ahora, lejos de su hogar y lejos de ella, le resultaba vital.

Garren no dijo nada. Si sabía de dónde procedían los conocimientos de su hermano o le sorprendía lo que acababa de decir, no lo expresó.

—Bien, es cosa de los demonios de arena, eso significa que debe tenerla en algún lugar, un lugar físico, ¿no es así? Y que con ella estarán las demás —dijo Syrelle, dejándolo pasar.

—¿En qué circunstancias desaparecieron las muchachas? —preguntó Baltair, frunciendo el ceño. No podía darle esas respuestas con los pocos datos que habían conseguido sacarles a los aldeanos.



—Todas escaparon de casa, aunque... mi hermana fue de las últimas en desaparecer. Ya estaba alertada cuando Doria comenzó a caer en esos extraños letargos, así que la encerré en su habitación. Pasé noches vigilando junto a su cama, despierta... pero una noche me dormí. — Aquella confesión tenía un timbre amargo en la voz de Syrelle, que frunció el ceño y dio un largo trago, apartando la mirada—. Cuando desperté ella ya no estaba. De alguna manera, escapó de la habitación.

—¿La puerta estaba abierta?

—No. Ni siquiera quitaron el cerrojo. La ventana también estaba cerrada. Rastree los bosques pero no hay nada, ni pasos, ni huellas...

—¿Por qué no nos has dicho esto antes?

—No habéis preguntado —replicó bruscamente—. Además, no estaba segura de que fuerais de fiar.

—¿Y ahora sí lo sabes? —preguntó Garren.

—Ahora sé que sabéis matar demonios, y por lo visto, los conocéis. Llevo días buscando a Doria yo sola y no he encontrado nada, ni una maldita pista. Tal vez con vosotros tenga alguna oportunidad.

Así pues, eran la última esperanza de Syrelle. Baltair no estaba seguro de que aquel papel le agradase. Los demonios eran impredecibles, si la leyenda contaba que el Hombre sin Rostro bebía la sangre de las muchachas lo más seguro era que ya no quedase nada de ellas.

—No sé dónde se las lleva, ni qué hace con ellas... pero hay una joven atrapada en sus sueños en este momento a la que aún podemos evitarle un destino incierto.

—¿Y qué hay de mi hermana? —inquirió Syrelle, tensa.

—Invocaremos al demonio. Necesitaremos a una muchacha joven, valiente y virgen que se atreva a ofrecerle su sangre al Hombre sin Rostro. Creo que tú serías la idónea —propuso Baltair.

Ella los miró a uno y a otro.

—Yo no reúno los requisitos —respondió, lacónica.

—Bien, buscaremos a otra, entonces. Pero

ahora tenemos que encargarnos de Bryanne.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Garren.

Baltair los miró con gravedad. No quería decirlo, pero cuanto más lo pensaba, más se perfilaba aquello como la única solución posible.

—Del único modo seguro que por ahora conocemos. Ella debe dejar de ser virgen.

—¿Qué? ¡Pero está dormida! —dijo Syrelle abriendo mucho los ojos, indignada.

Garren dejó la jarra sobre la mesa y miró a su hermano. No había reproche en sus ojos, pero sí preocupación. Sabía lo que iba a suceder, conocía demasiado bien a Baltair, y lo que estaba tramando no le gustaba.

—¿Y no podemos matar al demonio y ya?  
—propuso con simpleza.

—No, ella está bajo su influjo. Está perdida en los sueños, a su alcance... solo es cuestión de tiempo que ella le ofrezca su sangre y él la reclame para siempre.

—Mataremos a ese demonio y la recuperaremos, entonces —dijo Syrelle, levantándose.

—Syrelle —dijo Baltair, despacio y con voz autoritaria—. Existe la posibilidad de que tu hermana y las demás muchachas estén muertas. ¿Vas a exponer a Bryanne a lo mismo?

La joven apretó los dientes y lo miró con rabia. Baltair no estaba orgulloso. Sabía que le

había hecho daño, pero le sostuvo la mirada. Había intentado no hablar de ello, ocultarle todo lo posible sus pensamientos sobre la suerte de Doria, pero ahora tenía que hacerle entender que era una situación desesperada para Bryanne.

—¡No soy estúpida! ¡Sé que puede que estén muertas! —exclamó de pronto Syrelle, dando un golpe en la mesa—. Y quiero salvar a Bryanne, pero el tiempo que vais a perder con ella en ese plan tan depravado, también corre para Doria, en caso de que esté viva. Además, lo que pretendes... lo que pretendes es casi tan retorcido como lo que hizo Nagna. O peor. Ella manipuló a las niñas de Summerwind para que corrieran al matrimonio, atemorizadas. Y vosotros vais a violar a una chica indefensa para salvarla. ¡Un gran plan!

Baltair respiró hondo. Las palabras de la cazadora eran como cortes finos, astillas y espinas que se le metían bajo la piel y le escocían, haciéndole sentir incómodo consigo mismo. Pero no iba a claudicar. Sabía lo que había que hacer, y como siempre que tenía claro su deber, ya no había marcha atrás.

—¿Tienes alguna idea mejor? —replicó tras una pausa.

La muchacha entrecerró los ojos.

—Buscaré a las chicas que necesitamos para invocar a ese demonio y lo mataré. Lo que hagáis vosotros, quedará en vuestra conciencia. Por mí como si os queréis ir al infierno.

La silla cayó al suelo cuando la cazadora se

dio la vuelta con un gesto impetuoso y abandonó la taberna a zancadas, con el cabello oscilando furiosamente a su espalda. Garren levantó la ceja y luego miró a Baltair con preocupación.

—¿Estás seguro de que no hay otra forma?

—Sí —respondió Baltair, lacónico.

—¿Quieres...?

—No —lo interrumpió. Sabía lo que iba a decir y no quería ni oírlo. No permitiría que su hermano hiciera algo así—. Esto es cosa mía. Tú ve con Syrelle, intenta que razone... ayúdala. Yo me haré cargo de esto ahora mismo.

—¿Crees realmente que están muertas?

—Sí. Pero preferiría que vosotros no lo



creyerais. Sé que Syrelle no está de acuerdo con esto, pero no podemos arriesgar la vida de Bryanne por una posibilidad remota de hallarla más tarde una vez acabemos con el demonio. — Miró a Garren. Un nudo de angustia le empezaba a cosquillear en la garganta—. Dime que lo comprendes.

—No pongas esa cara, hermano. —El guerrero se puso en pie y sujetó el rostro de su hermano con las dos manos. Aquel gesto, su mirada intensa, eran exactamente los mismos que su madre usaba para tranquilizarlo cuando Baltair era un niño y tenía miedo. Ver su reflejo heredado en Garren le provocó una sensación de alivio y tristeza al mismo tiempo—. No te juzgo. Sabes lo que hay que hacer, has tomado la decisión... y yo voy a apoyarte hasta el final. No te atormentes con esto. Nos hemos visto en

situaciones parecidas en la guerra, hemos tenido que escoger el mal menor para salvar vidas otras veces. —Garren lo soltó, dejando una mano sobre su hombro. Con la otra, le llenó la copa de vino—. Te veré más tarde. No pienses demasiado.

—No se me da tan bien como a ti.

Garren rió. El pelirrojo forzó una sonrisa y se despidió de él con un abrazo fraternal. Luego se bebió el vino de un solo trago y pagó a Flaran antes de salir hacia la casa del carpintero.

## IV

La puerta de la casa de Myrta y Seamwell se cerró en las narices de Syrelle, dejándole el tiempo justo para dar un paso atrás. Escupió una maldición. Estaba agotada; no había dormido nada y la noche estaba siendo demasiado larga, llena de sorpresas desagradables. Había interrumpido el sueño del alfarero y su mujer para pedirles que permitieran a su hija pequeña participar en un ritual para invocar a un demonio. Como era de esperar, la habían echado. Con Trentor y Lisseth no había tenido mejor suerte. Y ahora, Myrta y Seamwell. Ellos eran panaderos, y por lo tanto, los más

madrugadores. Ya estaban despiertos cuando llegó a su casa, pero al escuchar lo que tenía que decir por poco no la golpearon con el rodillo. De hecho, Myrta lo había intentado. De no ser por Seamwell, que la contuvo a tiempo, ahora tendría algo más que manchas de pasta de hojaldre sobre el jubón. Se limpió un resto de dulce de la mejilla con el dedo y lo chupó, rezongando en su camino hacia la siguiente casa.

«¿Por qué siempre somos nosotras las que acabamos pagando las consecuencias de todo? —iba pensando, malhumorada—. No solo somos las víctimas del Hombre sin Rostro sino que para colmo, tendremos que ser cebos. Hasta Nagna nos utilizó cuando fue conveniente. Y ahora, Bryanne va a perder su virginidad a manos de un hombre al que no

conoce, que ni siquiera ha elegido».

Pateó una piedra que se interpuso en su camino, imaginando que era al mismo tiempo Nagna, Baltair y el Hombre sin Rostro. Perder a Doria la tenía con los nervios de punta. Su hermana era todo lo que le quedaba en el mundo, y sin ella... sin ella, nada tenía sentido. Apretó los labios y se armó de valor para no quebrarse. No había llorado desde el día que Doria desapareció, y no volvería a hacerlo.

Estaba a punto de girar el pequeño recodo de la granja de la anciana Margot cuando una pesada mano cayó sobre su hombro y la hizo girarse. Sin siquiera mirar de quién se trataba reaccionó a la defensiva, dando un fuerte empujón a su asaltante y mostrando los dientes con fiereza.

—¡Déjame en paz!

Su gesto fue en vano, el cuerpo del hombre no se movió ni una pulgada. Ella, en cambio, se apartó varios pasos, poniendo distancia. Al fin lo miró a la cara. Era Garren, que estaba comiéndose un pastel de manzana mientras levantaba la otra mano en son de paz.

—Tienes un humor de perros, ¿te lo han dicho alguna vez?

Se lo habían dicho, sí, demasiadas veces. No necesitaba escucharlo más.

—¿Algún problema con eso?

—Ninguno.

—Pues mejor. ¿Quién te manda a ti ir por

ahí agarrando a la gente por la espalda? Las personas civilizadas salen al paso y saludan con normalidad —le reprochó con exasperación—. Aunque supongo que es mucho esperar de ti. ¿Qué demonios quieres, eh? ¿A qué has venido? ¿A repetirme que mi hermana está muerta, o a ver si tú también puedes violar a alguien?

Garren alzó las cejas, mirándola con asombro. Luego suspiró. Iba a decir algo, pero ella no lo dejó.

—Si se te pasa por la cabeza decirme que me tranquilice, te apuñalo aquí mismo.

—Vale, vale. En realidad, iba a decirte que he venido a ayudar.

—¿A ayudar, cómo? ¿Como tu hermano?

El guerrero frunció el ceño y su expresión se ensombreció. Su mirada, habitualmente cálida, se volvió cortante, como un viento frío. El ánimo alborotado y furioso de Syrelle se calmó de inmediato, súbitamente se sintió insegura.

—No hables así de mi hermano. Ya sé que no te gusta lo que va a hacer, lo has dejado claro. Si quieres insultarlo o maldecir su nombre, no lo hagas delante de mí. He venido a ayudarte, pero no dejaré que escupas sobre Baltair en mi presencia.

Syrelle apretó los labios, dudando entre si responder o no. El semblante de Garren era vagamente amenazador. No tenía miedo de que la golpeará, pero tenía la sensación de que provocarlo era una muy mala idea.



—No necesito tu ayuda —respondió, dejando correr el asunto de Baltair.

—Eso no significa que no puedas utilizarla.

Syrelle se dio la vuelta, con un suspiro. Miró la puerta de la granja de Margot. La anciana vivía allí con sus tres nietos, una de ellas de dieciséis años. ¿Cómo iba a pedir a los padres, a las abuelas, a las madres, que empujaran a sus hijas a semejante riesgo, que las dejaran en sus manos después de lo que le había sucedido a Doria? Aquello le afectaba más de lo que podía admitir.

—¿Y si no podemos protegerlas? —murmuró. Garren dio un par de pasos para colocarse junto a ella. Sintió su mirada interrogante—. Cuando invoquemos al

demonio... ¿y si no podemos proteger a nadie?

—¿Por qué no íbamos a poder?

—Ya sabes por qué.

No quería decirlo. El recuerdo de su hermana la quemaba.

—Tienes que tener fe. Y confiar en ti misma. En nosotros también, eso sería de mucha ayuda... pero sobre todo en ti.

—Es muy fácil decirlo.

La risa de Garren le resultó del todo inapropiada, pero siempre tenía el mismo efecto, como si las tensas cuerdas que sostenían el mundo se aflojaran y todo se volviera más sencillo.

—Bueno, te lo explicaré de otra manera: tienes la obligación de tener fe. —Ella lo miró, extrañada, un poco a la defensiva. No le gustaban las obligaciones, y menos aún las que otros le imponían. Garren estaba masticando el último trozo de pastel y limpiándose las migas de la barba naciente, oscura y bien delineada, que crecía en su mentón. Los ojos azules volvían a ser amables—. Si no tienes fe en que las cosas se pueden arreglar, ¿para qué intentarlo? Mira, nosotros estuvimos muchos años en la guerra. La guerra es una experiencia aterradora, nunca he tenido más miedo en mi vida...

—¿Miedo, tú? No pareces de los que tienen miedo —interrumpió ella. Lo había visto quedarse impasible ante los demonios de arena. No lo imaginaba temblando delante de un soldado enemigo.

—Claro. Miedo a morir, miedo a quedarme tullido, miedo a perder a mi hermano, miedo a que todo eso me cambiara. Sobre todo lo último. Pero tenía fe en que las cosas podían salir bien. Volveríamos a casa, yo sería un héroe y mi hermano se casaría con su amada. Mi padre estaría orgulloso y pondríamos flores en la tumba de mi madre. Le contaríamos cómo habíamos luchado para proteger la tierra que ella nos enseñó a amar.

—Muy bonito. ¿Y qué? ¿Se supone que hay una moraleja en todo eso? Porque no veo que estés en la capital rodeado de lujos. Sois unos muertos de hambre, unos exiliados, vagabundos —insistió ella, con dureza. No quería creer en falsas esperanzas ni aferrarse a un optimismo que se le antojaba tan tentador como absurdo—. Posiblemente sois desertores, o algo peor. ¿De

qué te sirvió todo eso, para qué te sirvieron todos esos sueños?

—Para sobrevivir, muchacha. —La sonrisa de Garren resplandeció—. Para seguir adelante y pelear por cosas imposibles. Como encontrar a tu hermana.

La cazadora no esperaba esas palabras. Algo en su corazón claudicó, se encogió y comenzó a diluirse lentamente, llenándola de una calidez inesperada que se volvió líquida al borde de sus ojos. Tragó saliva y aguantó el tipo, mirando al guerrero a los ojos, intentando encontrar el truco, el engaño taimado, las intenciones ocultas en aquella espontánea gentileza. Pero no halló nada de eso.

Tal vez tenía razón. Tal vez las cosas podían

ser mejores de lo que eran. Tal vez no tenía que resignarse siempre a lo peor. Tal vez...

—¿Tú crees que está viva? —se atrevió a preguntar.

—Estoy seguro.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces tendrás a quién echarle la culpa.

Syrelle apretó los dientes, apoyando la mano en el muro de la granja. Sus dedos se crisparon hasta que las uñas rozaron la áspera piedra. Luego se relajó de golpe, dejando ir un peso que había cargado por demasiado tiempo. Cada vez encontraba menos excusas para rechazar aquel apoyo tan oportuno y reconfortante que Garren le ofrecía. Solo tenía que dejarse ayudar. Solo

eso.

Agachó la cabeza, resignada. No quería ser débil. No se podía permitir el agotamiento, no podía rendirse ni un instante, ni abandonarse a su propio dolor. Ni mucho menos dejarse consolar. Eso se había repetido desde que aquella pesadilla comenzó, pero ahora, ese mantra parecía carente de sentido.

—Estoy tan cansada... —dijo al fin. Su voz era apenas audible, pero él la escuchó.

—Yo buscaré a las niñas. ¿Por qué no te vas a dormir?

Syrelle alzó la mirada.

—No es dormir lo que quiero.

Garren alzó la ceja, confuso. Entonces, ella lo besó.

...

Baltair cerró la puerta tras él. Atrás dejaba el murmullo de los sollozos de la madre de Bryanne y la mirada amenazante de su padre. No estaba seguro de que supieran lo que iba a suceder. Solo les había dicho que conocía la forma de protegerla y que necesitaba entrar solo. Tal vez sospechaban del remedio pero estaban desesperados y les había traído un atisbo de esperanza. Los padres de la joven habían preferido no preguntar siquiera, solo



querían que su hija regresara.

La situación de Bryanne había empeorado y la tuvieron que inmovilizar. Allí estaba, tendida, con las manos y los pies atados a cada extremo de la cama. Tiraba de las tiras de grueso lino que habían usado para inmovilizarla, su cuerpo se retorció y se arqueaba y sus labios se movían en un murmurar constante, como una suerte de letanía nerviosa. Su cuerpo dormido quería escapar, pero Baltair no creía que precisase salir de la habitación para que el demonio se cobrara su precio. Cada instante que transcurría lo alejaba de poder hacer nada por ella.

«No hay otro modo de ponerla a salvo».

Se desató el cinto y dejó ambas espadas colgando de una silla. Luego se acercó a la

cama, desenfundó un pequeño cuchillo que tenía oculto en la bota y cortó las tiras de tela que se ceñían a sus tobillos. Sin darse tiempo a pensar demasiado en ello, se tendió con gentileza sobre la muchacha, abriéndose los pantalones.

Los ojos de ella se volvieron hacia él, azules como un día de verano, asustados y suplicantes, perdidos tras un velo de ensoñación.

—Él viene... él viene. Soy la reina de este mundo... —murmuraba, y un sollozo débil escapó de entre sus labios. Baltair sintió que el corazón se le encogía en el pecho—. Se hará mi voluntad... mi voluntad... Él viene... quiere mi sangre... mi sangre... nadie puede hacerme daño...

«No hay otro modo», se repitió. Sin embargo,

aquello no lo hacía sentir mejor.

—Así es. No voy a hacerte daño, Bryanne.

...

En el mundo onírico en el que Bryanne estaba perdida, todo resplandecía. Del agua brotaba el vapor como una bruma brillante. La humedad se perlaba en las cortinas, en los mármoles, y brillaba como si miles de diamantes estuvieran engastados en las paredes y las telas. Estaba desnuda dentro del agua, su pelo se abría como una anémona a su alrededor y tenía flores prendidas en él, que flotaban como pequeños nenúfares. Las risas de Nell y de Ida se

distorsionaban. Habían dejado de ser las risas claras y cristalinas de unas niñas, ahora coreaban la concupiscencia de los besos que se entregaban las demás, y resonaban con sonidos húmedos en la estancia. Estaban esperándolo, estaban honrando al Hombre Sin Rostro. Y ella estaba sola, como un sacrificio en el agua.

Tenía miedo, y cuando una sombra se dibujó tras la cortina, quiso gritar.

Su corazón se aceleró. El agua se agitó cuando el caballero de rojos cabellos caminó hasta ella y se arrodilló. Lo recordaba. Recordaba sus ojos verdes llenos de tristeza. Lo veía a través del velo de bruma que lo teñía todo, pero cuando él la tocó, sintió el calor de su piel, como un lazo que tiraba de ella hacia la realidad de la que había querido escapar. Le

recordaba todo aquello que amaba, que dejaba atrás.

—¡No, Bryanne! ¡Quiere separarnos!  
¡Quiere alejarnos de este reino!

La voz de sus compañeras resonó en la sala. Bryanne se agitó, intentando huir, pero los ojos verdes la atraparon. Una expresión amarga y atormentada crispó las hermosas facciones del extraño.

—No voy a hacerte daño, Bryanne —dijo su voz profunda, mientras la agarraba por las muñecas.

El calor de su cuerpo la envolvió, el tacto de aquellos dedos, físico, real, despertó un estremecimiento en todo su cuerpo. Dejó de

debatirse, fijando la mirada en aquellos ojos que la reclamaban.

...

Baltair apretó los dientes y usó el cuchillo para cortar las ataduras de sus muñecas. Soltarla era peligroso, ya lo sabía antes de que ella se revolviera y lo empujase, intentando levantarse. La agarró con firmeza por las muñecas y las inmovilizó contra el colchón. La espalda de la muchacha se arqueó exageradamente. Sintió el calor del cuerpo debajo del suyo, las formas apetecibles y tersas, las piernas que se cerraron a su alrededor como

un cepo, empujándolo contra ella. El pelo rubio de Bryanne se extendía sobre la almohada, era claro, como hebras de oro batido, largo y ondulado. La muchacha dejó de forcejear, con la mirada perdida en los ojos del guerrero.

La imagen de Lisandra lo golpeó sin clemencia, al mismo tiempo que un escalofrío de excitación recorría su cuerpo, que poco a poco se templaba en el calor de la joven. Aquel deseo lo hizo sentir enfermo.

—Maldita seas... —murmuró ahogadamente. Cerró los ojos con fuerza, pero los iris azules se transformaron en otros, en los de su Liss, su amante, su condena... su maldición.

El recuerdo invocado no se disipó al abrir los

ojos. Los labios de Bryanne estaban entreabiertos, ya no murmuraba, lo miraba con ojos enfebrecidos. Soñaba, seguía al otro lado y ahora estaba quieta. Soltó sus muñecas, despacio, metió las manos bajo el camisón y recorrió su cuerpo con voluptuosidad, levantándole la prenda hasta descubrir los pechos firmes y los pezones rosados y erguidos.

«No hay otro modo», trató de convencerse, sabiendo que ya no podía volver atrás.

Su excitación lo avergonzaba, era un puñal punzante que desdibujaba los límites del deber. La estaba tocando, estaba reaccionando a ella, ninguna de esas cosas estaba bien, ninguna debía ocurrir. El recuerdo de Lisandra era un despreciable acicate que le arrebatava el control. Cuando cerraba los ojos, era el cuerpo



de Liss el que se pegaba al suyo, el que suspiraba por su contacto, pero Baltair sabía que no era ella, y eso le provocaba una rabia sorda, una frustración que amargaba cada caricia que Bryanne le entregaba en su ensoñación.

Los dedos de la muchacha, cálidos y gentiles, se enredaron en sus cabellos. Echó la cabeza hacia atrás, mostrándole el cuello, suspirando deleitosamente. Baltair se arqueó y mordió la pálida piel, temblando de contención al sentir el furioso latido entre sus piernas.

...

—¡Bryanne! ¿Qué estás haciendo?

Ya no las escuchaba. El hombre estaba sobre ella, y el agua se movía a su alrededor, acompañando las caricias de sus poderosas manos. Cerró las piernas alrededor de su cintura con fuerza, y hundió las manos en la larga cabellera roja. No sabía quién era, solo lo había visto en sus sueños, pero era más real que nada que pudiera recordar, y lo deseaba. Quería que calmase el miedo atroz que atenazaba su alma. Quería que la devolviera a la realidad que se adivinaba en su poderosa anatomía. Deseaba aquella vida que latía, que existía, que abrasaba, la deseaba más que a los manjares ilusorios y aquel palacio de humo en el que era una reina.

Se ciñó a su cuerpo, ignorando las voces de sus amigas, lo abrazó y lo sintió empujar contra ella. Bryanne se agarró de los fuertes hombros y gimió de dolor, clavándole las uñas en la carne.

Aquella sensación ardiente se abrió paso en sus entrañas, y por unos instantes se quedó quieta, temblando, aterrada, abrazada al hombre que mordía su cuello, provocándole una sensación placentera que se entremezcló con el dolor entre sus piernas. Después, lentamente, el dolor desapareció y se tornó en un extraño placer. El palacio se volvió brumoso, irreal a su alrededor.

—Soy la reina de este mundo... —murmuró, y cerró los ojos al besarlo, desesperada, cuando vio otra sombra dibujarse tras las cortinas.

...

*Baltair... amor mío.*

La voz de Lisandra regresaba desde los sueños, lo envenenaba. Tenía el cuerpo de la muchacha entre sus brazos, ella lo abrazaba con desesperación, mientras él se hundía en ella con una firme acometida. Le dijo que no le haría daño, pero sabía que se lo estaba haciendo. Podría haber empleado toda la delicadeza del mundo, e igualmente le estaría haciendo daño. La chica se quejó con un gemido, y comenzó a respirar agitadamente. Su carne lo recibió con un abrazo estrecho, resistiéndose a su invasión. Apretó los dientes y aguantó. Sacudió la cabeza intentando distanciarse del placer, del deseo enfermizo, de la voz de Lisandra y el recuerdo que lo poseía.

«Contrólate. No puedes hacerle esto».

Cuando quiso darse cuenta, estaba

besándola. Los labios de Bryanne se abrían y se entregaban sin resistencia. La lengua rosada se enredaba, torpe, con la suya. Su saliva sabía dulce. Alentado por el beso, comenzó a moverse, separándose y volviendo a hundirse en su cuerpo. La muchacha respiraba entre jadeos y gemidos, y de pronto comenzó a tirar de su ropa. Baltair la ayudó, se deshizo con rapidez de su jubón y le arrancó el camisón, apoyando después las manos en el colchón para tomarla con más brío.

Ella se retorció sobre las sábanas, y el recuerdo de Lisandra destellaba como un tormento. Sus ojos brillantes, vivos, mirándolo con deseo, mirándolo con amor.

*Baltair... Ven a mí. ven a mí...*

—Maldita seas por siempre —dijo entre dientes, embistiendo con más fuerza—. Ojalá pudieras verme... ojalá vieras lo que has hecho de mí, Lisandra.

...

La sombra se alargaba en las telas vaporosas. Bryanne cerró los ojos, el miedo la embargaba, pero el placer y el dolor se enredaban como una cadena, tiraban de ella. El agua se agitaba entre los dos cuerpos enlazados. El hombre de pelo rojo la besaba apasionadamente, y ella se aferraba a su cuerpo ahora desnudo, desesperada, mientras aquel

mundo comenzaba a tambalearse.

En el sueño era dueña de sí misma, ni siquiera dudaba de lo que debía hacer: lo estaba cabalgando presa de una pasión que solo había experimentado en su imaginación, sin pensar en cómo la juzgarían los demás, sin sentir vergüenza al imaginar los reproches de sus padres, sin pensar en el aliento de Mitsel ni en el miedo que le daba su noche de bodas.

Mucho había escuchado sobre aquello, pero en los sueños nunca sentía temor. En los sueños era libre, y podía entregarse al placer, podía tomarlo a voluntad. No iba a permitir que le arrebataran su poder al despertar.

—Viene... —murmuró entre jadeos, en el oído del hombre de pelo rojo—. Ya está aquí...

La figura alargada y negra del Hombre Sin Rostro se recortó tras las cortinas. Los negros dedos huesudos apartaron las telas. La visión de su extraño caminar, acercándose a ellos, la llenó de horror. Aterrada, se aferró al desconocido, a las sensaciones tan reales que provocaba en ella. El hombre se movía contra su cuerpo, la rozaba con movimientos salvajes y sensuales, empujándola hacia el fuego que comenzaba a devorar la ensoñación.

Bryanne cerró los ojos con fuerza.

El Hombre Sin Rostro bramó, su terrible grito hizo vibrar el agua y las paredes, y entonces Bryanne gritó, arqueándose sobre el cuerpo del extraño que la envolvía con sus brazos. Los dedos fuertes de él la amarraron contra sus músculos tensos cuando el agua



empezó a hervir y el fuego devoró las cortinas.

—¡Bryanne, no! —escuchó a sus amigas, pero ya era demasiado tarde, todo ardía a su alrededor, se desmoronaba—. ¡Estúpida! ¡Maldita estúpida, lo estás estropeando!

...

La muchacha se agitaba. Sus brazos lo rodeaban, lo arañaban, lo reclamaban. Baltair había perdido el control, embestía en su interior ciegamente, desesperado, como si así pudiera invocar la presencia de Lisandra. Estaba vertiendo en ella injustamente toda su amargura, toda la frustración que durante tanto tiempo

había crecido en su alma. Cada vez que se enterraba en ella, asestaba un puñal a su amor engañoso, a cada sentimiento de pureza que había albergado. Deseaba matarlo, deseaba que ardiera hasta que solo quedaran cenizas, pero el fuego que se alzaba solo había devorado su conciencia.

Cuando Bryanne gritó, Baltair la besó de nuevo, devorando los gemidos de miedo y placer de la muchacha, que tembló y se tensó presa del éxtasis. La sintió cerrarse alrededor de su sexo, latir con intensidad, y empujó, sin separarse de ella, hundiéndose más profundo cuando el amargo clímax estalló.

Golpeó el colchón con un puño y tiró de las sábanas con rabia, consciente de su propia falta de control, de la crueldad que albergaba su

alma. Ya no podía hacer nada por detenerlo y se derramó en su interior, presa de los espasmos de placer.

Se apartó de sus labios, respirando costosamente, sintiendo que el mundo se volvía irreal a medida que ella despertaba y parpadeaba, fijando los ojos en él, aún confusa, jadeando.

¿Realmente la había salvado?

Tal vez la había alejado del demonio, pero el monstruo era él.

...

Bryanne abrió los ojos. Temblaba, su cuerpo se estremecía bajo el peso de otro cuerpo. Sentía el sudor deslizarse por su vientre, el pelo pegándose a sus mejillas y a sus pechos, que estaban desnudos. El placer aún pulsaba entre sus piernas, la fuerza de aquel éxtasis la había devuelto a la vigilia y lo primero que vio al abrir los ojos fue la mirada verde del hombre al que solo había visto en sueños. El pelo rojo se derramaba sobre ella y su mirada era terriblemente triste.

—¿Quién eres...? —preguntó con voz débil, aún confusa.

—Lo siento, Bryanne —respondió él con un susurro angustiado.

Miró alrededor. Estaba en casa. Esa era la

cama de sus padres, su habitación. El hombre se apartó de ella, saliendo de su cuerpo, y un frío terrible la embargó de pronto, haciéndola sentir indefensa.

...

La casa de Syrelle estaba en el linde del bosque, casi a las afueras del pueblo. Oía a piel, cuero y tierra húmeda, a hierba seca. Su cama era estrecha, pero eso no había resultado un problema. Tras el primer asalto, la muchacha recuperaba el aliento tumbada sobre el poderoso torso de su amante.

—Así que cuando dices que estás cansada,

te refieres a esto —dijo Garren, aún recuperando el aliento—. Lo tendré en cuenta.

Syrelle soltó una risa ronroneante y perezosa y levantó la cabeza para mirarlo. Garren no captaba las indirectas, pero lo compensaba con su rendimiento entre las sábanas. Además, era condenadamente guapo, ahora podía admitirlo. Con esos ojos claros que destacaban agradablemente sobre la piel dorada, el pelo negro, revuelto tras la pasión compartida y la barba rala que salpicaba su mentón, dándole un aspecto que algunos considerarían desaseado pero a ella le gustaba. Dibujó con el dedo la línea de vello más espesa y oscura que delineaba su mandíbula, contemplándolo con satisfacción.

—No te lo tomes al pie de la letra.

—De acuerdo, no me acostaré contigo cada vez que digas que estás cansada.

Syrelle rió de nuevo y reptó sobre su cuerpo para besarlo, larga y concienzudamente. Él cerró las manos en su trasero desnudo y la muchacha se acomodó, complacida, al sentir de nuevo el calor del cuerpo del hombre contra su piel.

El sexo entre ellos había sido rápido, explosivo y salvaje como una tormenta. Atravesaron la aldea a toda prisa, en silencio, intercambiando miradas hambrientas. Cuando llegaron a la casa, ella lo empujó sobre la cama y se sirvió de forma egoísta, deleitándose en el cuerpo masculino con una sed abrasadora y poseyéndole sin piedad hasta que su tensión se liberó al fin. Él había respondido con creces a

sus exigencias, de un modo que la había hecho sentirse libre y dueña de la situación. Por lo que había comprobado, Garren sabía cómo complacer a una mujer, y su imponente físico no decepcionaba en ningún lugar de su anatomía. La invadió con plena profundidad y aguantó incansable su asalto, respondiendo con firmes y precisas embestidas a su apasionado galope, llenándola hasta colmarla, atendiendo cada rincón de su cuerpo y anticipándose a sus deseos.

Nunca había estado con un hombre como él. Si lo pensaba detenidamente, nunca había conocido a nadie así, que además de saber desenvolverse en esas lides, no fuera un completo cretino o se comportara como un imbécil. Pero prefería no pensarlo. En realidad, no quería pensar absolutamente en nada. Se



apretó contra su cuerpo, rodeándolo con las piernas y frotándose mimosa contra los poderosos pectorales del guerrero.

—Syrelle... para... Deberíamos ir a buscar a esas chicas —murmuró Garren bajo su boca.

—¿Es que no tienes bastante conmigo? —susurró ella.

No necesitó mucho más para convencerlo. La cama crujió cuando él se movió, y de pronto el mundo se puso del revés. Syrelle sintió su espalda abrazada por el colchón de plumas y el agradable peso de Garren sobre ella. Una de sus enormes manos se hundió en sus cabellos, mientras la otra la acariciaba con deseo, recorriendo sus pechos y su vientre hasta tocar el punto sensible entre sus piernas. Syrelle gimió

y dio un respingo. Un calambre de placer la sacudió desde el interior de su sexo hasta las raíces del cabello.

—Contigo no tengo ni para empezar —dijo él en un seductor susurro, besándola provocativamente.

—Podrías decirme que soy bonita... o algo así... —jadeó ella, golpeándolo en el hombro sano. La herida de la batalla contra el demonio estaba limpia, pero la venda se había movido en el fragor de aquel otro combate y ahora había restos de sangre alrededor.

—Tú tampoco me has dicho que soy apuesto. Pensaba que preferías que me ahorrara las palabras.

—A veces no están de más...

La muchacha cerró los ojos con fuerza, sacudida por un escalofrío de placer. Los labios de Garren habían descendido por su cuello hasta sus pechos, donde hacían algo mucho más agradable que hablar. Ella se arqueó y se ofreció con descaro, invitándolo a seguir descendiendo hasta morir en silencio entre sus piernas. Las palabras y los pensamientos se deshicieron en la mente de Syrelle, y ya solo existió para arder en aquel fuego.

Cuando volvió a abrir los ojos, agarrada al cabecero, la imagen de Garren se fundió en sus retinas. Estaba sobre ella, erguido, moviéndose en una constante oscilación mientras entraba y salía de su cuerpo, con los labios entreabiertos y el ceño fruncido, mirándola fijamente, con sus

ojos azules enturbiados de deseo. Se grabó a fuego en la memoria los rasgos del rostro varonil, la sensual boca, la nariz masculina y el magnífico torso bordado de cicatrices. Recogió en su memoria sus resuellos y jadeos, su expresión concentrada, y dejó que esta vez fuera él quien la guiara hasta el clímax. Aquella visión, tan perfecta que se le antojaba mágica, terminó de limpiar su alma y la libró de todo pesar, dándole paz durante un tiempo breve, pero precioso.

...

El día despertaba cuando Baltair salió de la

casa del carpintero. La noche aún extendía sus sombras más allá de las montañas, pero las luces del amanecer comenzaban a teñir el horizonte con pinceladas pálidas. Una luz gris, difusa, besaba los tejados de Summerwind, sus gentes aún dormían debajo de ellos, soñando, ajenas a lo que había ocurrido.

Observó el cielo y caminó por las calles como un sonámbulo, buscando de manera automática la plaza del pozo. La sensación de irrealidad se hacía más fuerte en esos instantes entre la noche y el alba, ni siquiera el suelo parecía firme bajo sus pies.

*Los velos entre los mundos se vuelven más débiles en este instante. Por unos segundos, ni siquiera existe el tiempo.*

Lisandra, de nuevo, le hablaba desde sus recuerdos. El corazón le latía amargamente, los segundos entre los latidos se volvieron lentos. Caminaba entre las casas sin verlas, mientras la bruma matutina se alzaba del suelo, fantasmagórica. Bryanne estaba a salvo, pero él había quedado atrapado en el sueño de nuevo. Lo sentía, pesado, empañando sus ojos y llenando sus oídos de susurros del pasado.

*¿Lo puedes sentir? Es un momento mágico, la alborada... el instante en el que la noche y el día se encuentran.*

Tenía el olor de Bryanne en las ropas y en la piel. El sabor de su saliva en los labios era dulce... no era el sabor maduro y salvaje de Lisandra, y se le amargaba en la lengua al pensar en lo que había hecho.

Se acercó al pozo y tiró de la cuerda, elevando el balde que rebosaba de agua limpia. La superficie líquida le devolvió su propio reflejo. La expresión abatida y las sombras bajo los ojos lo sorprendieron. Tomó agua entre las manos y frotó sus ojos y mejillas, trató de borrar el sabor de la muchacha de los labios.

*Es el momento idóneo para la magia.  
¿Quieres verlo?*

Abrió los párpados y en el trémulo espejo de agua, la mirada de Lisandra relampagueó. Escuchó su risa cristalina. Baltair apretó los dedos en el borde del balde y sacudió la cabeza, intentando espantar los recuerdos, pero estos llegaban como un torrente, invocados por la alborada, como si la luz gris que lo bañaba todo los trajera consigo.

...

Lisandra estaba desnuda sobre él. El cabello enortijado enmarcaba un rostro de piel pálida y facciones exquisitas, dignas de una reina. Sus ojos eran azules como el cielo del verano, claros, vibrantes y llenos de vida. Cuando lo miraba sentía que no existía nada más en el mundo, en aquel tiempo, aquella otra vida, sus ojos lo dignificaban y ennoblecían.

—¿Qué vas a hacer, me vas a hechizar? — preguntaba, jugueteando con los rizos rubios de su amante entre los dedos.

—No necesito hechizarte, ya estás



enamorado.

Una bata blanca cubría la espalda de Lisandra. Las mangas caían sobre sus hombros y la prenda les cubría a ambos. Estaban en una de las torres abandonadas del ala oeste del castillo, una zona que se había usado como almacén durante muchos años, hasta quedar olvidada. Lisandra la había descubierto, y había convertido aquel lugar en su particular refugio, un secreto que solo había compartido con Baltair. Las paredes de la sala estaban cubiertas de estantes repletos de tomos antiguos y frascos de cristal con toda clase de ingredientes. Tenía varias mesas en las que se disponían las retortas, los cuencos y bisturís y cualquier herramienta que una bruja pudiera necesitar para crear sus filtros y pociones.

—Entonces sabrás que creo cada una de las palabras que nacen de tu boca. Además... eres la futura reina de Rosland, no me atrevería a discutir sobre tus conocimientos.

—No seas desagradecido, Baltair. Quiero que aprendas algunas cosas, por eso quiero que me escuches con atención. No con la atención de un enamorado, sino con la atención del hombre inteligente que eres.

—¿Crees que el amor me vuelve necio?

Lisandra rió con aquel sonido cristalino que jamás podría olvidar. Estaba tumbada sobre él, y podía sentir cada latido de su corazón contra el pecho. La luz del amanecer reptaba sobre la alfombra oriental y llegaba ya a la vieja cama con dosel que compartían.

—No, mi amor, creo que te vuelve impetuoso e intrépido. Lo suficiente como para descubrir que la princesa de Rosland es una bruja y no arrastrarla a la hoguera.

—No eres como esas brujas a las que queman.

—¿Y sabes tú cómo eran esas brujas? — Baltair quedó en silencio, borrando la sonrisa. Lisandra lo besó y lo miró con ternura—. Sé que eres un hombre juicioso e inteligente, por eso quiero mostrarte mi mundo. Formas parte de él, y es más real que la ignorancia en la que viven la mayoría. No puedo confiar en nadie... Pero tú... tú y yo, Baltair, podemos hacer grandes cosas juntos. Si vas a estar a mi lado, tienes que conocerlo.

Los dedos de Lisandra trazaron los contornos de su rostro. Lo miraba con adoración, tal y como él la observaba a ella. ¿Desde cuándo se conocían? Baltair no estaba seguro de cuántos años habían pasado, pero tenía la sensación de que siempre habían estado juntos, de que un hilo invisible los unía y jamás se rompería.

—Voy a estar a tu lado, cueste lo que cueste —respondió con un ímpetu repentino—. Iré a la guerra, traeré las cabezas de los enemigos de tu padre si es lo que quiere, conquistaré tierras lejanas y las pondré a sus pies, le demostraré que soy digno de su hija y que daría la vida por ella y por Rosland.

Ella presionó con un dedo sobre sus labios y lo hizo callar. Sus ojos brillaban, teñidos por la

luz brumosa de la alborada. Eran sabios, profundos y llenos de misterios inalcanzables. Baltair quería conocerlos todos.

—Shhh... ahora no, mi amor. No pienses en ello... quiero hacer magia contigo, en esta hora en la que no existe el tiempo. Ahora no soy la princesa, soy la hechicera, soy Liss, y no necesitas demostrarle nada a nadie para estar conmigo, solo desearlo. ¿Lo deseas, Baltair?

—Lo deseo —murmuró, y recibió el beso de sus labios húmedos.

La luz gris se congeló sobre ellos, y el mundo se diluyó cuando Lisandra comenzó a entonar un ensalmo. La visión se le tiñó de puntos luminosos. Ella brillaba como un hada, orlada por esa bruma resplandeciente que de pronto lo

cubría todo, y un perfume de rosas blancas inundó la estancia. Liss comenzó a moverse sobre él, y el tiempo se detuvo.

...

El agua del balde chorreó sobre sus cabellos y su rostro. Se frotó intentando arrancarse el olor de Bryanne, pero no era eso lo único que lo mortificaba. Los sueños de la noche anterior, los recuerdos pegándose a su conciencia, lo que había sentido con Bryanne, lo hacían dudar de sí mismo. No era el hombre recto que creía ser, no era el hombre honorable que una vez fue, y no era el hombre astuto que pretendía ser.

«Maldita seas», no podía de dejar de repetir en sus pensamientos, como si Lisandra tuviera la culpa de lo que acababa de hacer.

La cruel verdad era que él era el único culpable. Culpable de su necesidad, de haber dejado que el amor lo cegara, de haber sido el artífice de su propia caída confiando en una bruja. Había marchado a la guerra por ella, defendió al reino por ella, por su rey y por su deber, y todo eso se había convertido en ceniza con la traición de Lisandra. No podía quitarse su imagen de la cabeza, su indiferencia cuando fue acusado de conspiración y expulsado del reino.

Maldita fuera mil veces. Y maldito fuera él por amarla.

«Estoy bajo alguno de sus hechizos. No

puedo apartarla de mi mente ni en estos momentos, después de...».

Nada de eso habría ocurrido si jamás la hubiera conocido, pero el pasado no podía cambiarse. Ninguna de las decisiones tomadas tenía vuelta atrás, y lo único que podía hacer era vivir con ello, con la carga de la derrota y de sus propios pecados. ¿Qué era lo que acababa de hacer sino una piedra más a sus espaldas? No debía permitir que aquello lo detuviera. No había otro camino, no había otra forma de arrancarla de las garras del demonio, y si la había, Baltair la desconocía. De nada servía seguir lamentándose mientras aquella aberración siguiera suelta.

Se peinó con los dedos y se ajustó el cinto, agarrando el jubón y la camisa que había dejado hechos un guñapo en el suelo. El perfume de la



muchacha aún los impregnaba, pero hizo un esfuerzo por centrar sus pensamientos en lo que debían hacer a partir de ese momento.

Regresó a la posada con la intención de descansar unas horas antes de despertar a Garren y buscar a Syrelle y a la muchacha escogida, pero Garren ni siquiera estaba dormido. Cuando se encaminó hacia allí lo vio, apoyado en la puerta cerrada, fumando tranquilamente de una pipa con la boquilla desgastada que a saber de dónde había sacado. El sol ya había salido, y la luz fría del amanecer comenzaba a disipar las brumas de la madrugada.

Su hermano le sonrió al verlo llegar. La sensación de irrealidad se disipó, dejándole solo el cansancio y los sentidos embotados. Garren

estaba allí. A pesar de todo, su hermano estaba allí. Le había seguido al destierro, igual que Baltair le había seguido antes a él a la guerra. Siempre estarían el uno para el otro, aquella era la única certeza inamovible en su mundo, lo que volvía sólida la tierra bajo sus pies, lo que le daba sentido a cualquier cosa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, acercándose—. Pensaba que estarías durmiendo.

—El tabernero aún no se ha despertado. He estado tentado de volver a hacer que se levantara para abrirme, pero me ha parecido demasiado. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Garren no le preguntó nada más, cosa que agradeció. Prefería no volver a hablar sobre lo que había sucedido. Se apoyó en la pared, a su lado.

—¿Y vosotros? ¿Cómo ha ido?

—Bien. He estado ayudando a Syrelle —dijo tras aspirar de la pipa.

—¿Habéis encontrado a la doncella?

Garren se apoyó en la puerta y se rascó la barbilla antes de quitarse la pipa de entre los dientes.

—No. No exactamente.

—¿No exactamente?

El pelirrojo arqueó una ceja y lo observó con atención. Garren tenía el pelo mal recogido, le caía en mechones sobre el cuello y los hombros, llevaba el jubón desabrochado y la camisa por fuera del cinto. Debajo del mentón tenía marcas de dientes y una mancha oscura, un círculo púrpura, como un moratón.

—Garren... —Suspiró con resignación, apoyándose a su lado en la puerta mientras negaba con la cabeza—. No tienes remedio.

Garren se encogió de hombros y volvió a fumar.

—Tú me dijiste que la ayudara.

## V

Llegada la tarde, el pueblo bullía inquieto. Las gentes de Summerwind salieron de sus casas y se dirigieron a la plaza del pozo, donde había sido convocada una reunión que prometía poner solución al misterio del Largo Sueño. Murmuraban entre sí, preguntándose sobre los caballeros errantes que habían decidido ayudarlos. Muchos no se fiaban de sus intenciones. Los había que opinaban que eran unos vividores, unos mercenarios sin honor a los que no querían siquiera en las guerras y que intentaban aprovecharse de los aldeanos y su desesperación. Otros decían que eran meros

charlatanes. Los más fantasiosos incluso habían imaginado teorías que apuntaban a sus alianzas con algún hechicero para provocar problemas que luego se ofrecían a solucionar por un módico precio. ¿Cómo iban a pagar por su ayuda? Las cosechas se perdían en los campos por culpa de esos demonios de arena, los visitantes ya no se atrevían a pernoctar en la aldea y sus recursos mermaban cada vez más bajo aquella maldición que asolaba la villa.

Así, entre murmuraciones y cuchicheos, los habitantes de Summerwind se apiñaron alrededor del pozo, donde los dos guerreros y Syrelle, la cazadora malhablada y rebelde, esperaban de pie.

—Ya están todos —dijo Syrelle.

Baltair observaba a los aldeanos, esperando a que los rezagados se acercasen y se unieran a sus vecinos. Los miraban con curiosidad, con recelo, algunos incluso con miedo. Habían traído consigo a sus hijos y sus hijas. Algunos no eran más que niños que se agarraban de las faldas de sus madres, asustados. Los temían, desconfiaban, pero al igual que para el carpintero, eran su última esperanza. Tenían mucho más miedo de que aquel sueño alcanzase a las doncellas que aún estaban a salvo que de las consecuencias que traería aceptar su ayuda.

—Gracias por acudir, buenas gentes de Summerwind —dijo Baltair. Su voz se escuchó sobre los murmullos, que poco a poco se acallaron. Todas las atenciones se fijaron en él, que se había adelantado a Garren y Syrelle—. Os hemos reunido porque necesitamos vuestra

ayuda. Hay que terminar con la maldición que os está arrebatando a vuestras hijas.

—¿Nuestra ayuda? —preguntó alguien.

—Sois vosotros los que decís querer ayudar, haced algo —dijo una voz desagradable.

—Y lo estamos haciendo —respondió Garren, antes de que Baltair pudiera continuar —, hemos descubierto qué es lo que provoca el Largo Sueño.

Una murmuración sorprendida se alzó en la plaza. Voces discordantes que se sorprendían y rezongaban al mismo tiempo. Baltair hizo un gesto con las manos, pidiendo silencio. Los aldeanos callaron poco a poco.

—Hemos conseguido librar a Bryanne del



Largo Sueño —continuó Baltair—, pero para que todas las doncellas de Summerwind estén a salvo, debemos matar al demonio que lo provoca.

—¿¡Demonio?! —Las voces volvieron a alzarse.

—Sí. Ha sido un demonio el que os ha robado a vuestras hijas —prosiguió Baltair—, el que las ha arrancado de sus lechos y alejado de sus seguros hogares. Si no lo invocamos, no podremos hacerle frente. Tenemos que traerlo a nuestro territorio para destruirlo, y para eso necesitamos vuestra colaboración.

—Pedid, lo que sea —dijo alguien.

—¿Estás loca, mujer? ¡Ni siquiera sabemos

quiénes son! —respondió otro.

—Necesitamos a vuestras hijas. —El pelirrojo seguía hablando en voz alta y serena, mirando a la concurrencia como un general a su ejército—. Necesitamos a las doncellas para invocar al demonio.

La multitud estalló en reproches.

—¡Eso es una locura! ¡No vamos a ponerlas en peligro así!

—¿Prestar a nuestras hijas para traer a un demonio al pueblo? ¡Sin duda nos tomáis por imbéciles!

El ambiente se caldeaba. Baltair decidió esperar unos segundos antes de proseguir, pero la indignación de los habitantes de Summerwind

iba en aumento. Entonces, Syrelle intervino.

—¡Calmaos! ¡Nosotros protegeremos a las doncellas mientras Baltair se encarga del demonio! —gritó, poniéndose junto a Garren—. ¡Podemos hacerlo! ¡Los he visto enfrentarse a uno en el bosque!

El vociferar continuó.

—¡No pondremos como cebo a nuestras hijas! ¡Es una locura! ¡El demonio las devorará!

—¡Confiad en ellos!

Las palabras de Syrelle sorprendieron a Baltair, y también al resto del pueblo, que calló de pronto para escucharla. Después de su reacción cuando él decidió salvar a Bryanne del único modo posible, no sabía cómo se tomaría

las cosas la joven cazadora. Que se hubiera acostado con su hermano no era garantía de nada en alguien tan temperamental como ella, y su súbita determinación lo impresionó, una vez más.

—¡Ya sé que no estamos acostumbrados! A mí tampoco me gustan los extranjeros, y sé... sé que su plan parece una locura. Pero hasta ahora no se han equivocado. No podemos seguir negando que algo siniestro ocurre. Sé que todos preferimos cerrar los ojos ante algo tan terrible como los demonios, pero están ahí. Lo sabéis — los retó, señalando hacia el bosque cercano—. No son solo cuentos de los soldados que vienen de paso, son reales, y están haciendo daño a vuestras hijas. Tenemos que actuar ya, o será demasiado tarde.

—¡Bobadas! —Gilbert, uno de los ancianos del pueblo, dio un paso al frente. Sus ojos atravesaron a Syrelle con un fulgor rencoroso —. ¿Por qué tendríamos que hacerte caso a ti, precisamente, que no quieres tener nada que ver con tu propia gente? ¡Es culpa tuya que las niñas se desvíen de sus rectos caminos! ¡Se marchan de casa para ir a yacer con desconocidos y convertirse en prostitutas y siervas del pecado, como tú! Tu ejemplo es el único demonio que hace daño a Summerwind.

Las duras palabras del anciano no fueron coreadas. Syrelle no caía demasiado bien, pero no era mala chica y nadie se habría atrevido a hablar en su contra de ese modo. No obstante, tampoco nadie la defendió. La joven miró alrededor, los ojos furiosos, la expresión digna. Pero solo obtuvo silencio. Entonces, se alzó la

voz de Garren.

—Te estás pasando de la raya, anciano. Aquí no hay ningún siervo del pecado. Y esos insultos están fuera de lugar.

Baltair decidió que esta vez tampoco él iba a callarse.

—Hasta ahora, Syrelle solo ha demostrado heroísmo y dedicación al pueblo de Summerwind —declamó dando otro paso al frente—. Ella ha salido ahí fuera y ha visto a los demonios, mientras vosotros permanecéis a salvo en vuestros hogares. Pero si no acabamos con la amenaza ya, vuestros hogares tampoco estarán seguros.

—¡Callaos de una vez! No tenéis derecho a

venir aquí a decirnos qué hacer.

—¡Nadie os ha invitado!

—¡Dejadlos hablar!

Las voces volvieron a alzarse hasta convertirse en gritos. Las gentes discutían, los ancianos se increpaban y los niños lloraban. Baltair empezaba a perder la paciencia. «Pueblerinos cerriles... nos hacen perder el tiempo». Garren resopló y se pasó la mano por el pelo, exasperado, mientras Syrelle discutía con el viejo que la había insultado.

Entonces, como si un viento fresco regresara, la voz de una mujer se alzó desde una calle cercana, a la espalda de Baltair. Era poderosa, bien timbrada, y con un aura de

majestad incontestable.

—¡Silencio!

El gentío enmudeció mientras la mujer se abría paso hacia el pozo.

—¡Esto es lo que hacen los demonios, pueblo de Summerwind! Volver a los vecinos unos contra otros.

Baltair sonrió a medias.

«Nagna».

No podía decir que le sorprendiera su llegada. La había aguardado como a la lluvia en primavera, y ahora su esperanza se cumplía. El resto del pueblo, por el contrario, estaba asombrado.



La anciana llevaba un cayado de madera con adornos de cuerdas y cristales, una larga capa y el mismo vestido azul con corpiño. Se había recogido la cabellera blanca en un moño y mantenía la cabeza erguida. Sus pasos eran seguros y elegantes, y su mera presencia hacía empequeñecer a todos.

—Esta es la historia de siempre. Hombres y mujeres que no desean ver más allá, y criaturas malvadas que aprovechan su ceguera para destruir sus vidas. ¡Si no queréis creer a los forasteros, mirad entonces a vuestras hijas! ¡Preguntadle a Bryanne! ¿Acaso no ha sobrevivido ella al Largo Sueño, no se ha salvado? ¿No es la prueba viva? ¿Por qué habláis todos con tanta autoridad sobre aquello que desconocéis, por qué no escucháis la voz de la doncella?

Los aldeanos se miraron. De entre la multitud, un hombre apareció llevando del brazo a su hija. Bryanne estaba vestida de manera sencilla, su rostro había recuperado el color y aunque parecía asustada por la situación, andaba y se movía sin renquear.

—¡Es cierto! ¡Mi Bryanne está salvada! Nosotros confiamos en el forastero y él la curó. ¡Bryanne, cuéntales lo que viste en tus sueños!

El carpintero empujó insistentemente a la muchacha. Un silencio sepulcral se hizo en la plaza mientras la chica miraba alrededor, aturdida. Sus ojos pronto se encontraron con los de Baltair, que se volvieron amargos.

—Yo... —comenzó, sin dejar de mirarlo—. Yo estaba en un palacio muy extraño. Allí

estaban todas las demás... y había frutas dulces, baños perfumados y cojines de seda. Me dijeron que el Hombre sin Rostro vendría a mí y que tendría que darle mi sangre. —La voz de Bryanne se entrecortó y sus ojos se empañaron. Apretó los puños—. ¡Yo estaba asustada y solo quería salir de allí! ¡Quería volver con mis padres! Pero no me dejaban... Y entonces, el caballero del pelo rojo llegó y me salvó.

La moza bajó la mirada y no dijo más. Los murmullos se extendieron por la plaza hasta que Nagna volvió a tomar la palabra.

—Aún podemos salvar a las demás. Podemos librar a Summerwind del demonio que atormenta a sus hijas, ese Hombre sin Rostro. Yo ayudaré a los forasteros, y también a la joven Syrelle. —Nagna miró a la cazadora, que estaba

erguida y la contemplaba con desconfianza—. Se lo debo... a ella y a todos. Debemos enmendar los errores del pasado para poder mirar hacia el futuro. Pero necesitamos que las doncellas de Summerwind nos ayuden también.

—Nosotros os protegeremos —repitió Garren dando un paso al frente—. No dejaremos que nadie sufra ningún daño, os lo juro.

Syrelle miró al guerrero con reproche, descontenta con aquel impulsivo juramento, pero pronto dio un paso a su lado.

—Yo también. Protegeré a mis iguales. No dejaré que os pase nada.

Estaban hablando directamente a las

muchachas. Las chicas, niñas y jóvenes, no destacaban entre la multitud. Sus rostros de mirada sorprendida se volvieron hacia ellos como si nadie se hubiera dirigido nunca antes a ellas. Estaban acostumbradas a eso: al anonimato, a no contar nunca para nada. Eran las hijas de unos, las futuras esposas de otros. A nadie, salvo a ellas, le importaban sus sueños, sus miedos, sus opiniones. Nunca habían sentido que fueran más valiosas que su ajuar. Y en aquel momento, de pronto, alguien parecía darse cuenta de que existían. Al comprenderlo, Baltair se sintió conmocionado. Se preguntó si la reacción del pueblo habría sido igual de pasiva si hubieran desaparecido los hombres, o los hijos varones. Por un momento, comprendió la canción infantil que las niñas de Summerwind inventaron tiempo atrás, y entendió cuál era el

poder que aquel demonio había adquirido: el de los deseos callados de aquellas jóvenes muchachas, esos que nadie quería saber y que ellas nunca dirían: Ser libres. Poder elegir.

—Yo ayudaré —dijo Bryanne.

Baltair la vio dar un paso al frente. Ella no era ya doncella, pero nadie lo sabía. En la mirada que le dirigió al guerrero había admiración y también complicidad.

El primer paso de Bryanne fue definitivo. Pronto, una tras otra, las doncellas de Summerwind salieron de las sombras y se colocaron frente a sus adalides, silenciosas pero decididas. Incluso las más jóvenes se soltaron de la mano de sus madres y acudieron al lado de sus amigas en medio de un silencio sepulcral.

Los padres, las madres y los prometidos observaban el lento desfile con estupor.

Nagna sonrió dulcemente.

—El pueblo ha hablado —dijo—. Los demás, regresad a vuestras casas.

Atónitos, los habitantes de Summerwind se encerraron en sus hogares, las madres sollozando, los rostros pegados a las ventanas y las mirillas, contemplando a sus hijas con el miedo de no volver a verlas.

—Gracias por estar aquí, Nagna —dijo Baltair cuando quedaron a solas.

—Si me lo permites, guiaré la invocación —dijo la anciana.

Baltair asintió y ambos se miraron con renovado respeto.

...

Las antorchas iluminaban la pequeña plaza. Baltair afilaba sus espadas, grave y sereno, mientras Nagna colocaba a las chicas en círculo alrededor del pozo. La anciana las trataba con tanta suavidad y cariño que ellas pronto perdieron el miedo e incluso surgieron algunas tímidas sonrisas, como si no fuera más que un juego.

El pelirrojo sintió los ojos de su hermano fijos en él.



—Te estaré vigilando.

Él respondió a sus palabras con un asentimiento y lo miró, agradecido.

—¿Sabes? Padre siempre me decía que tenía que cuidar de ti. No me acostumbro a que a veces sea al revés.

Garren desplegó la sonrisa franca que lo caracterizaba, insuflando un nuevo optimismo en el corazón de Baltair.

—¿Ni siquiera después de tantos años, viejo?

—Ni siquiera después de tantos años.

Garren le palmeó la espalda y le apretó el hombro. Luego fue a preparar su escudo y sus

armas. Baltair se quedó junto al pozo, deslizando la piedra de afilar sobre el metal mientras contemplaba a las chicas y a la anciana. Lo que había ocurrido en Summerwind no tenía precedentes. Él conocía aquellas leyendas por las enseñanzas de Lisandra, por sus libros y sus historias, pero ahora eran reales. Un demonio se había amparado en un cuento, en los temores y tradiciones de una aldea, para hacerse presente y dañarlos. Aquel proceso tan sofisticado era estremecedor. Si los demonios empezaban a hacer eso, las poblaciones rurales serían cada vez más vulnerables. Ellos se aprovecharían de cada mito y de cada fantasma para materializarse en el mundo y alimentarse del miedo. Caerían como depredadores sobre los habitantes de Rosland y después... cruzarían la frontera, sin duda.

«Padre, espero que estés bien».

—¿Recordáis la canción? —decía Nagna a las doncellas, que estaban tomadas de las manos formando un corro—. Es una canción antigua, tal vez no la conocáis.

—Sí la conocemos —dijo una niña muy pequeña que llevaba un pañuelo en la cabeza—. El Hombre sin Rostro me quiere llevar, hasta su palacio muy lejos del mar —canturreó despreocupadamente—, a mi padre y mi madre ya no veré más, ni tampoco a mi hermano tendré que aguantar. Hombre sin Rostro, ven a por mí...

Nagna, sorprendida, tapó la boca de la chica con brusquedad.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde la habéis aprendido?

—Nos la enseñó el conejo —dijo otra de ellas—. Se la enseñó a Rosemary.

Baltair se acercó con curiosidad. La tal Rosemary era una chica de doce años, con el pelo revuelto y la mirada desafiante. Cuando Nagna le preguntó, ella no dudó en responder.

—Era un conejo negro. Yo estaba en el claro, cuidando de mi hermana Nell cuando apareció. Nos empezó a hablar. Yo quería retorcerle el cuello y traerlo para comer, pero Nell no me dejó. Estuvo jugando con él durante días.

—¿Y por qué no dijisteis nada? —preguntó

Nagna, nerviosa—. ¿No avisasteis a vuestros padres?

—Lo hicimos, pero nadie nos creyó.

«Claro». Baltair tomó aire profundamente intercambiando una mirada cómplice con Nagna. Así que el demonio se había presentado ante las chicas con la forma de un maldito conejo y les había recordado la canción.

—Es inteligente —dijo la anciana a Baltair en un aparte—. Nos dará problemas. Prepárate para todo.

—Lo estoy.

Nagna suspiró y volvió a sonreír a las muchachas.

—Ahora extended vuestra mano izquierda y cerrad los ojos. Será solo un momento.

Una por una, fue clavando un alfiler en el dedo a cada joven y extrayendo una gota de su sangre. Apenas se escuchaban los murmullos de alguna queja breve mientras el cuenco de bronce se iba llenando, hasta que el estrecho fondo se cubrió por completo de rojo. Cuando hubo terminado, Nagna se dirigió al borde del pozo y comenzó a disponer objetos alrededor. Mientras la observaba, Baltair recordaba.

«Velas para derretir el aire y abrir las puertas hacia el otro lado. Un círculo de sal para mantener encerrado al demonio y hacerlo vulnerable si lo cruza. Un espejo para ver su verdadero rostro».

Mientras disponía cada elemento, los gestos de la anciana eran casi monásticos; parecía una sacerdotisa oficiando. En los cuentos, las brujas eran más brutales. Y más feas. Baltair sabía que también había brujas de ese tipo, pero el estilo de Nagna le recordaba dolorosamente a Lisandra.

Cuando terminó, ella se acercó a él y le puso el pulgar manchado de sangre en la frente, dejándole una marca. Después se hizo lo mismo en su piel.

—Ahora él podrá tocarnos a nosotros. Pero nosotros también podremos tocarlo a él, si sale del círculo. —Baltair asintió con la cabeza—. Corremos un gran peligro, lo sabes, ¿no es cierto?

—Sí. Y también sé lo que tengo que hacer.

La anciana sonrió con tristeza.

—Yo también. Mucha suerte, Baltair. Que Nisha esté de tu lado.

El pelirrojo le devolvió la sonrisa y lanzó una última mirada a su hermano. Él y Syrelle estaban cada uno en un lado del carro que formaban las jóvenes. Nagna se acercó para marcarlos también a ellos. Garren, muy erguido, llevaba el escudo en una mano y la espada corta en la otra, con la punta apoyada en el suelo. Syrelle tenía una flecha colocada en el arco y sus ojos rapaces observaban a todas partes con avidez. Volvió a mirar a Garren y se le encogió el estómago durante un momento. «Protege a tu hermano, Baltair. Él nunca lo ve venir. La



oscuridad del mundo lo engullirá». Era lo que decía su padre. «La oscuridad del mundo nos engullirá a todos —pensó Baltair—. Pero hoy no. No mientras yo viva».

Nagna regresó al pozo y vertió la sangre del cuenco en él, saliendo después del círculo de sal. Las doncellas empezaron a cantar y el corro dio la primera vuelta alrededor del pozo. Las claras voces, algunas infantiles, todas inocentes, se elevaron en la noche invocando al demonio de arena.

...

Syrelle estaba asustada. Nunca lo había

estado tanto. Sin embargo, su miedo era una bendición. La ponía alerta, la envolvía con una calma antinatural, haciendo que sus sentidos se tornaran más precisos y atentos, que su mente funcionara con una precisión extraordinaria. Era incómodo, por los fuertes latidos del corazón y la sensación de náuseas. Pero era práctico. Cuando las muchachas empezaron a cantar y a dar vueltas, sus ojos empezaron a cubrir cada rincón oscuro de la plaza, esperando ver sombras agitándose, tentáculos o largas patas, pero nada ocurrió.

—El Hombre sin Rostro me quiere llevar, hasta su palacio muy lejos del mar, a mi padre y mi madre ya no veré más, ni tampoco a mi hermano tendré que aguantar. Hombre sin Rostro, ven a por mí... Toma mi sangre y sácame de aquí. El Hombre sin Rostro me

quiere llevar, hasta su palacio muy lejos del mar...

Las chicas cantaban, cada vez más animadas. Para ellas, esto empezaba a parecer un juego. Era de noche, estaban libres, sus padres las dejaban en paz... vio las sonrisas y las miradas alegres que algunas se dedicaban.

«Qué estúpidas».

Pronto, la alegría terminó cuando un siniestro humo oscuro empezó a brotar del pozo, denso y pesado. Algunas de las jóvenes quedaron inmóviles y en silencio.

—¡Seguid! —gritó Nagna—. ¡No paréis!

No se movieron.

—¡Continuad! —insistió Syrelle—. ¡No os pasará nada, yo os protegeré!

Tras un momento de duda, las chiquillas volvieron a bailar, sus voces se elevaron. El cántico no era ahora alegre, ni tampoco inocente. Las voces temblaban y los corazones, aterrados, se encogían en el pecho de las doncellas. Las más pequeñas lloraban. Entonces, la primera pata retorcida y larga como una rama, surgió del pozo. Los gritos de las chicas se mezclaron con las órdenes bruscas de Nagna y los dos hombres, instándolas a continuar, a no tener miedo y a seguir cantando. Syrelle apretó los dientes con rabia.

Finalmente, la bestia emergió. Las antorchas chisporrotearon y su luz se volvió fría, violácea. Incapaces de seguir, las muchachas deshicieron

el corro y cundió el pánico. Algunas intentaban escapar, pero Garren las cogía al vuelo.

—Nada de correr —dijo con seguridad—. Manteneos juntas y quedaos a mi lado. Vosotras, id con Syrelle. ¡Syrelle!

La cazadora reaccionó cuando él gritó su nombre. Vio correr a una chiquilla de apenas diez u once años y fue tras ella para atraparla. La niña lloraba desesperadamente entre sus brazos.

—Shhh, calma, pequeña. Quédate a mi lado. Todo va a estar bien. ¡Agrupaos conmigo! ¡Nisha nos protege! ¡Yo os protegeré! —insistió.

Entretanto, mientras ella y el guerrero intentaban mantener unidas y controladas a las

aterrorizadas muchachas, Baltair y Nagna se colocaban delante del demonio que acababa de emerger.

«Que los dioses nos guarden».

...

Era espantoso, como todos los demonios que Baltair había visto hasta entonces. Medía más de dos metros y su abyecta fisonomía, mezcla de insecto y de monstruo, era difícil de asimilar para mentes serenas, ordenadas, acostumbradas a las armónicas creaciones de los dioses. En cierto modo, su aspecto era más humanoide que el de otros demonios: tenía dos brazos y dos

piernas, o algo que se le asemejaba. Eran en realidad largas y retorcidas patas cartilagosas que terminaban en desproporcionadas manos hechas de huesos sin carne ni piel, cuyos dedos leñosos se afilaban en uñas similares a agujas de roca, duras y puntiagudas. Su cuerpo era abultado y negro, como una larva retorcida y jorobada. Estaba cubierto parcialmente por harapos, jirones de tela oscura y podrida que flotaban a su alrededor, ausentes de gravedad. De la parte delantera de la joroba surgía un bulto en el que había incrustada una máscara de porcelana blanca sin rasgo alguno. No había boca, ojos, nariz ni expresión. Solo dos agujeros a través de los cuales brotaba una tétrica y parpadeante luz blanca.

«El Hombre sin Rostro», pensó Baltair contemplando la máscara.

—Muy apropiado —susurró.

Los ojos de luz blanca miraron a Nagna. El horrible ser giró lo que, suponían, era su cabeza, observando en derredor. Y después, una voz terrible surgió de aquella máscara, como si cien voces de distintos tonos y géneros hablaran a la vez, y al mismo tiempo, una voz oscura, nueva, resonara en el interior de cada alma, susurrando en la mente y en el oído. Era una voz absoluta, que estaba en todas partes y en ninguna, que vibraba con la frecuencia del miedo más antiguo y profundo: el del hombre a lo desconocido.

—Me habéis llamado... y aquí estoy. ¿Qué queréis de mí... gentes de Summerwind?

Baltair miró de reojo a su hermano. Las niñas más pequeñas se tapaban los oídos y



lloraban, temblando, sujetas por Garren y Syrelle, que de momento podían contenerlas. «¿Pero por cuánto tiempo? Si esto es difícil de soportar para un adulto experimentado, esas criaturas no tardarán en desmayarse o salir corriendo». Solo esperaba que ninguna entrara al círculo de sal. «Quizá nos precipitamos al decir que podríamos protegerlas».

—¡Hombre sin Rostro! Soy Nagna de Summerwind y quiero desafiarte.

La voz firme y poderosa de la anciana sorprendió a Baltair, que la miró desde su posición. Nagna estaba frente al demonio, apenas a un paso del círculo de sal, erguida y orgullosa. La máscara blanca se volvió hacia ella y la voz difónica habló de nuevo, esta vez con malévola satisfacción.

—Aaaah... eres tú... mi creadora. —Hizo una pausa. El ruido del aire entrando en su cuerpo, como un estertor extraño, interrumpió sus palabras—. Sí... te conozco... Muchas veces te he visto... a través de tu puerta... en el humo de la chimenea... —La bestia aguardó otro instante, volvió a respirar—. Sola... rendida a tu ansia de conocimiento. Luchando por hallar sentido a tu vida. —Hubo otra inspiración y una larga pausa—. ¿Lo has conseguido?

Baltair apretó los dedos en las empuñaduras, observando a la anciana.

—Por eso estoy aquí. ¡Responde, Hombre sin Rostro! —clamó ella—. ¿Aceptas o no el desafío?

La máscara de porcelana se ladeó, los ojos

destellaron y al fin, con una suerte de risa borboteante, el demonio dijo:

—Sí.

Baltair exhaló el aire con alivio. Aquel era el primer paso, llevar al demonio hacia un reto. Si conseguían debilitarlo a través de acertijos y juegos, algo a lo que raramente se resistían los demonios, podrían hacerle bajar la guardia y salir del círculo. Él, por su parte, intentaría que ellos entraran, hacerles vulnerables a su influencia o, simplemente, arrasarlo todo. Así se definiría aquella lucha.

—Este es el juego, Hombre sin Rostro: Una pregunta y un desafío. A la pregunta tendrás que responder con la verdad, y deberás superar el desafío.

—Lo mismo para ti... es lo justo —añadió el demonio.

—Es lo justo —aceptó ella.

—Empezaré yo. —El demonio se acercó al borde del círculo de sal. La oscuridad parecía más profunda en torno a su espantosa silueta, como si la negrura se condensara a su alrededor. Baltair aguardaba, dispuesto a saltar sobre él en cualquier momento. No le gustaba que el demonio hubiera aceptado tan rápido, ni tampoco que tomara ahora la iniciativa. «Está demasiado seguro de sí mismo». Nagna parecía muy pequeña en comparación, pero permanecía erguida y desafiante—. Dime... ¿Por qué... me creaste?

Desde su posición, Baltair vio cómo Nagna

apretaba las mandíbulas. La voz resbaladiza del demonio resonaba también en su interior, despertando viejos recuerdos, arrancando de su mente todo cuanto quería mantener callado y colocándolo en la superficie. Lisandra, su amor frustrado, su amarga traición... ¿por qué? ¿Por qué lo había hecho?

—Venga, dejad de llorar y os daré un bizcocho. —La voz de Garren sonaba lejana—. Sí, tengo bizcochos, pero no sé dónde. Ahora no puedo sacarlos, tengo el escudo en una mano y la espada en la otra, niña.

Baltair se aferró a ella y tomó aire, empujando aquellas ideas oscuras hacia lo más hondo otra vez. «Sé lo que tengo que hacer», se repitió. Fijó la mirada en Nagna y se acercó un poco, aguardando el momento de entrar en

acción y resistiendo con voluntad renovada la influencia del maligno ser.

—Yo no te he creado, demonio —declaró Nagna con entereza—. Yo creé al Hombre sin Rostro. Una leyenda. Un cuento. Lo inventé en un tiempo en el que era necesario. Pero ahora sé que las mentiras pueden convertirse en verdades, y la verdad en mentira.

El demonio soltó una especie de risa y volvió la máscara hacia el otro lado, como un ave curiosa.

—Dices la verdad.

—Así es. Y ahora es tu turno. Dime, ¿dónde está tu corazón?

Baltair reprimió una sonrisa. «Buena

pregunta».

—No tengo —replicó el demonio.

—Eso no puede ser. —La anciana lo señaló, los ojos refulgiendo de ira—. ¿Acaso incumples las normas? ¡Di la verdad, te lo ordeno!

Antes de que Nagna hubiera terminado de hablar, el estremecedor rugido del demonio se alzó, resonando en cada alma. Las antorchas se prendieron con renovado fulgor, alzándose las llamaradas violáceas hasta los tejados de las casas. El cuerpo de la bestia se irguió, cerniéndose sobre la anciana y abriendo sus terribles brazos.

—¡¡DIGO LA VERDAD!!

De inmediato, las jóvenes doncellas se

desvanecieron a la vez. Los delicados cuerpos cayeron a tierra. Los gritos de Syrelle y Garren se entremezclaron, una empujando a la bruja a que hiciera algo, el otro deteniendo con su poderosa voz a los padres y madres que intentaban salir de las casas para acudir en auxilio de sus hijas.

—¡Están bien! ¡Solo están inconscientes! — exclamaba Garren tras comprobar los latidos en el cuello de tres de ellas—. ¡Todo el mundo a casa, ahora! ¡Maldita sea, adentro, ya!

Nagna y Baltair se miraron. La anciana parecía sorprendida, no esperaba una reacción tan agresiva por parte del demonio, pero al ver a las jóvenes dormidas sobre el suelo, reaccionó sin dudar. Hizo una reverencia a la bestia y bajó la cabeza.



—Te pido que me disculpes, Hombre sin Rostro. He sido maleducada contigo.

—Estoy cansado de tu vanidad, vieja bruja... Me llevaré a las doncellas... Son mías... Nada puedes hacer.

—Sigamos con el juego, Hombre sin Rostro. ¿No quieres continuar? No volveré a importunarte —insistió Nagna alzando la mirada hacia él—. Podrías llevártelas ahora, es cierto. ¿Quién podría impedirte? Pero si me das la oportunidad de luchar por ellas... si puedo vencerte, entonces, renunciarás a tu derecho sobre las muchachas.

—¿Y si no puedes? ¿Qué más gano yo?

—¿Qué más desearías?

El demonio ladeó de nuevo la máscara, agitando los dedos y removiendo las garras, hambriento.

—Tu alma.

Nagna asintió tras pensárselo un instante. La risa maliciosa de la criatura estremeció hasta los huesos a Baltair, a quien todo aquello le parecía una muy mala idea.

—Pareces muy segura de ganar —dijo el demonio.

—Tú también. Es tu turno, Hombre sin Rostro. ¿A qué me desafías?

—Mmmmh... —Las largas patas se movieron y el ser rodeó el pozo, imitando el deambular de un hombre pensativo. Sus harapos

se balanceaban y serpenteaban a cada paso, su larga sombra se proyectaba, cubriendo el suelo de una oscuridad más negra que la noche—. Eres una bruja... Tu poder proviene de mi mundo... —Hizo una pausa y respiró, hinchándose como un fuelle—. Las brujas tenéis un pie a cada lado del arroyo. Renuncia a tu poder. Vuelve a ser una mujer, y nada más. O báñate en él. Conviértete en algo como yo. — Una nueva inspiración y los ojos brillantes del demonio se clavaron en Nagna—. Este es mi desafío: elige. Elige vivir como mujer y nada más... sin poder alguno... o tomar todo el poder y ser igual a mí.

Nagna apretó los labios. Baltair vio la duda en sus ojos y comprendió la tentación que el Hombre sin Rostro ofrecía a su aliada.

—La virtud está en la medida... —empezó a decir Nagna, insegura.

—Renuncia a la medida.

De nuevo el demonio se cernía sobre ella.

—¿Qué ocurrirá cuando lo haya hecho?  
¿Qué cambiará?

—Si reniegas de tu naturaleza humana... obtendrás más conocimiento. Lo que sabes ahora... no es nada comparado con... el vasto océano de saber que te espera al otro lado... — Pausa a pausa, estertor a estertor, el Hombre sin Rostro desgranaba su oferta—. Tu belleza será eterna... y tu poder, ilimitado... pero si deseas ser humana... lo justo es que lo seas plenamente... Renuncia a esos poderes

prestados... Envejece. Sé frágil. Vuelve al polvo.

Nagna tomó aire, conmocionada. Baltair observaba al demonio con creciente rabia. Sus palabras lo enfrentaban con realidades que nunca había querido ver. «Tu poder proviene de mi mundo», había dicho. Lisandra también era una bruja. Ella jugaba con aquellas fuerzas, igual que Nagna... ella también tenía un pie a cada lado del arroyo. Siempre lo había sabido, siempre, muy en el fondo... pero escucharlo le daba forma, lo hacía real. Se preguntó qué escogería Liss. Y temió la respuesta a esa pregunta.

—Si ese es tu desafío, entonces mi respuesta es esta: me niego a renunciar a mi naturaleza humana.

El demonio resopló.

—Me decepcionas...

Baltair, por el contrario, se sentía aliviado. Volvió a comprobar la situación en torno al pozo: Las doncellas seguían tumbadas en el suelo y su hermano y Syrelle estaban en guardia, atentos a cuanto sucedía. Garren parecía tranquilo, serio y concentrado. Syrelle... el brillo de sus ojos era rabioso. La luz de la luna caía sobre ella directamente y Baltair deseó que realmente estuviera bendecida por Nisha, como así parecía. Iban a necesitar toda la ayuda posible. Y la de algún dios no vendría mal.

—Este es mi desafío para ti, Hombre sin Rostro —volvió a hablar Nagna—: Si tan poderoso eres, te desafío a liberar a las

muchachas que has atrapado en tu palacio del desierto.

El demonio se irguió y desplegó las garras, de nuevo parecía enfadado.

—¿Qué clase... de desafío es ese? Es una petición... no un reto. No incumpas las reglas.

—No. Es un desafío —replicó Nagna—. Si eres tan poderoso, si como dices, ser un demonio otorga poder ilimitado, demuéstalo y libéralas. Podrás llevártelas a todas cuando nos hayas vencido. Arrasar con la aldea entera si lo deseas. Porque estás seguro de que lo conseguirás, ¿no? ¿O acaso dudas?

—Lo que está hecho... no se puede deshacer. Plantea otro desafío.

—¿Cómo? ¿Acaso no tienes poder ilimitado?

—Hay... normas.

—¿Y no puedes romper tus propias reglas?

—Nagna se cruzó de brazos—. ¿Qué clase de poder es ese? Me has tentado con mentiras. ¿O es que tienes miedo? ¿Nos temes? —El demonio no respondió. El fulgor de sus ojos se empezó a teñir de rojo y una terrible inmovilidad se apoderó del aire. Baltair se preparó. «Lo está consiguiendo. Lo hará salir», anticipó—. De acuerdo, entonces vámonos. Vámonos todos, no hay nada más que hacer aquí.

—No te... atrevas...

El resuello del demonio fue mucho más



profundo. Su cuerpo se arqueó. Pero Nagna ya le daba la espalda.

—Hemos invocado a un demonio que no sirve para nada —dijo la bruja, caminando decididamente, alejándose del pozo—. Encontraremos a las niñas, este pacto no es necesario.

Con un rugido, la criatura se arrojó sobre Nagna. Su enorme cuerpo se precipitó como la cabeza de una serpiente, abalanzándose sobre la bruja. En cuanto cruzó el círculo, se escuchó un chirrido y los harapos que vestía dejaron de flotar, colgando ya de forma natural. Su carne se volvió sólida, el brillo de sus ojos, consistente, y las afiladas garras arañaron el suelo. «Ha entrado al mundo. Se ha hecho real», supo Baltair.

—¡Ahora!

Su propia voz sonó rotunda. Se arrojó sobre el demonio, golpeándolo con las dos espadas en medio del salto, mientras la flecha de Syrelle surcaba el aire y Garren lanzaba el escudo con todas sus fuerzas. Pero a pesar de todo, el ataque del Hombre sin Rostro ya había alcanzado su objetivo. El penetrante espolón atravesó a Nagna al tiempo que esta se daba la vuelta, hundiéndose en su vientre y saliendo por su espalda. La bruja gritó y se encogió, su hermoso y maduro rostro crispado en una mueca de dolor.

—¡Atacad! —gritó Baltair desesperado—. ¡Atacad, maldita sea! ¡Hay que matarlo!

—¡No sabemos dónde está el corazón! —

exclamó Garren, que había llegado a su lado y recuperaba el escudo. Este estaba manchado de sangre negra.

Atacaron y atacaron. El cuerpo de la criatura, herido una y otra vez, parecía no perder las fuerzas. Rabioso, había centrado su ira en Nagna, a la que apuñalaba con sus uñas insistentemente. Ella, tendida sobre el suelo, se contraía a cada golpe.

Baltair combatía con desesperación, observando cómo el charco de sangre crecía bajo el cuerpo de Nagna. «No. No puedes morir. Ahora no. Aún tienes que contarme muchas cosas». No era más que una bruja. Otra bruja. Pero no soportaba la idea de verla morir delante de él. Tal vez le recordaba a Lisandra... Tal vez era porque aún estaba enfermo, envenenado con

ese amor que lo consumía, o quizá porque había algo noble y heroico en aquella mujer que le emocionaba más de lo que estaba dispuesto a admitir. Apretando los dientes, golpeó con rabia, buscando puntos débiles, dispuesto a reducir al demonio a astillas si era necesario. Las flechas de Syrelle llovían, precisas, sin clavarse dos veces en el mismo lugar. También ella buscaba el punto clave. Garren, por su parte, se había interpuesto entre el demonio y la anciana y contenía sus fuertes ataques con el escudo. El Hombre sin Rostro hablaba, pero ahora su voz era ininteligible, una consecución de extraños bramidos y sonidos imposibles de traducir, cargados de odio y furia.

—Su rostro...

El tenue susurro de Nagna alcanzó los oídos

de Baltair.

—Su rostro...

El guerrero se detuvo un instante. Y entonces comprendió.

—¡¡Garren, arráncale la máscara!!

Su hermano lo miró y sin pensarlo dos veces, tomó impulso y saltó hacia la máscara. El demonio estaba inclinado sobre él, haciendo presión con sus garras sobre el escudo. Cuando Garren lo apartó al moverse, las garras cayeron al suelo y la espantosa joroba descendió a causa de la inercia. El filo del escudo de Garren golpeó el lateral de la máscara de porcelana blanca, que se quebró y saltó por los aires en pedazos brillantes para luego deshacerse en humo gris.

El demonio bramó. Garren, de nuevo en el suelo, se apartó, huyendo de las terribles uñas de metal que ahora lo perseguían. Donde antes estuviera la careta pálida, se había revelado una esfera cristalina que palpitaba con luz rojiza. Era el corazón del demonio. Estaba al descubierto.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

Baltair se lanzó sobre su hermano, apartándolo de una de las patas, que había estado a punto de atravesarlo. Los dos rodaron sobre el polvo, gruñendo. La afilada garra cayó sobre ellos, pero el escudo se interpuso. Baltair colocó el codo contra la placa de metal y empujó, ayudando a su hermano a resistir.

—¿Estás bien?

Obtuvo un gruñido por respuesta. Entre los dos trataron de sacarse al monstruo de encima, pero la bestia estaba desenfrenada. Su furia caía sobre ellos consecutivamente en forma de violentos ataques con sus patas, y todo el peso del enorme cuerpo empezaba a aplastarlos. Los bramidos ensordecedores tampoco ayudaban.

—¡Aguanta!

—¡Tenemos que salir de debajo!

—¡Rueda hacia tu izquierda y suelta el escudo! ¡Yo iré hacia el otro lado...!

Baltair no había terminado de dar la orden cuando un silbido anunció la certera flecha de Syrelle. El proyectil se clavó en la esfera roja, que empezó a brillar con intermitencia.

Alrededor del punto en el que se había incrustado, aparecieron varias grietas. El aullido del demonio fue, esta vez, de dolor.

—¡Ahora!

Los dos hermanos se apartaron al unísono. La bestia se derrumbó sobre el escudo, tratando de incorporarse torpemente sobre las patas, desesperada. Baltair se levantó a toda prisa y cogió las espadas. Garren hacía otro tanto a varios metros. Entre ambos, Syrelle estaba en pie, altiva y mortífera, muy cerca de la bestia, disparando a bocajarro otra flecha más, y otra, y otra. Tal vez fuera efecto de las fantasmagóricas antorchas, pero aquellas saetas parecían resplandecer con la luz de la luna. «Nisha», pensó Baltair por un momento.



En cuanto estuvo en pie, reuniendo todas sus fuerzas, se arrojó sobre el corazón de la bestia. Los filos cantaron y el núcleo estalló al fin. Un chorro de arena brotó hacia arriba mientras el monstruoso cuerpo se encogía, crujiendo y distorsionándose.

Jadeante, Baltair se apartó justo un momento antes de que el monstruo explotara, deshaciéndose en una nube de polvo negro. Al instante el polvo desapareció, convertido en una voluta que se elevó en el firmamento con un último suspiro.

Las antorchas se apagaron bruscamente. Un silencio sobrenatural lo cubrió todo. Después, las llamas volvieron a arder con el calor sereno y reconfortante del fuego, chisporroteando alegremente. Una a una, las jóvenes

despertaron.

—Lo hicimos. Se terminó.

Syrelle parecía incrédula. Baltair miraba a su hermano, que esbozó una leve sonrisa. Los dos compartieron una mirada cómplice. Estaban vivos y a salvo.

A Baltair le habría gustado acercarse, abrazar a su hermano y a Syrelle, felicitarlos y, quién sabe, quizá reír de puro alivio, de la felicidad de estar vivos, de tener un día más para beber, para comer, para reír, para hacer el amor, para dormir y mirar al cielo sin preocupaciones. Le habría gustado, pero no lo hizo. Había cosas más importantes que atender.

—Llevad a las jóvenes con sus familias.

Comprobad que todas están bien. Yo me encargaré de Nagna.

Se acercó a la anciana, rodeado por los llantos de las niñas y los gritos de los padres y madres que salían de las casas. Pronto las exclamaciones se volvieron más intensas y mezclaron la alegría con la sorpresa. Las doncellas desaparecidas estaban allí, en el pozo. Arrojaron cuerdas y Garren bajó, subiendo a las muchachas una tras otra hasta haber liberado a todas.

—Nagna, ¿me oyes?

La anciana asintió con la cabeza. Aún estaba viva. «Imposible —pensó Baltair—. Debería haber muerto hace rato. A su edad...». Pero la anciana vivía. Y sonreía. Había paz en

sus ojos. De un tirón, Baltair le arrancó las enaguas y las hizo jirones para cubrir sus heridas con improvisadas vendas.

—¿Podrías... llevarme a casa... por favor?

La voz de Nagna era débil, un susurro. Baltair asintió. La tomó en brazos y se irguió, caminando hacia las afueras del pueblo.

Vio a Garren, que entregaba a una niña pequeña a su madre. La chiquilla estaba llena de barro y polvo, con la mirada perdida. La madre lloraba desconsoladamente. Vio a Syrelle abrazando a una muchacha de unos quince años que la agarraba como si no hubiera nada más en el mundo. La escuchó llamarla por su nombre: Doria. Decirle que todo iría bien. Vio correr a la mujer del tabernero y abrazar con fuerza a una

joven con la falda manchada de barro, delgada y pálida, que lloraba de miedo. Terror, alivio, alegría... Las emociones bailaban en el aire, explosivas, chisporroteando como llamas invisibles. La pesadilla de Summerwind había terminado.

—Lo dejo en tus manos —dijo a su hermano al pasar junto a él—. Pon un poco de orden aquí, si es que puedes.

Garren asintió y le dio una palmada en el hombro.

—Vuelve pronto.

—Lo haré.

En la espesura, unos ojos oscuros y voraces seguían al guerrero pelirrojo, pero apartaron su atención de inmediato al ver el fardo que cargaba entre sus brazos. La sangre de Nagna le manchaba el jubón y las manos mientras avanzaba tan deprisa como podía. Al llegar a la cabaña, Baltair abrió la puerta con el hombro y tumbó a la bruja sobre la mullida alfombra de pieles que cubría la estancia.

Acomodó con gentileza su cabeza y comenzó a revisar las heridas. Eran terribles, surcaban su estómago en profundas puñaladas. La sangre empapaba la tela desgarrada de su vestido, oscureciendo la tela. Baltair se levantó y

buscó entre sus pertenencias, revolvió entre los frascos de hierba y los cuencos. Nagna tenía los ojos abiertos, fijos en él, y un rastro de sangre que nacía en sus labios y descendía hacia su cuello.

—Nagna, ¿tienes tónicos de sanación?

Ella negó con la cabeza.

—No te preocupes. Me recuperaré —dijo con la voz débil y una entereza sorprendente.

—¿De heridas como esas? Imposible.

La bruja cerró los ojos unos instantes y suspiró. Cuando lo miró de nuevo, parecía resignada.

—Hay formas de hacerlo... me pasarán

factura... pero es un precio que puedo pagar. Ahora sé que aún tengo algo que hacer en este mundo antes de abandonarlo dignamente.

Baltair se acercó a ella y se acuclilló a su lado. Había sido testigo del poder de la bruja y sabía lo suficiente como para confiar en sus palabras. Las heridas que el demonio le había provocado habrían matado a cualquiera, lo habrían matado a él de haberlas recibido, pero la vieja Nagna seguía respirando.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Nagna negó con la cabeza. Intentó incorporarse pero su expresión se crispó con un gesto de dolor. Baltair quiso sostenerla, pero ella apartó su mano con un gesto firme.



—No... sólo escúchame —Nagna se tomó unos instantes, respirando dificultosamente antes de continuar—. El demonio tenía razón... he pasado muchos años en esta cabaña, tratando de encontrar mi destino, de hallar un sentido a mi existencia en la búsqueda desesperada del conocimiento... y ayudando a las muchachas de Summerwind. Lo que tuve que hacer siempre me ha pesado. He arrastrado la culpa hasta ahora, pero debía ser hecho. Sé que tú puedes comprenderlo, aunque no te guste oírlo... pues tú también cargas con el peso de las decisiones que nadie más puede asumir.

Baltair torció el gesto. No podía replicar a eso, pero sentir que Nagna lo comprendía aflojaba un ápice el nudo en su corazón. Ella había hecho lo que creía mejor para Summerwind. Algunos la juzgarían por ello, pero

si podían hacerlo, seguramente era gracias a ella y a las elecciones que hizo en el pasado por el bien de todos.

La imagen de Bryanne despertando, aturdida y jadeante entre sus brazos, regresó a su memoria, provocándole una sensación agridulce. Que estuviera viva no lo hacía sentir menos culpable, menos sucio. No borraba lo que había hecho.

—Ya no tiene sentido que te atormentes. Tú creaste al Hombre sin Rostro, pero no al demonio que adoptó su forma. Y no lo habríamos vencido sin ti, esa es la verdad.

—Tampoco yo sin vosotros. Ese demonio era muy poderoso, demasiado... Nunca he visto nada igual. Estamos viviendo tiempos oscuros, y

este es solo el crepúsculo, Baltair. —La bruja se incorporó a medias con un resuello—. La noche aún está por llegar. Vais a necesitar a las brujas y a las hechiceras, el mundo va a necesitarnos a todos. He acumulado sabiduría, incluso durante estos largos años en Summerwind, y debo transmitirla... Aún puedo aportar algo a esta batalla.

Baltair asintió, comprendiendo.

—Me alegra que estemos del mismo lado.

No confiaba en las brujas, pero no era tan estúpido como para no ver la realidad. Nagna había tenido la oportunidad de traicionarlos, incluso de aliarse con el demonio cediendo a sus tentaciones, pero se mantuvo firme. Gracias a ella habían vencido y las muchachas volvían a

estar seguras. Eso era lo único que importaba para él en ese instante, eso y la sombra que parecía cernirse sobre el reino. Las palabras de la anciana, aunque sombrías, confirmaban sus sospechas sobre la gravedad de la situación.

—Yo también me alegro —respondió la bruja. Su expresión se volvió más grave al continuar—, pero las lealtades pueden cambiar con la misma facilidad con la que cambia la dirección del viento. Espero que nunca tengamos que enfrentarnos.

—Nunca podemos dar nada por hecho, pero yo también lo espero —dijo el guerrero poniéndose en pie, limpiándose las manos con uno de los lienzos—. Si ese día llega, haré lo que debo hacer.

—Como siempre, ¿no es así?

Baltair asintió.

—Como siempre.

Nagna había conseguido sentarse, y poco a poco recuperaba las fuerzas suficientes para moverse. Ni siquiera se sorprendió al verla ponerse en pie costosamente, ni de la mirada amenazadora que le lanzó cuando intentó ayudarla.

Se dirigió entonces a la puerta, dispuesto a marcharse. Ya no había nada que pudiera hacer allí.

—Espera, Baltair. Hay algo que quiero que te lleves.

Nagna avanzó lentamente hacia una estantería. Se limpió las manos en la falda y sacó un libro de una de las atestadas baldas. Era grueso, de papel amarillento. No tenía título ni imagen alguna en las cubiertas de piel oscura. La bruja se lo tendió.

—¿Un grimorio? —Baltair lo cogió y lo ojeó. Las páginas crujían, algunas tenían manchas de humedad. Parecía muy antiguo, pero estaba en buenas condiciones. En su interior, entre elaboradas descripciones, misteriosos sellos y símbolos, los detallados dibujos mostraban un extenso compendio de monstruos—. Son... son los demonios de arena.

—Sí. Os será más útil a vosotros. —La bruja puso las manos sobre las suyas cuando cerró el libro. Sus ojos brillaban en la penumbra

de la cabaña, la única luz que los alumbraba eran los rayos de luna que entraban por la ventana y la hacían parecer más pálida—. Que Nisha vele por vosotros en el camino. Tened buen viaje.

Baltair inclinó la cabeza con respeto y se marchó, agotado y con una rara sensación de vacío. Al cerrar la puerta de la cabaña escuchó la voz de la bruja, grave y trémula, entonando una extraña canción que le resultaba familiar. Durante unos segundos, escuchó, hasta que un viento frío llegó desde el bosque y le erizó el vello de la nuca. Los susurros se elevaron desde la foresta, eran las hojas agitadas por el viento, pero a Baltair le pareció que articulaban palabras que morían como suspiros.

Dejó atrás la cabaña y se internó en el

bosque, en dirección a Summerwind. Las palabras de Nagna lo acompañaban, llenando su alma de desasosiego. Sus sueños se revelaban como una señal nefasta, y sus recuerdos se ordenaban ahora con un sentido que no quería interpretar. Lisandra le habló de los demonios, le enseñó libros similares, quiso que aprendiera a reconocer sus puntos débiles... ¿acaso ella lo había vaticinado? O peor aún... tal vez ella...

No, no quería ni pensarlo. Su corazón se llenaba de rabia al imaginar que su traición tuviera que ver con los demonios, pero su razón no podía dejar de apuntar hacia las coincidencias. Desde que ellos fueron exiliados, desde que Lisandra lo apartó de su lado, los demonios parecían fuera de control y cada día más numerosos. Baltair sospechaba que la implicación de su antigua amante en todo aquello



era mayor de la que deseaba reconocer.

—¿Este era el mundo que querías mostrarme, Lisandra? —murmuró, hablándole con amargura a la oscuridad del bosque—. Malditas seas.

## VI

A la mañana siguiente, el sol se alzó de nuevo en Summerwind, limpiando de temores los corazones de los aldeanos. La noche había sido larga y llena de incertidumbre. Desde las ventanas, asomados a las mirillas de las puertas, los más valientes habían podido contemplar cómo Nagna, Syrelle y los forasteros desafiaban al espantoso demonio de arena surgido del pozo. Otros, los que no reunieron coraje suficiente para mirar, habían permanecido ocultos, rezando a los dioses por la salvación de su pueblo y de sus muchachas.

Ahora que todo había pasado, los habitantes

de la aldea dejaban a un lado sus reservas y poco a poco, cada vez en mayor número, se acercaban a la taberna de Flaran a saludar a los dos forasteros y darles las gracias. Algunos les llevaban regalos. Finalmente, en torno a mediodía, había organizada en la taberna una auténtica fiesta.

Baltair miraba alrededor, complacido. Ahora Summerwind sí que parecía el alegre pueblecito que debió ser antaño: la cerveza y el vino corrían sin complejos por las mesas, llenando vasos y jarras hasta rebosar; Flaran, con su habitual mal humor, repartía trozos de empanada, platos de guiso y picatostes con miel, y había en un rincón un par de muchachos que tocaban el violín y la flauta, creando una alegre música al son de la que bailaban y cantaban jóvenes y mayores.

En la mesa del fondo, el guerrero pelirrojo estrechaba manos y conversaba con todos los que venían a presentar sus respetos.

—Es un tarro de mi mejor mermelada —explicaba Myrta, una mujer de unos cuarenta años de vivaces ojos grises—. A mi hija Lucinda la encanta. Ella no ha sufrido el Largo Sueño, pero cada noche me iba a la cama temiendo que no despertara al día siguiente. Si no fuera por vos, mi señor...

—No hay de qué. Ahora podrás descansar tranquila —respondió Baltair con amabilidad, dejando el bote de cristal a un lado de la mesa, con todos los demás regalos.

El herrero les había dado unos brazales de acero, que según dijo eran para un noble que

nunca vino a recogerlos. Los panaderos les habían obsequiado con varias hogazas y una cesta de pasteles, y la anciana Margot, de la granja, con una manta verde de buena lana. Pero el regalo que más había emocionado a Baltair vino de Grisel, una niña de diez años. La chiquilla se había acercado, mirándolo con sus grandes ojos verdes como si fuera una suerte de aparición, y le entregó un muñeco de trapo, una especie de ratón descosido vestido con un chaleco, con ojos de botón.

—Te protegerá —le había dicho— para que puedas luchar bien contra los demonios.

Baltair no se tenía por un blando, pero entre aquel espontáneo gesto y los recuerdos de la noche anterior, esa mañana sentía su sensibilidad a flor de piel.

Miró de reojo hacia la silla contigua, donde Garren se sentaba, rodeado de muchachas. Una de ellas se había acomodado sobre su rodilla y soltaba risitas mientras él ocupaba una mano bajo su falda y levantaba la jarra con la otra, repartiendo palabras jocosas y amables para todo el mundo. «Siempre igual. Desde luego, parece que nada le deje huella», pensó, agradecido. Mejor que fuera así.

Ya entrada la tarde, la improvisada fiesta comenzó a decaer y Baltair y Garren pudieron hablar a solas por primera vez. El hermano mayor estaba aún sentado en el extremo de la mesa, ordenando los distintos presentes y sumido en sus pensamientos cuando Garren regresó de perseguir a alguna moza o de jugar con los niños, que era a lo que había dedicado todo el día además de comer, beber y festejar.

—¿Todo bien, hermano? —preguntó dándole una fuerte palmada en el hombro.

Se dejó caer con estrépito en la silla de madera, que crujió peligrosamente.

—Todo bien. No sé cómo vamos a llevarnos todo esto... pero ojalá ese sea el mayor de nuestros problemas en lo sucesivo.

—Quizá va siendo hora de conseguir un caballo.

Baltair lo meditó unos segundos.

—Tal vez podamos comprarle una mula a la anciana de la granja, pero no me parece adecuado. No es que sea rica, precisamente. Las gentes de esta aldea tienen buen corazón, pero su modo de vida es sencillo. Sospecho que

ninguno puede prescindir de sus bestias sin que eso le conlleve problemas.

Garren suspiró y abrió una empanada con su cuchillo de caza.

—Pues entonces será mejor que demos buena cuenta de todo lo que podamos antes de marchar. Así llevaremos menos peso.

—Me temo que no tenemos mucho tiempo.  
—Su hermano lo miró extrañado, con la boca llena—. Verás, anoche, cuando llevé a Nagna a su casa... ella me dio un libro.

—¿Un libro? ¿Qué clase de libro?

El pelirrojo buscó las palabras adecuadas. La expresión ceñuda de su hermano no le sorprendía; Garren no veía con buenos ojos a las



brujas, pero si había algo que consideraba más peligroso que una bruja, eran sus grimorios.

—Es un compendio. En él están descritos los demonios de arena. Tengo que estudiarlo, pero creo que puede llevarnos a la clave de todo este asunto... y que deberíamos llegar a la aldea donde está nuestro padre cuanto antes. Para asegurarnos de que está bien.

Garren dejó de masticar.

—No me gusta lo que dices. Ella te dio un libro y de pronto tenemos prisa y te preocupas por padre... ¿tan grave es esto?

Baltair sabía que no podía ocultar a su hermano de la oscuridad del mundo. Siempre lo había sabido. Pero aun así, cada vez que tenía

que darle una mala noticia se sentía terriblemente culpable.

—Más de lo que parece, me temo. Esto no es un caso aislado. Vimos demonios de arena antes de cruzar la frontera. Únicamente en el tramo desde Verissia hasta Summerwind, hemos tenido que matar a ocho. Con el que encontramos en el bosque, junto al de ayer, suman diez.

—Son muchos —reconoció Garren.

—Demasiados. Y el Hombre sin Rostro no ha sido precisamente fácil de encontrar, ni de derrotar. Sospecho que a medida que nos acerquemos al corazón de Rosland, la situación será aún peor.

—¿Entonces crees que el origen de este mal está en la capital? ¿En nuestra ciudad?

Baltair torció el gesto.

—No lo sé.

¿Qué podía decirle? ¿Que sospechaba de Lisandra? ¿Que tal vez había algo más oscuro y terrible que la enfermedad del Corazón Frío anidando en los callejones de Eglanter, en sus altos salones, en sus puentes y en sus galerías subterráneas? ¿Que no había ningún lugar seguro en el mundo? Amargado, agarró la jarra de cerveza y se dio un largo trago. «Si al menos todo me diera un respiro alguna vez...». Pero no había descanso. No para él.

Como si le leyera la mente, Garren le rodeó

con el brazo y le zarandéo amistosamente.

—No te preocupes. Nos iremos mañana mismo, si crees que es lo mejor. Lo que no podamos llevarnos, se lo dejaremos a Syrelle.

Asintió, reconfortado por sus gestos. El consuelo que su hermano le ofrecía era un alivio. Su compañía le hacía sentir mejor, pero no podía olvidar del todo las preocupaciones ni ver las cosas con el mismo desenfado que él. No por mucho tiempo. «Después de todo, soy el mayor».

—Por cierto, ¿dónde se ha metido Syrelle?  
—dijo—. No la he visto en todo el día.

—Yo tampoco. Supongo que habrá estado por aquí, recibiendo su parte de los honores,

¿no?

Baltair lo miró, levantando la ceja.

—No parece que te preocupes demasiado.

—¿Por Syrelle? —Soltó una carcajada—.

Bueno, no creo que sea la clase de mujer de la que uno se preocupa cuando no acude a una fiesta. Si no ha venido, será porque no ha querido.

—A lo mejor le ha molestado verte flirtear con todas las mozas del pueblo.

—Tampoco creo que sea esa clase de mujer.

—Garren le quitó la jarra de cerveza para apurarla—. Aunque no me importaría que se pusiera un poco celosa.

Aquel comentario despertó la curiosidad de Baltair. En los ojos de su hermano había un brillo pícaro, y tal vez sonreía más de lo normal. En realidad no le extrañaba. Habría que ser ciego para no ver las chispas que saltaban entre Garren y la cazadora desde el primer momento en que se vieron. Pero Garren era un hombre fácil de prender, y sus llamas eran tan intensas como efímeras, ninguna mujer le interesaba durante demasiado tiempo. Además, odiaba los celos en las mujeres, y que le dijeran lo que tenía que hacer, cosa que Syrelle hacía continuamente.

—¿Quieres que vayamos a verla? Podemos llevarle su parte del botín, tomar algo los tres juntos... y luego me iré —propuso. La mirada de satisfacción y la ancha sonrisa de Garren le dieron su respuesta antes de que él hablara.

—¡Gran idea! Ahora que Doria está de vuelta, necesitaré a alguien que la entretenga mientras Syrelle y yo... ya sabes, nos ponemos al día. —Garren le pasó el brazo sobre los hombros—. Puedes llevarte a la hermanita a dar un paseo durante unas cuantas horas. Cinco o seis.

Baltair alzó la mirada al techo, arrepintiéndose de inmediato.

...

Cuando llegaron a la cabaña de Syrelle, el sol aún no se había puesto. Las últimas luces del día muriente teñían de rojo las piedras de las

casas y hacían brillar el cubo de metal del pozo con un resplandor de fuego. Se detuvieron delante de la puerta y Baltair llamó con los nudillos. A su lado, Garren parecía inquieto.

«¿Estará nervioso? —se dijo, llamando otra vez, un poco más fuerte—. Eso sí que es una novedad». Garren no se ponía nervioso con las mujeres desde que tenía diez años.

—Parece que no está en casa.

Baltair se hizo a un lado cuando su hermano ocupó su puesto ante la puerta, golpeando con rotundidad y llamando a Syrelle a voces.

—¡Eh, Syrelle! ¡Somos nosotros, abre!

Al no obtener respuesta se asomaron a la gran mirilla redonda, tratando de espiar el



interior, sin éxito. Estaba tapada.

—Es extraño —murmuró Baltair.

—¿Crees que le habrá ocurrido algo?

—No creo...

Garren lo miró inquisitivamente. Baltair se encogió de hombros. Entonces, sin previo aviso, el hermano menor cargó contra la puerta con todo su peso, empujándola con el hombro de un golpe.

—¿Pero qué haces? ¿Has perdido el juicio?

Garren no respondió. Al tercer golpe, la puerta cedió y saltó de sus bisagras. Baltair entró detrás de su hermano, resignado. La casa de Syrelle estaba en penumbra. Era de una

única estancia, distribuida en dos espacios separados por una cortina: en uno había una cama estrecha y en el otro la chimenea, flanqueada por una mesa llena de cacharros de cocina, varios estantes y una serie de cuerdas ordenadas de forma paralela que debían usarse para secar pieles. En la cama solo había un colchón, pero era grueso y parecía hecho de plumas. El hogar estaba frío, lleno de cenizas antiguas, y faltaban objetos en los estantes. Tampoco había rastro de pieles ni de las armas y ropa de Syrelle.

—Se ha marchado —comprendió Baltair.

—¿Qué quieres decir?

Sobre la mesa, el caballero encontró un trozo de pergamino rasgado en el que había escritas

algunas palabras a carboncillo. El trazo era apresurado, pero legible. Garren apareció tras él y se lo arrebató de las manos. Su semblante se ensombreció. Baltair pudo leer la decepción en su mirada.

—¿Qué pone? —se atrevió a preguntar.

Garren tardó un momento en reaccionar. Luego leyó en alto, con un deje de amargura en la voz:

—«A quien pueda interesar: Me voy de Summerwind y me llevo a Doria. Espero encontrar un lugar mejor para ella, un lugar donde podamos prosperar. En realidad no creo que exista, pero tengo que creerlo. Es mi obligación hacia mi hermana. Alguien me dijo...»  
—Garren hizo una pausa y suspiró, chasqueando

la lengua con fastidio.

—Sigue.

—Léela tú si quieres.

Baltair agarró la nota que su hermano le entregaba, malhumorado, y la leyó.

«A quien pueda interesar:

Me voy de Summerwind y me llevo a Doria. Espero encontrar un lugar mejor para ella, un lugar donde podamos prosperar. En realidad no creo que exista, pero tengo que creerlo. Es mi obligación hacia mi hermana.

Alguien me dijo que tenemos la obligación de creer que un futuro mejor es posible, y aunque a mí me cuesta, voy a intentarlo. Los buenos

consejos no deben desoírse cuando proceden de un buen corazón. Y Doria se lo merece.

Lo que ha ocurrido en Summerwind ha sido culpa del demonio, es cierto, pero también fue culpa nuestra. Vivir con sencillez es tenido por una virtud, pero la vida no es sencilla. Debajo de la apariencia serena y feliz de nuestras amigas, de nuestras hermanas e hijas, hay un cementerio de sueños enterrados antes de nacer, de aspiraciones cercenadas, de ilusiones marchitas. Si el demonio se hizo fuerte fue porque las doncellas de Summerwind deseaban escapar de aquí. ¿Y qué puede haber en una aldea tan bella y tranquila como esta para que las chicas quieran marcharse? A esa pregunta no seré yo quien dé respuesta, pues siempre he querido irme, y si nunca me atreví fue por Doria. Ahora entiendo que esto también es lo mejor para ella,

de alguna manera.

Quiero enseñarle a valerse por sí misma. A pensar por su cuenta. A ver más allá de lo que se ve. Tal vez eso sea lo mejor que puedo hacer por mi hermana. Lo único que realmente puedo hacer por ella, y que merece la pena. Si no puedo proteger a mi hermana, ¿quién podrá hacerlo? Me lo he preguntado muchas veces. Ahora entiendo que hay alguien que lo sabrá hacer mejor. Ella misma.

No le debo nada a Summerwind, pero después de todo, este ha sido mi hogar durante toda mi vida. Echaré de menos el canto de los pájaros, la suave brisa y la cerveza de miel de Flaran. También a mis pocas amigas, a mis escasos amigos. Os deseo de corazón todo lo mejor, aunque probablemente nadie lea esta

carta. Pero si alguien lo hace, espero que mi ejemplo sirva de algo. Yo viví aquí como me dictó mi corazón. Siempre hice aquello que deseaba. Luché, reí y amé con todas mis fuerzas.

Os deseo lo mejor.

S.».

Cuando terminó, el guerrero respiró hondo.

—Le irá bien. Tiene coraje. —Dobló la nota y se la devolvió a su hermano—. Se merece algo mejor que esto, ¿no crees?

Garren cogió el papel y dudó un momento antes de guardárselo. No dijo nada, pero su expresión era un libro abierto. Baltair no se explicaba cómo lo hacía su hermano para

conservar esa inocencia a pesar de todo lo que habían pasado en sus vidas, pero ahí estaba: decepcionado y triste porque una chica se había ido.

—Sí. Pero al menos podría haberse despedido.

Baltair le dio unas palmadas en la espalda y lo acompañó hacia la salida.

—No pienses mucho en ello.

—¿Eso no es lo que te digo yo siempre a ti?

—Exacto.

Garren lo miró con fastidio.

—Pues es irritante.



—Así es.

—Ahora que lo sé, pienso seguir haciéndolo.

—No espero menos de ti.

El sol terminó de ponerse en el horizonte. Aquella noche, en la taberna de Flaran, nadie dejó que los forasteros pagaran ni una moneda. Ni siquiera el tabernero.

**FIN**

## Epílogo

*Mientras tanto, en el cercano pueblo de Grymmir...*

La fina llovizna repiqueteaba sobre los picudos tejados cuando Haydel salió de la tienda. Cerró cuidadosamente tras de sí, echando un vistazo sobre su hombro: a la luz de las velas del candelabro, el viejo boticario yacía con la cara aplastada sobre el mostrador, roncando como un bendito.

—Perfecto, Don Bigotes. Una nueva misión llevada a cabo con éxito.

Un maullido descontento brotó de la cesta que la muchacha llevaba en el brazo. Resoplando con impaciencia, la chica tapó bien al malhumorado gato con el grueso paño, cubriendo a su vez los libros para protegerlos de la lluvia.

—No te quejes tanto, solo va a ser un momento. En un santiamén estaremos en la posada.

La chica se cubrió los rojizos cabellos con la caperuza y se ciñó bien la capa. Después echó a andar, cobijándose del aguacero bajo los aleros de los tejados y acariciando de vez en cuando al felino que no dejaba de gruñir en el interior de la cesta.

—Ya casi hemos reunido todos los códices.

Solo nos faltan tres. Y cuando los tengamos todos, entonces veremos si ese estúpido brujo puede seguir haciendo de las suyas con tanta libertad.

Pensar en su rival ponía a Haydel los nervios de punta. Aquel maldito engreído había sido su maestro... y debería seguir siéndolo. Pero había decidido prescindir de ella. Era demasiado joven, había dicho. Demasiado impulsiva. Descontrolada. Y caprichosa. ¡Caprichosa, ella! Así que ahora, Haydel solo tenía un camino: demostrarle el terrible error que había cometido. «No es que yo desee esto —se repetía— pero no me deja alternativa. No puedo permitir que me humille así. Es una cuestión de honor, de dignidad. No es que yo quiera arrancarle las tripas con un gancho y sacarle el espíritu del cuerpo varias veces, es que cada ofensa debe

tener su retribución. Así es la ley natural, así debe ser el mundo. Justo. Armónico».

Grymmir era un próspero pueblo ubicado en un cruce de caminos. Surcada por el río Eavel en su punto más caudaloso, la villa se había constituido a su alrededor y un total de tres puentes permitían a los viandantes, los caballos y las carretas cruzar de un lado a otro de la población. El lado norte era conocido como El Brillante mientras al lado sur se le había puesto el gráfico apelativo de El Sombrío. Si bien dichos sobrenombres eran debidos a un asunto tan prosaico como la cantidad de luz que recibían — el lado sur solía encontrarse en penumbra a causa de su posición menos elevada y la cercanía del Monte Barbado—, las casas de los señores y los caballeros se encontraban en El Brillante, mientras que en El Sombrío... bueno,

en El Sombrío estaban todas las tiendas que Haydel necesitaba visitar, y eso era todo lo que importaba.

Por desgracia, también había cosas mucho más inútiles y desagradables. Una de ellas se plantó delante de ella cuando giró un recodo de camino al Puente de las Ranas. Era un tipo alto, desgarrado y sin dientes, con ojos brillantes de hurón y mechones de pelo pajizo brotando de debajo del más horrible sombrero que Haydel había visto nunca.

—Buenas tardes, ratita... ¿no llevas algo que te sobre en esa cesta?

La educación del desconocido era tan forzada como su lasciva sonrisa. El brillo de la daga que extrajo de entre sus ropajes hizo que

Haydel se impacientase. «Lo que me faltaba. Ahora tendré que perder el tiempo con esta escoria. De acuerdo, hagámoslo rápido».

Dando un respingo, Haydel fingió sorpresa y luego se encogió con pretendido temor, pegándose a la pared del edificio.

—¡Oh! ¡No me haga daño, por favor, señor! Haré lo que usted quiera.

El tipo se le acercó. Olía realmente mal. «Por la furia de Antalis, es como si todo El Sombrío hubiera estado haciendo sus necesidades sobre él».

—Así me gusta... —murmuró el hombre, arrancándole la caperuza y levantándole la falda de un tirón—. Obediente y complaciente, y

además, pelirroja... No te preocupes, te gustará. Aunque espero que no tengas prisa, porque lo voy a disfrut...

El hombre no pudo terminar la frase. Cuando lo tuvo lo bastante cerca, Haydel le clavó la pequeña aguja que había sacado de la cesta y entre una voluta del humo, el hombre desapareció. En su lugar, un diminuto y aturdido ratón movía los bigotes, temblando, a sus pies.

—Pues verás, un poquito de prisa sí que tengo... —dijo la muchacha, inclinándose para recogerlo—. Pero no te preocupes. El Señor Bigotes estará encantado de entretenerte... ratita.

Con un suave movimiento, metió el ratón en la cesta, debajo del lienzo. La bestezuela chilló.



El gato maulló. El trapo se agitó, y pronto solo hubo silencio y algunas gotas de sangre cayendo sobre las encharcadas calles de Grymmir.

*Dirtybooks. Febrero 2017*

